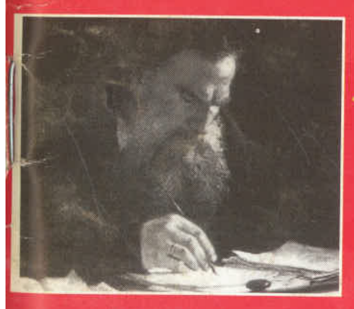
Nueva Epoca • Nº 18 • Invierno 1995 • 450 pesetas

Libre Pensamiento

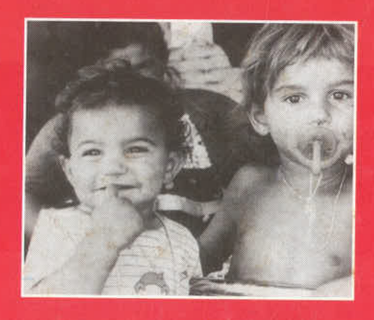
TALLER DE DEBATE CONFEDERAL



CGT y las elecciones sindicales



El anarquismo pacifista de León Tolstoi



Cooperación y desarrollo: el Norte hace espectáculo con la agonía del Sur



Los islamismos: ideas y conflictos



Insumisión: Desconcierto político y legitimidad moral



Libre Pensamiento

ORGANO DE DEBATE
Y REFLEXION DE LA
CONFEDERACION GENERAL
DEL TRABAJO (CGT)

SUMARIO

• Nº 18 • INVIERNO 1995 •

Edita:
Servicio de Documentación
y Publicaciones (SDP).
Secretaría de Comunicación
del Secretariado Permanente.

Coordinación:
Félix García Moriyón

Equipo de redacción:
Chema Berro
Russell Di Napoli
Antonio Gómez Liébana
Joan Hernández Pérez
Paco Marcellán
Carlos Ramos
David Rivas
Jesús Sáinz Ruiz de la Maza
Carlos Taibo

Colaboradores:
Mónica E. Yuste Barth
S.S. CGT-Insalud (Vallecas)
Jesús Sáinz Ruiz de la Maza
Mikel Aramburu
Antonio Pérez
Francisco Sanz
Murray Bookchin
J. Swift
Rafael Cuevas
Eduardo Vílchez

Maquetación: Juana Perales

Composición e impresión:
Servicio de Documentación
y Publicaciones (SDP-CGT)

Redacción:
Calle Sagunto, 15
28010 Madrid
Tel. (91) 593 16 28
Fax (91) 445 31 32
Depósito legal: V-1735-1991

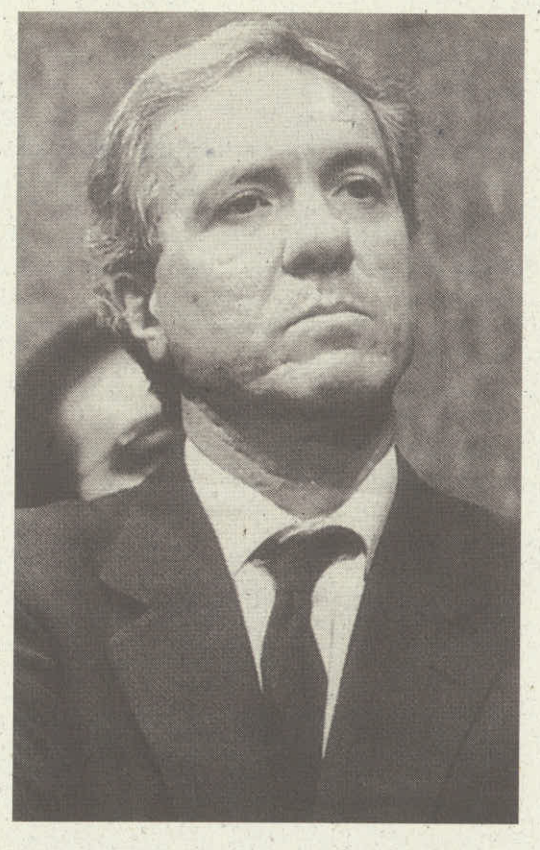
Impreso en papel reciclado

EDITORIAL

EDITORIAL

Razón de Estado

Pocas personas pueden tener dudas de que el GAL no se terminaba en Amedo y Domínguez y de que en su financiación y organización estaban implicados altos aparatos del Estado. No es asunto nuestro —ni nos interesa demasiado— saber hasta dónde llegan esas implicaciones, ni tampoco valorar la actuación del juez instructor o del periódico *El Mundo* en todo este tema. Ante el despiadado combate «político» que se está desarrollando ante nuestros ojos, posiblemente lo más prudente sea sentarnos a la puerta de nuestra tienda para ver pasar el cadáver del enemigo.



Hay algo, sin embargo, que sí merece nuestra atención. Nos encontramos ante un interesante caso en el que se está intentando llegar hasta el fondo en un tema en el que está implicada la razón de Estado, esa quintaesencia del poder estatal que tanto ha sido criticada por toda la tradición del pensamiento libertario. Desde sus orígenes más remotos hasta la actualidad, el Estado ha ido siempre acompañado de la opresión, la violencia y la sangre, algunas veces amparándose en intereses más elevados, en otras ocasiones mostrando sin contemplaciones lo que es la lucha por el poder. En estos momentos se puede ver en los cines una bella película, *La reina Margot*, en la que se muestra con toda su crudeza cómo era el Estado en uno de los momentos más significativos de su consolidación. Los hechos que narra, la noche de San Bartolomé, ocurrieron unas décadas después de que Maquiavelo escribiera *El Príncipe*, perfecto manual para todos los que quieren llegar a ser poderosos, y menos tiempo había pasado desde la publicación del escrito de Etienne de la Boétie, *Ensayo sobre la servidumbre voluntaria. Dos* reflexiones distintas, pero sin duda complementarias.

El Estado siempre ha sido eso, opresión y violencia, y lo más grave es que siempre ha habido súbditos dispuestos a someterse, a mirar hacia otro lado cuando los gobernantes se dedican a hacer el trabajo sucio que les permite a ellos mantenerse en el poder y a otros repartirse las migajas. En este mundo hay esclavos porque hay amos, pero también hay amos porque hay esclavos.

Es cierto que algo se ha avanzado y que ya no se cometen algunas atrocidades que se cometían no hace mucho tiempo, pero sería sumamente ingenuo pensar que el Estado va a perder alguna vez su carácter violento y opresor. Hace unos días era ascendido en Francia el militar responsable de la bomba que destruyó un barco de Greenpeace y mató a uno de sus ocupantes, siguiendo instrucciones de la razón de Estado. El mundo libertario español sufrió las negativas consecuencias del montaje policial en el caso del Scala de Barcelona, justificado por la razón de Estado. Y fueron poderosas razones de Estado las que respaldaron la asesina actuación de las fuerzas militares en Chile, destruyendo una de las democracias más antiguas de América y del mundo. Y los ejemplos se podrían multiplicar.

La independencia judicial podrá servir para frenar alguno de los desmanes, pero los jueces forman parte del sistema y con excesiva frecuencia tienden a beneficiar al poderoso y a ser cómplices de la razón de Estado. Menos podemos esperar del Parlamento, donde se encuentran los que son claramente cómplices silenciosos de la permanente y bárbara razón de Estado, y ahí les tenemos a todos de acuerdo, por ejemplo, en mantener los fondos reservados que sólo ellos controlarán. El Ejecutivo es, sin duda, el experto en actuar atendiendo a los dictámenes de la razón de Estado. Y si hay alguien propenso a tentaciones mesiánicas, ése es un buen presidente de gobierno, siempre dispuesto a seguir en el poder por responsabilidad y por un insólito auto-convencimiento de que su figura es imprescindible.

Es cierto también que en estos momentos el Estado ha procurado lavar su cara y presentarse ante la sociedad como Estado del bienestar, aunque está a punto de ser des-



mantelado justo cuando acababa de empezar. Hoy en día, el Estado es la sanidad pública, la educación, el subsidio de desempleo y otros servicios de los que difícilmente podríamos prescindir sin caer en una barbarie insolidaria mayor. Pero incluso esos grandes servicios sociales pueden ser auténticamente perversos cuando son destinados a desproveer a los ciudadanos de su autonomía o capacidad de decisión y apoyo mutuo, como bien muestra otra hermosa película que podemos ver en estos momentos, *Lady Bird*, dura denuncia de los desmanes en los que puede caer el ogro filantrópico. O pueden terminar hipotecando la capacidad de actuación de amplios colectivos, como ocurre en España con los subsidios de desempleo distribuidos en Andalucía y Extremadura. O maniatando a los sindicatos, convertidos en pilares del orden «democrático», debidamente subvencionados por el Estado benefactor.

El Estado es algo más que policía y ejército, pero sigue siendo sustancialmente policía y ejército. La democracia parlamentaria supone ya algunos frenos al ejercicio despótico del poder, pero sigue dejando demasiado campo para que los poderosos impongan su real voluntad. No existe ninguna razón para rebajar un ápice la crítica libertaria del poder y del Estado. Conviene, eso sí, actualizarla, pero hay que seguir dirigiendo los dardos al corazón mismo de la opresión: la delegación de poder, la concentración de las decisiones, la perpetuación en el cargo, la jerarquización, el secretismo, el individualismo, la competitividad, la sumisión. Y frente a eso, resulta imprescindible seguir desarrollando todo aquello que suponga: autogestión, descentralización y federalismo, rotación, organización de abajo arriba, transparencia, solidaridad, apoyo mutuo y, sobre todo, libertad.

Apegados a la realidad

CHEMA BERRO

CUALQUIER APUESTA U OPCIÓN SINDICAL TIENE SUS POTENCIALIDADES Y LIMITACIONES Y ES TAREA DE TODOS EL VER CÓMO AUMENTAMOS LAS PRIMERAS Y DISMINUIMOS LAS SEGUNDAS. EL AUTOR APUESTA POR EL POSIBILISMO SINDICAL PARA CONSEGUIR QUE LA REALIDAD AVANCE EN UNA DIRECCIÓN TRANSFORMADORA Y EL MÁXIMO DE LO QUE LAS FUERZAS DE LOS TRABAJADORES PERMITAN EN CADA MOMENTO, SIN QUE ESTO SIGNIFIQUE NINGÚN TIPO DE RENUNCIA NI MAYOR MODERACIÓN.



« Si CGT se dedica sólo a algunos de los aspectos del sindicalismo porque sólo en ellos se encuentra cómoda, si es válida para unas determinadas situaciones pero no para todas, también es lógico que los trabajadores nos mantengan reducidos al papel de contrapunto»

La crisis se ha convertido en una forma de jerarquización del capital y de ataque contra los trabajadores. El paro y la eventualidad suponen un debilitamiento creciente y una derrota paulatinamente profundizada de la clase obrera. El capital conquista así su libertad para imponer las nuevas tecnologías en su beneficio exclusivo y como forma de profundizar el ataque contra los trabajadores. Paralelamente impone su hegemonía dotándose de mecanismos legales e institucionales que la consagren y la acrecienten (legislación laboral y sindical, acuerdos GATT...). El capital impone su ley, su racionalidad (la competitividad) y gana su libertad y su dominio en el control de lo general. Lo general es de por sí una fuente más de debilitamiento social.

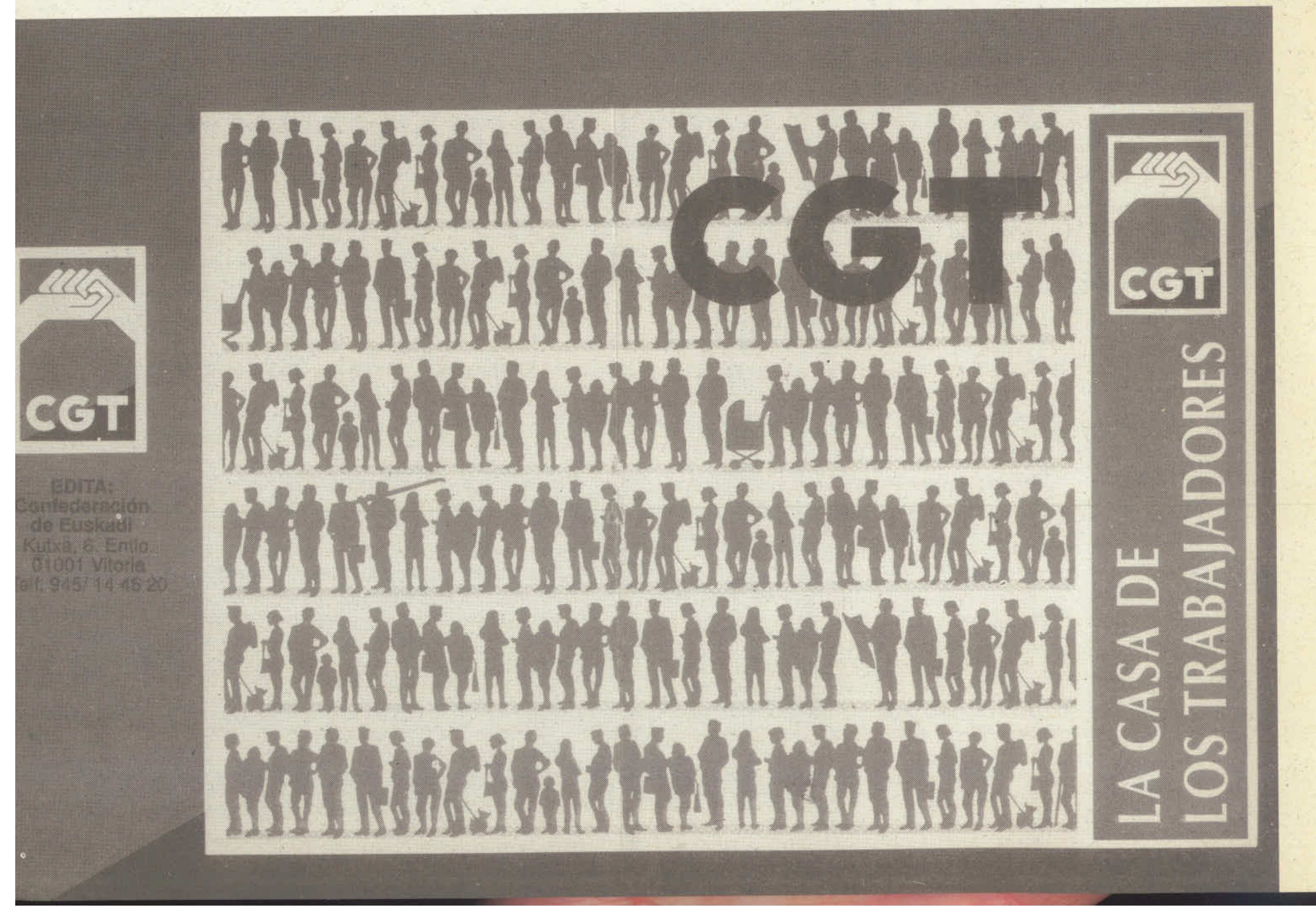
Esa imposición del capital sobre los trabajadores deja sin papel real al Estado y a las instancias políticas, reducidas a meros ejecutores de sus decisiones. El Estado de bienestar, redistributivo, definidor del marco legal y las normas de juego, se convierte él mismo en totalmente disciplinado y supeditado a las directrices del capital, ya que al no existir el contrapeso de los trabajadores no tiene nada que arbitrar, carece del terreno de juego que en otro tiempo le ofrecía la pugna entre capital y trabajo. Lo político se reduce a mera representación, sin ninguna capacidad de juego y, además, cada vez más innecesario.

Hay una cadena lógica entre la competitividad, el modelo de desarrollo que nos proponen a nivel mundial (y en el que cada uno queremos entrar a ocupar el mejor puesto posible), los acuerdos de Maastricht y el proyecto europeo. Y esa misma cadena une ese proyecto con cada una de las políticas económicas, con la Reforma Laboral, con las reconversiones y con cada una de las medidas que día a día se aplican en cada empresa.

Día a día, convenio a convenio, presupuesto a presupuesto, modificación legal a modificación legal, el capital ha ido imponiendo su proyecto y ganando su libertad, su capacidad de planificación, su control. Ello no se traduce sólo en un retroceso en nuestras condiciones de vida y trabajo, sino que el trabajador va quedando, además, más debilitado y supeditado, más indefenso frente a posteriores y más profundos ataques.

El modelo sindical de CGT

Evidentemente el capital plantea su propuesta como "la menos mala posible". La competitividad y el desarro-



llo creciente, aun a costa de sacrificios, será quien nos depare un futuro en el que todos salgamos ganando. No hay posibilidades de una sociedad abundante más que situándose en los puestos de cabeza de esa sociedad mundial en competencia, y por tanto, cualquier sacrificio que se plantee para ello está justificado. Se instala así una dinámica de exigencia de sacrificios en la actualidad a cambio de promesas de futuro, y el mismo discurso sirve cuando ese futuro se convierte en actualidad. En su propuesta de competitividad, la preocupación por el interés general está siempre sometida y aplazada a ese otro objetivo de la planificación y el beneficio empresarial.

Por su parte, el sindicalismo dominante se esfuerza por conjugar los intereses de los trabajadores dentro de los planes del capital. Es un sindicalismo que ha alcanzado su máxima cota en los momentos de desarrollo creciente y que sigue apostando por él, por la propuesta de desarrollo existente, que es la del capital. Aceptada esa lógica en sus líneas generales de priorización de la «creación» de riqueza, difícilmente puede oponerse a las medidas que la desarrollan, aunque supongan exigencias duras para los trabajadores. Su papel se reduce al de paliar los efectos más inmediatos y agresivos para los trabajadores, en una especie de desdramatización basada en la compensación. Se acepta la necesidad de despidos, de reestructuraciones y reconversiones, de los aumentos de productividad, de la pérdida de condiciones y derechos laborales..., en definitiva, se acepta la lógica de las exigencias y se busca, mediante la compensación, paliar los efectos más puntualmente conflictivos. De esta manera consigue desactivar el conflicto social mediante la compensación de los directamente afectados, pero no existe variación de los planes del capital ni se impide que la situación general de los trabajadores se deteriore.

Desde nuestro punto de vista, ni sirven las propuestas del capital, ni el papel del sindicalismo imperante. La lógica de la competitividad, la de las exigencias actuales a cambio de promesas de futuro, es una lógica que crea desigualdad e injusticia social creciente y permanente, en la que no es posible la defensa de los intereses obreros. Esa defensa sólo puede hacerse desde una lógica distinta: la del reparto y la valoración de la calidad de vida con un criterio no reducido al aumento del consumo.

El sindicalismo de CGT apuesta, por tanto, por la defensa de los intereses de los trabajadores, *en oposición a los planes del capital.* No es ello una cuestión de principio o de toma de postura ideológica o filosófica; los planes del capital constituyen auténticas agresiones a los trabajadores en lo concreto y en lo general, y la priorización de los intereses de los trabajadores implica el oponerse a esos planes, a su lógica y a cada una de sus agresiones concretas.

Priorizar significa indiscutiblemente valorar por encima, pero en la actualidad significa, sobre todo, poner por delante, no postergar. Todo el mundo dice valorar por encima el interés general, lo que pasa es que lo relegan a promesas de futuro, sacrificándolo en el presente. No hay priorización sin poner por delante, en el presente y lo inmediato. Sin simplismos pero sin dejarse embaucar. Lo concreto, lo inmediato, es la única forma de salirse y romper la lógica del capital, dueño indiscutible de lo general.



«Mantener unas posturas que sean válidas para nosotros (y nuestro entorno) pero que no consiguen validez social es excesivamente cómodo y reduce la exigencia transformadora a una postura meramente personal, aparentemente ética, pero que acaba reducida a pose»

Una de las características de este sindicalismo es la de tratar de impedir que impere la lógica de la compensación. El capital extiende su dominio abarcando más aspectos de las relaciones laborales, condiciones de vida y comportamientos (despidos, métodos de trabajo, condiciones laborales, horarios, ritmos, turnos, movilidad...) a base de compensar económicamente en un primer momento el deterioro que sufren los trabajadores. Aceptar esa lógica es aceptar la extensión del dominio del capital y del deterioro obrero.

Esa lógica es la clave de la desactivación de la conflictividad social, al



paliar las situaciones más conflictivas compensando a los directamente afectados, pero manteniendo íntegros los planes del capital y el deterioro de la situación social general. La compensación, grande o pequeña para el caso es lo mismo, es el terreno del acuerdo entre los planes del capital y el sindicalismo dominante para poner fin a la conflictividad social. La lógica sindical tiene que ser exactamente la contraria: arrancar de las agresiones más duras de los planes del capital y promover desde ellos la fuerza de los trabajadores y la conflictividad capaz de oponérsele y de hacerlos variar de forma que se tengan en cuenta los intereses de los trabajadores y su situación general.

La oposición a los planes del capital no puede hacerse sino desde la movilización y presión obrera, arrancando fundamentalmente de las situaciones más conflictivas. Pero para que esa presión no sea algo aparente y testimonial, es necesaria la participación e implicación de los trabajadores. *La participación es la segunda característica del sindicalismo que propugnamos.*

Hay un hilo conductor entre sindicalismo dentro de los planes del capital, cuyo poder en buena medida le es otorgado por el propio sistema, con unas formas de movilización externas reducidas a gestos y amagos, pero con escasa capacidad de presión real, y un sindicalismo poco participativo. De la misma forma, un sindicalismo en oposición a esos planes sólo puede ser pensado basándose en los aumentos de capacidad de presión real y, por tanto, de la participación de los trabajadores.

La búsqueda de la participación exige un permanente flujo entre los trabajadores y la organización sindical: explicación a la hora de promover una forma de movilización, de variarla o de terminarla, rendimiento de cuentas, que el poder sindical no sea más que el de los propios trabajadores, sin que haya ningún otro interés, lo que permite una total transparencia en todos los momentos del actuar sindical.

Matizaciones a nuestro modelo sindical

Nuestro modelo sindical —definido por la participación de los trabajadores, el aumento de la capacidad de presión y la oposición a los planes del capital—, como cualquier modelo, no es sino una orientación de trabajo y nunca puede convertirse en algo que nos encierre e imposibilite nuestra actuación. Los riesgos de nuestro modelo sindical, en un momento de absoluto predominio del capital y de fuerte debilidad de los trabajadores, son los derivados de su posible separación con la realidad social: planteamiento sindical de rotunda, clara y coherente oposición a los planes del capital por nuestra parte, e implantación de esos planes en la realidad. Esa coherencia de planteamientos que no se corresponde con la realidad, ese planteamiento de oposición absoluta, pero inoperante, se convierte en una coherencia de postura, estética, en un lujo de "gente que puede permitírselo".

La corrección de nuestro modelo sindical, su adecuación a la realidad, viene dada por él mismo:

— Quien se opone realmente a los planes del capital no es aquel que dice oponérseles, por muy radical y claramente que lo diga, sino el que en la práctica consigue hacerlo. En ese sentido, es más positiva una oposición real, aunque sea parcial, pero que consiga impedir, retrasar, entorpecer, modificar..., esos planes, que una oposición absoluta que sea a la vez absolutamente inoperante.

— De la misma forma, abogar por la participación de los trabajadores, trabajar porque participen en nuestro modelo sindical, implica la reciprocidad de estar dispuestos nosotros a participar con ellos, a correr su suerte y a no dejarles en ninguna de las situaciones.



Esto es, defendemos unas posiciones sindicales porque entendemos que son ellas las que mejor defienden los intereses de los trabajadores, pero la defensa a ultranza de esas posiciones, la no abdicación de ellas en ningún caso ni situación, puede acabar en un abandono en la práctica de los intereses reales de los trabajadores.

El papel de una organización sindical es doble:

— El de variar la correlación de fuerzas a favor de los trabajadores, haciendo un trabajo de animación y cauce de movilización y presión.

— El de traducir esa presión en resultados, en posiciones ventajosas que consoliden su predominio y les sitúe favorablemente para plantearse nuevas metas.

Presión y negociación son las dos facetas del hecho sindical y ninguna de las dos puede descuidarse ni es capaz por sí sola de hacer avanzar el sindicalismo.

Nuestro planteamiento sindical, y con él nuestra organización, es válido para aumentar la capacidad de movilización, pero nuestra capacidad negociadora y de traducir en resultados es más dudosa. Y no sólo nuestra capacidad, sino, incluso, nuestra voluntad de hacerlo, dado que cuando nuestro planteamiento sindical se presenta como no compatible con la realidad, en muchos casos optamos por aferrarnos a nuestro planteamiento, aún dejando de lado los intereses reales de los trabajadores.

Las situaciones por las que atraviesan los trabajadores son muy variadas y en ellas lo que varía es su capacidad de movilización y presión y la correlación de fuerzas con respecto a las formas de dominación e imposición de la patronal.

Además de incrementar la capacidad de movilización y presión, la tarea de una organización sindical es, en los momentos de alta capacidad de presión, conseguir metas importantes, en aquellos otros que flaquea saber dosificarla y aprovecharla aunque lo conseguido sea menos, y en los momentos de predominio patronal conseguir aminorar el retroceso de los trabajadores. En definitiva, un sindicato tiene que responder de forma útil en esas tres situaciones por las que atraviesan los trabajadores.

Sin embargo, nosotros, que podemos ser útiles en la primera de las situaciones, somos poco flexibles en las segundas, y en las terceras preferimos encerrarnos en nuestra imagen de gente irreductible y en posturas maximalistas, que salvaguarden nuestra imagen y la de nuestra organización, pero haciendo con ello dejación de la obligación de velar por los intereses de los trabajadores. Sindicalmente, tan importante es acrecentar una victoria como aminorar una derrota, pero en este segundo caso nuestra opción suele ser la de que prevalezca la defensa de nuestra imagen por encima de la preocupación por la situación real de los trabajadores, lo cual es un error.

Si de nuestra firma depende el que un despido colectivo se reduzca de 500 a 200, que un retroceso en las condiciones laborales se aminore aunque siga siendo un retroceso, etc., es seguro que habrá 500 despidos y que el retroceso será mayor, porque prevalecerá esa defensa de la radicalidad de nuestros planteamientos y con ellos la de nuestra propia imagen, por encima de la defensa de la situación real de los trabajadores.

Los trabajadores, al no vernos como una opción válida para la defensa de sus intereses en todas las situaciones, al percibir esa recámara en la que nos refugiamos en determinados momentos, dejándolos a ellos más a la intemperie, nos relegan a una posición secundaria, manteniéndonos "por si acaso", pero sin otorgarnos un papel protagonista, máxime en un momento como el actual de fuerte derrota obrera e intensa ofensiva patronal.

« Es más positiva una oposición real, aunque sea parcial, pero que consiga impedir, retrasar, entorpecer, modificar..., los planes del capital, que una oposición absoluta que sea a la vez absolutamente inoperante»

Eso parece que es lo que se está produciendo en la realidad. A la vista de algunos resultados electorales, surge la impresión de que la opción CGT está haciendo tope contra sus propios límites. El estancamiento de nuestra representación en algunas grandes empresas, en las que se ha llevado a cabo una buena e importante actuación sindical, parece indicar que los trabajadores quieren mantenernos como contrapunto, en el papel de minoritarios, pero que no se fían de nosotros como para entregarnos la mayoría y, con ella, la responsabilidad de la gestión directa de sus asuntos.

Incluso en momentos determinados en los que los trabajadores se suman a nuestras posturas no acaban de fiarse de nosotros como gestores, prefiriendo que el peso de la negociación lo lleven otras organizaciones aunque no compartan sus posiciones. Seguramente porque hemos demostrado poca capacidad (y a veces voluntad) de negociación, sin conseguir dar a nuestro planteamiento sindical la misma utilidad de cara a la negociación que la que tiene de cara a la movilización.

Los trabajadores nos ven como una opción honrada, luchadora y parcialmente útil (para aumentar la capacidad de presión), y por eso quieren que estemos presentes. Pero nos ven, también, poco flexibles para adaptarnos a todas las situaciones por las que atraviesan, y para conocer los límites de sus propias posibilidades en cada momento y saber gestionarlas de forma positiva, por eso nos mantienen en esa postura sin papel protagonista, sino como acicate de las posturas más conciliadoras a las que otorgan el protagonismo.



« El sindicalismo dominante se esfuerza por conjugar los intereses de los trabajadores dentro de los planes del capital y su papel se reduce al de paliar los efectos más inmediatos y agresivos para los trabajadores en una especie de desdramatización basada en la compensación»

No aceptar limitaciones

Uno de los riesgos de nuestra opción sindical es la de conformarse a «su» espacio y, ciertamente, existe un espacio para vivir a la contra, refugiándose en algunas de las facetas del hecho sindical pero sin asumir el sindicalismo en su totalidad, jugando el papel de conciencia crítica de los que lo hacen, pero cediéndoles el terreno.

Podemos así estar contentos con "nuestra clientela" y conformando nuestra actuación para darle satisfacción a ella, lo cual contribuirá a que se vaya abriendo esa separación entre discurso sindical y realidad social. Es una postura que en un primer momento puede, incluso, suponer un cierto crecimiento, pero que esconde un engaño en sí misma y que acabará convirtiéndose en una trampa que atrapará a la organización que juegue a eso.

Es un engaño para esa "clientela" a la que va dirigida, alimentándole con un radicalismo que pone sus acentos en el criticismo, pero que es muy débil en su actuación real. Con ello se convierte en una clientela muy reducida pero fiel, que conducida por esa vía acaba siendo sindicalmente inútil.

Y es una trampa para la organización que la practica. Lo que importa en el sindicalismo es la situación real, los movimientos en las posiciones de los trabajadores y en la correlación de fuerzas respecto a la patronal. Si esa posición es de debilidad, ella nos arrastra e incapacita a todos, aún a aquellos que siguen manteniendo en el discurso posiciones maximalistas. Esa debe ser nuestra preocupación y la que tratemos de imbuir a esos trabajadores radicales, tratando de que no se despeguen, sino que sirvan de motor del conjunto de trabajadores. Lo contrario, conseguir de ellos una fidelidad cada día mayor a costa de encerrarlos en posturas que han renunciado a conquistar la mayoría y el protagonismo, ni es sindicalmente útil, ni tampoco es honesto. Indiscutiblemente, CGT debe ligarse a esos trabajadores más radicales, pero debe hacerlo no para garantizarse su incondicionalidad, sino para abrirlos al conjunto de trabajadores y para hacer de ellos una fuerza sindicalmente útil.

Ninguna apuesta sindical puede aceptar encerrarse en unos límites y resignarse a papeles subordinados. Su obligación es corregir sus propias limitaciones y tratar de superar las que le vengan impuestas por los demás. Mantener unas posturas que sean válidas para nosotros (y nuestro entorno) pero que no consiguen validez social es excesivamente cómodo y reduce la exigencia transformadora a una postura meramente personal, aparentemente ética, pero que acaba reducida a pose.



A la vista de la marcha de los acontecimientos y de la situación social y sindical, la necesidad de cobrar capacidad de actuación y protagonismo se nos debe plantear como imperiosa y no exenta de cierto grado de angustia. Repensar el 27-E, y otras muchas situaciones concretas, con mayor peso social de CGT, es algo a lo que no podemos renunciar.

Para ello, es necesario asumir todos los aspectos del hecho sindical, tanto la movilización como la negociación, considerando que ambas van ligadas y adecuando nuestros planteamientos en relación a la situación concreta y a lo que puede dar de sí. En definitiva, esa opción sindical no es algo nuestro, propio, que se justifique por su coherencia u otros factores internos, sino que es algo de todos los trabajadores, justificado por la actuación que despliegue y las variaciones de la realidad que sea capaz de conseguir.

Implica esto que CGT puede y debe firmar cualquier cosa si con ello consigue evitar otra peor y después de haber puesto todos los medios de presión a su alcance. Los intereses de los trabajadores y la presión que sea capaz de desarrollar CGT debe negociarla CGT, sin dejar que otros lo hagan, relegándonos a sólo un papel o parte del hecho sindical. Demasiadas fuerzas habrá para relegarnos a ese papel como para que nosotros contribuyamos a ello.

«Los riesgos de nuestro modelo sindical, en un momento de absoluto predominio del capital y de fuerte debilidad de los trabajadores, son los derivados de su posible separación con la realidad social»

Eso no significa una homologación de CGT con el sindicalismo imperante. CGT debe plantear en todo momento a los trabajadores la disyuntiva que tienen de buscar formas de presión y lucha o de aceptar lo que la patronal ofrece o trata de imponer. En esa disyuntiva, CGT siempre apostará por la primera opción, y tratará de ir en esa dirección de aumentar la capacidad de presión de los trabajadores todo lo que éstos quieran y aún un poco más. Pero sin llegar nunca a despegarse, ni aún en el caso de que esa opción no cuente con el respaldo de los trabajadores, sin hacer dejación de su papel de representante de los trabajadores y valedor de sus intereses, tanto en la movilización como en la negociación.

De lo contrario, si CGT se dedica sólo a algunos de los aspectos del sindicalismo porque sólo en ellos se encuentra cómoda, si es válida para unas determinadas situaciones pero no para todas, si esa es su opción, también es lógico que los trabajadores nos mantengan reducidos al papel de contrapunto de esos otros a los que consideran protagonistas de la totalidad del hecho sindical.

Lo que nos diferencia de CCOO y UGT, lo que a ellos les achacamos, es el que no cumplen ese papel de dinamizador, sino que en muchos momentos hacen el papel exactamente contrario de desarrollar los elementos de pasividad y comodidad que existen en los trabajadores, mientras que nuestro papel debe ser exactamente el contrario. La orientación es, pues, radicalmente distinta. Pero la realidad social sobre la que trabajamos es la misma, y nunca, nunca, CGT debe separarse de esa realidad.

CGT y las elecciones sindicales

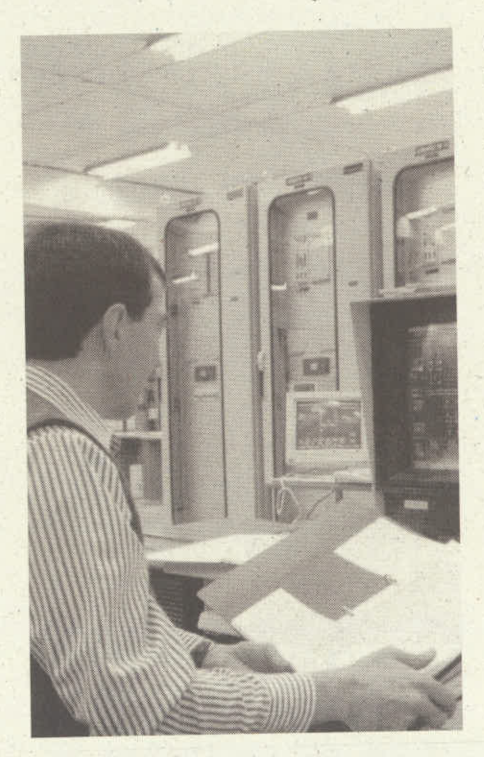
JOSÉ BERLANGA GARCÍA *

NUEVAMENTE NOS ENCONTRAMOS INMERSOS EN UN PROCESO DE ELECCIONES SINDICALES Y DE NUEVO SE OYEN ALGUNAS VOCES SOBRE CUÁL DEBE SER LA POSICIÓN DEL SINDICATO AL RESPECTO. SIN PRETENDER SENTAR CÁTEDRA, Y CON LA MAYOR HUMILDAD, INTENTARÉ COLOCAR EN SU JUSTO LUGAR LA POSICIÓN DE CGT ANTE LAS ELECCIONES SINDICALES, QUE EN ALGUNOS CASOS COINCIDIRÁ CON LA POSTURA OFICIAL DE LA ORGANIZACIÓN Y EN OTROS IRÁ MÁS ALLÁ DE LA MISMA.

La reconstrucción de la CNT se caracterizó por ser el resultado de un conglomerado muy variopinto de personas que se acercaban al sindicato movidos por el recuerdo de su actuación histórica y, por tanto, con una imagen idealista que no siempre se correspondería con la realidad. Igualmente, porque se daba la posibilidad de estructurar una organización diferente a las que en esos tiempos emergían.

Indudablemente todas y cada una de las propuestas organizativas tenían cabida en el sindicato, siempre y cuando fueran respetuosas con las otras y no intentaran imponerse. Sin embargo, y quizás por ese componente tan heterogéneo, las cosas no fueron nada fáciles.

A finales de los 70, la CNT era una organización con una importante implantación tanto geográfica como numérica. Sin embargo no fuimos capaces de ejercer nuestra posición privilegiada, desaprovechando la oportunidad que se nos brindaba de dialogar con las diversas administraciones y forzar con ello soluciones acordes con los intereses de la CNT y por ende de la clase obrera. (Nuestros adversarios actuaron con mayor inteligencia y sentaron así las bases del sistema de representación de los sindicatos en la empresa).



En consonancia con esa posición purista se produjo una declaración de rechazo a nuestra presencia en el proceso de elecciones sindicales, a pesar de que nuestros afiliados y afiliadas y sus organizaciones en la empresa (entonces llamados paradójicamente Comités de Empresa) hicieran oídos sordos a esas proclamas y se presentaran a las elecciones formando parte de candidaturas de otros sindicatos autónomos y, las menos de las veces, en nombre de CNT. Así resulta curioso comprobar cómo nuestros delegados y delegadas fueron elegidos en sus respectivas empresas (cuadro 1) mientras la Organización se enzarzaba en estériles polémicas internas que provocaron que, poco a poco, la CNT se fuera distanciando de los trabajadores y trabajadoras, provocándose un éxodo continuo debido a la incapacidad organizativa para dar respuesta a las exigencias de una clase obrera totalmente desamparada y engañada por el resto de sindicatos.

¿Cuántas celebraciones no se producirían a nuestra costa por la decisión de no participar en las elecciones sindicales? A nuestros oídos llegaron manifestaciones de júbilo y regocijo (principalmente de CC OO, ya que UGT comenzaba a despuntar en ese momento) por el rechazo de CNT a participar en las elecciones sindicales, lo que suponía elegir el camino de la marginación como sindicato, en vez de recoger y canalizar el potencial que entonces gravitaba alrededor de CNT. El tiempo ha demostrado que cometimos un error histórico y la ingenuidad de nuestro convencimiento sobre el escaso porvenir que tenían el resto de organizaciones sindicales.

CUADRO Nº 1

EMPRESA	POBLACIÓN	PLANTILLA	DELEGADOS CNT
Grupo Generali	Madrid	200	1
Antibióticos	León	800	2
ISA	Sevilla	700	1
Braun	Barcelona	1200	1
Transportes Urbanos	Barcelona	6500	2
HYTASA	Sevilla	2000	1

¿Aprendemos de nuestros errores?

En una situación de enfrentamiento continuo se celebró el V Congreso de la CNT a finales de 1979. Muchos aún tenían la esperanza de que era posible enderezar la nave del histórico sindicato, otros estábamos convencidos de que ésta hacía aguas y que inexorablemente iba a pique. Desgraciadamente el desarrollo del mismo nos dio la razón.

La falta de debate y la imposición de criterios trasnochados se impusieron sobre las ansias de muchos otros de celebrar un debate abierto sobre las ideas que fuera capaz de dar respuesta a las necesidades de los trabajadores y trabajadoras. (En este Congreso se hizo famosa la frase «como tenemos la razón y la verdad, ya vendrán a nosotros»).

Nuevamente desaprovechamos la oportunidad, que siempre caracterizó a la CNT, de adecuar la organización a lo que necesitaba la clase obrera.

Indudablemente uno de los temas estrella fue nuestra posición ante las elecciones sindicales, y si bien los acuerdos de los sindicatos gravitaban sobre tres posiciones (participación, modificando los aspectos negativos; participar donde nuestras fuerzas escaseen; y no participar, ya que ello representa entrar en el juego impuesto), el ambiente crispado resolvió a favor del rechazo al proceso de elecciones sindicales. Los resultados, de sobra conocidos por todos: ostracismo de nuestra organización que casi lleva a su total desaparición, división de CNT en dos organizaciones con idéntica denominación, abandono de numerosos afiliados y afiliadas desengañados de un sindicato que no les sirve para enfrentarse a los problemas cotidianos de su entorno...

Una parte de la CNT confirmó su desvinculación de la ortodoxia anarcosindicalista histórica y celebró un congreso extraordinario que dio pie a la constitución de la CNT Congreso de Valencia. Nacida con vocación de no repetir los mismos errores que su antecesora, sin

CUADRO Nº 2										
AÑO	**1982**			**1986**			**1990**			**DIFERENCIA 1982-1990**
PERIODO	15/3 AL 21/12			1/10 AL 31/12			15/9 AL 15/12			
ACTAS COMPUTABLES	53.601			70.812			109.133			+103,60%
TRABAJADORES AFECTADOS	2.670.524			3.159.778			5.443.283			+103,83%
ELECTORES	2.643.518			3.127.475			5.373.613			+118,13%
VOTANTES	1.950.335			2.495.951			3.974.406			+103,78%
PORCENTAJE PARTICIPACIÓN	79,17%			79,81%			73,96%			-5,21%
	Repres.	Porcentaje Est.	Porcentaje C.A.	Repres.	Porcentaje Est.	Porcentaje C.A.	Repres.	Porcentaje Est.	Porcentaje C.A.	
UGT	51.672	36,71		66.441	40,92		99.737	42,04		+93,02%
CCOO	47.016	33,40		56.065	34,54		87.730	36,98		+86,60%
ELA-STV	4.462	3,30	30,24	4.952	3,05	34,47	7.488	3,16	37,81	+61,31%
CIG	(1)1.651	1,17	18,94	(2)1.072	0,66		3.527	1,49	23,48	+113,63%
				1.062	0,65					
OTROS	18.765	13,33		23.455	14,45		29.808	12,56		+58,85%
GRUPO TRABAJADORES	17.024	12,09		10.833	6,67		8.407	3,54		-50,62%
NO CONSTA				162	0,10		564	0,24		
TOTAL	140.770	100%		162.298	100%		237.261	100%		+68,55%
CGT	*(3)107*	*0,80%*		*1.030*	*0,63*		*(4)1.570*	*0,66*		*(5) +52,43%*
FECHA PROCLAMACIÓN	10 DE MARZO DE 1983			5 DE JUNIO DE 1987			11 DE NOVIEMBRE DE 1991			

(1) Se presentan como INTG: Intersindical Nacional de Traballadores Galegos.
(2) Se escinden en otra organización que se llamará CXTG: Confederación Xeral de Traballadores Galegos Intersindical Nacional.
(3) CNT Congreso de Valencia.
(4) A esta cifra deberíamos incrementar los 24 delegados conseguidos en Galicia a nombre de CNT.
(5) Diferencia entre 1986 y 1990.

los medios humanos suficientes, pero con la loable intención de romper con esquemas arcaicos, es el primer atisbo de esperanza en la reconstrucción de una organización sindical impregnada de un actualizado contenido anarcosindicalista y nacida con intención de incidir realmente en su entorno.

A pesar de ello, y debido a que se había estado demasiado tiempo defendiendo posturas diferentes, no se produjo una avalancha de participación en el proceso de elecciones sindicales. Así, en las celebradas entre el 15 de marzo y el 31 de diciembre de 1982 no se obtuvieron más que 107 delegados y delegadas.

El sector que siguió en la CNT-AIT celebró su VI Congreso en Barcelona y de nuevo surgieron las discrepancias, solventadas con una salida salomónica para evitar la ruptura: Congreso Extraordinario Monográfico. De nuevo los inmovilistas dispusieron del suficiente tiempo entre congresos para manipular a su antojo, y el resultado, el previsible, fue afirmarse en la no participación.

A raíz de ello, un importante colectivo decidió entablar contactos con los compañeros y compañeras del Congreso de Valencia y caminar juntos hacia la recuperación del sindicato. En el Congreso de Unificación convocado al efecto se reflexionó y debatió abiertamente, concluyendo que debíamos estar presentes en todos aquellos foros donde se decidan temas que tengan relación con el mundo del trabajo.

El reto estaba lanzado y en el primer proceso electoral que se celebró el último trimestre de 1986 obtuvimos 1.030 delegados y delegadas. Aunque es un exiguo resultado, y únicamente representamos el 0,63% de los delegados y delegadas elegidos, no obstante es un primer paso y ello nos ha permitido ir afianzando poco a poco nuestra alternativa, disponer de un potencial humano hasta entonces desconocido, recuperar la esperanza ...

Análisis de los últimos procesos electorales

Si estudiamos las tres últimas convocatorias, podemos comprobar cómo se han incrementado tanto el número de actas como la cantidad de delegados elegidos (ver cuadro número 2).

Así, se ha duplicado el número de actas electorales y consecuentemente los delegados y delegadas elegidos, si bien éstos sólo se incrementan porcentualmente un 68%. Los resultados de

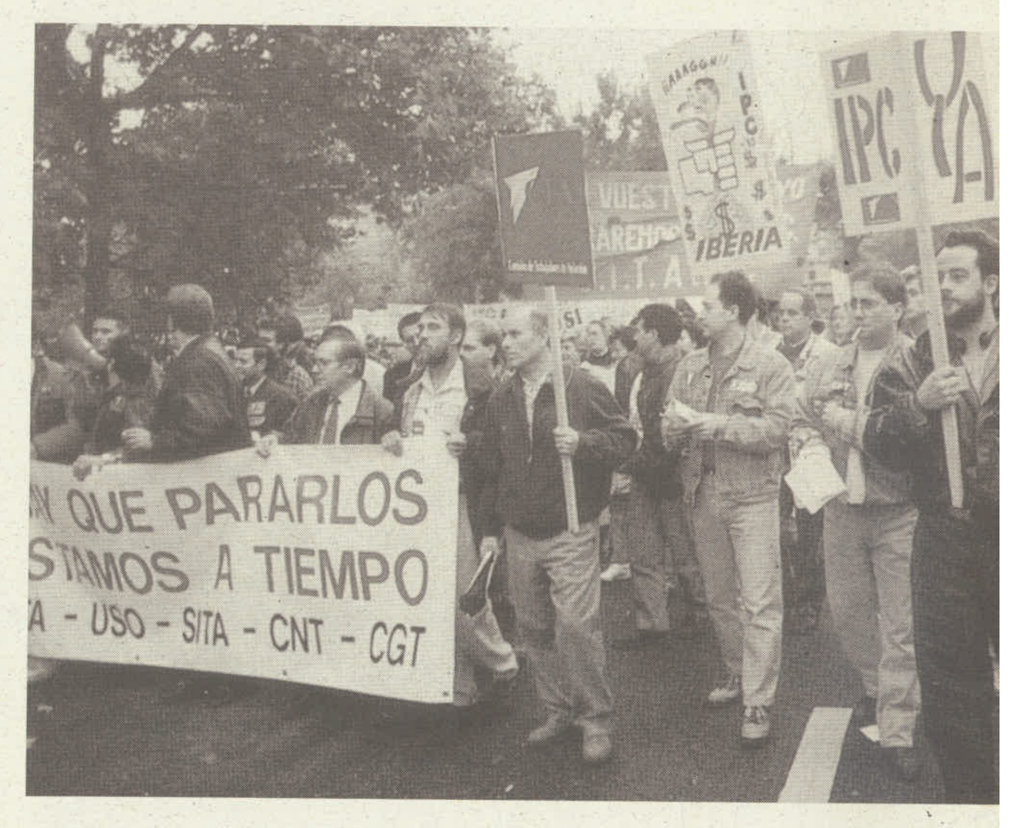
los sindicatos mayoritarios casi se doblan también. Sin embargo otros sindicatos, y CGT no es la excepción, incrementamos nuestras cifras poco más del 50%. Sorprendentemente los candidatos conseguidos por Grupos de Trabajadores se han reducido numéricamente en un 51% en el mismo período, pasando de representar el 12,09% de los delegados en 1982 al 3,84% en 1990. No obstante continúa siendo una cifra importante los 8.407 delegados y delegadas encuadrados en este grupo.

El crecimiento de CGT en poco más del 50% puede entenderse loable y satisfactorio, pero no debemos olvidar que es insuficiente, obteniendo sólo un 0,66% en 1990 (1.570 delegados).

USO en 1982 consiguió 6.527 delegados, que representaban el 4,64%; en 1986 bajó a 6.145, el 4,02%, y en 1990 se recuperó incrementando su representación, llegando a obtener 6.860 delegados, el 2,89% de los 237.261 que fueron elegidos, con un incremento entre convocatorias de sólo un 5%.

Los sindicatos vascos se afianzan y si bien no incrementa ELA-STV su representación en idéntico porcentaje que CC OO-UGT, no es menos cierto que consigue niveles importantes en menoscabo de estos dos sindicatos en su ámbito territorial.

Por contra, el gallego CIG no sólo obtiene los delegados conseguidos en 1986 por INTG y CXTG por separado, sino que consigue incrementar un 65% en 1990 los resultados que consiguieron las dos en la convocatoria anterior de 1986.



Únicamente con el trabajo continuado podremos conseguir buenos resultados, únicamente estando junto a los trabajadores y trabajadoras, sufriendo sus mismos problemas y buscando soluciones, podremos ser la alternativa sindical necesaria...

Y ahora, ¿qué?

Estamos inmersos en un nuevo proceso de revocación de los delegados de personal, miembros de comité de empresa y juntas de personal que fueron elegidos en 1990 y que, por disposición transitoria de la última reforma del Estatuto de los Trabajadores, durará quince meses, a contar desde el 15 de septiembre de 1994.

A la vista de los datos del primer trimestre, no podemos estar demasiado satisfechos con nuestros resultados. Obviamente ello no es achacable únicamente a nuestra responsabilidad, hay condiciones externas que contribuyen a que no obtengamos buenos resultados en CGT. Indudablemente, el hecho de que sólo los sindicatos mayoritarios puedan convocar es un problema difícilmente soslayable, que los árbitros sólo sean elegidos por ellos es otro problema a la hora de plantear cualquier reclamación electoral, pero no es menos cierto que estas cuestiones no deberían ser ningún impedimento para conseguir niveles de representación sustancialmente superiores.

Nadie nos lo ha puesto nunca fácil, siempre hemos tenido en contra a casi todos, pero nos hemos crecido en la adversidad. Ahora bien, pretender que con cuatro carteles y unas octavillas los trabajadores y trabajadoras van a desembarcar en CGT es de ilusos. Únicamente con el trabajo continuado podremos conseguir buenos resultados, únicamente estando junto a los trabajadores y trabajadoras, sufriendo sus mismos problemas y buscando soluciones, podremos ser la alternativa sindical necesaria, sólo abriendo las puertas de los sindicatos, y no para ventilarlos únicamente, nutriremos nuestra organización de sabia nueva.

Nuestra alternativa

El IV Congreso de la CGT de Catalunya, celebrado los días 22, 23 y 24 de mayo de 1992, definió una alternativa para mejorar el sistema de elecciones sindicales que giraba alrededor de tres objetivos básicos:

— Creación de una verdadera Administración Electoral Sindical. Entendemos que es necesaria una verdadera Administración Electoral Sindical cuya composición sea garantía de una verdadera independencia, y que la participación de los sindicatos lo sea a efectos de control y en ningún caso con posibilidad de decisión.

— Sistematización de los procesos electorales a comités de empresa y delegados de personal, así como la

racionalización de su composición y de sus funciones. Entre otras modificaciones proponemos la modificación y unificación de los calendarios electorales para comités de empresa y delegados de personal, la reducción del número de trabajadores necesarios para constituir comité de empresa, pasando por una concepción diferente del sistema de preavisos que permita la capacidad de convocatoria a todos aquellos que concurran al proceso, y la formación automática de comités intercentros en aquellas empresas con más de un comité de empresa.

— Elecciones sindicales directas a representatividad sindical. Según la legislación vigente, la representatividad sindical se mide a partir de la certificación, emitida por la oficina pública, sobre los delegados y delegadas obtenidos por cada sindicato en las elecciones sindicales a delegados de personal, comités de empresa y juntas de personal hasta el momento de ejercer la misma. La representatividad así conseguida sirve no sólo para determinar la presencia institucional de las organizaciones sindicales, sino que también vale para el reparto de dinero público que presupuestariamente se establece como subvención, reparto del patrimonio acumulado...

Así nos encontramos que el parámetro determinante es el delegado o delegada electo, sin tener en cuenta el número de votos necesarios para su elección. Consecuentemente, y a efectos de representatividad sindical, es igual un delegado o delegada de una pequeña empresa con 6 trabajadores que ha necesitado para su elección 3 votos, que una delegada o delegado de comité de empresa de una gran fábrica que ha necesitado una media de 160 votos.

Asimismo los trabajadores y trabajadoras están absolutamente imposibilitados para votar alternativas sindicales distintas a aquellas que se presentan en su centro de trabajo. Se produce así la paradoja de que en empresas con más de un centro de trabajo o en sectores productivos con convenios colectivos de ámbito superior a la empresa, los trabajadores únicamente pueden optar por opciones sindicales que se presentan en su comité específico y no pueden hacerlo a otros sindicatos, aunque éstos estén implantados en su sector o en otros centros de la empresa en que trabaja.

No hablemos ya del amplio colectivo de trabajadores de empresas de menos de 6 trabajadores o los parados, que no tienen derecho a votar pero que se encuentran representados, a todos los efectos, por los sindicatos más representativos, a quienes no han elegido, que negocian en su nombre cosas tan importantes como su sueldo o las prestaciones por desempleo.

Por lo cual proponemos la implantación de una segunda urna, en la que se vote exclusivamente a los sindicatos constituidos en el ámbito o sector correspondiente.

Consecuentemente, cada trabajador y trabajadora votaría dos veces: en una urna para la elección de la representación unitaria de los trabajadores en la empresa y en otra urna para definir la representatividad sindical a todos los efectos, ya sean institucionales o de

Difundiremos ampliamente nuestra concepción federalista y participativa, la autogestión y la necesidad del apoyo mutuo para alcanzar los objetivos, la solidaridad como principio fundamental, evidenciaremos la necesidad de una educación coherente y transformadora.

Toda la afiliación debe estimular, con planteamientos concretos, a los compañeros y compañeras más luchadores (cansados de las formas y actuaciones de los sindicatos mayoritarios) para el ingreso en nuestro sindicato.

negociación colectiva. A esta segunda urna concurrirán los sindicatos constituidos en el ámbito correspondiente.

Los trabajadores de empresas de menos de 6 trabajadores y los parados ejercerían su derecho a voto en las oficinas del INEM, en mesas controladas por la Administración Electoral Sindical.

Criterios para una campaña electoral

Como ya hemos avanzado en algún comentario anterior, pretender obtener buenos resultados a partir de un trabajo iniciado escasos meses antes del proceso de elecciones sindicales es ponernos al mismo nivel que siempre hemos criticado en el resto de sindicatos: sólo se acuerdan de los trabajadores y trabajadoras en período electoral.

Por lo dicho, nuestras campañas electorales deben ser constantes, con objetivos claros, participativas y diseñadas con suficiente antelación, aprovechando todas las circunstancias que nos sean favorables. Éstas se basarían en procesos específicos a nivel sectorial, local e incremento sustancial de la afiliación.

A nivel sectorial, las campañas las haremos coincidir básicamente con situaciones de negociación de convenio. Tanto en las empresas como en los lugares más apropiados (grupos de empresa de un determinado sector) expondremos carteles y si es posible pancartas, asimismo elaboraremos comunicados de análisis y reflexión.

Al mismo tiempo convocaremos diversos actos (reuniones, asambleas, coloquios...), propiciando que personas de unas empresas participen en otras.

Evidenciaremos el entreguismo de los sindicatos mayoritarios y la necesidad de una organización confederal, la cual propicia la participación directa y la autonomía de acción.

A nivel local, la campaña debe estar más orientada hacia la vertiente sociociudadana, abordando temas como urbanismo, enseñanza, sanidad, viviendas, transportes, obras públicas, impuestos, cooperativismo, militarismo, racismo... y la problemática propia de las zonas afectadas por las diferentes crisis: agricultura, minería, turismo, industrias diversas...

Previamente, al igual que en todo lo anterior, se requerirá estudios de las comarcas y zonas concretas, al objeto de conocerlas y ofrecer alternativas.

Esta campaña necesitará desarrollar contactos con asociaciones y grupos vecinales, intentaremos colaborar con los gobiernos municipales (alcaldes, concejales...) y, en las zonas que sea posible, estableceremos los contactos necesarios con las empresas del sector, que lógicamente estarán inmersas en la problemática de la zona.

Básicamente la campaña será propagandística, pancartas y carteles, siempre mediante el estudio previo



Programa Electoral

ELECCIONES SINDICALES - 95
CORREOS Y TELEGRAFOS

VOTA CGT

nuestro trabajo honesto
una garantía para tu futuro



SINDICATO FEDERAL DE CORREOS Y TELEGRAFOS
CONFEDERACION GENERAL DEL TRABAJO

que se ha venido indicando, denuncias de los problemas que sufren y alternativas a ellos, cumplimentándola con actos diversos: conferencias, coloquios, entrevistas en radios locales, inauguración de locales,...

Difundiremos ampliamente nuestra concepción federalista y participativa, la autogestión y la necesidad del apoyo mutuo para alcanzar los objetivos, la solidaridad como principio fundamental, evidenciaremos la necesidad de una educación coherente y transformadora.

La afiliación

Hablemos de la afiliación. Por todos es conocida nuestra parquedad en el desarrollo de este tipo de acciones. Hemos de coincidir en que los trabajos realizados y los resultados obtenidos nunca han sido rentables. Los hemos finalizado casi siempre con la satisfacción del deber cumplido, esperando que los trabajadores y trabajadoras hicieran lo mismo, siendo nuestra espera infructuosa. (Tal vez cabría la reflexión sobre el por qué).

En este terreno se impone la acción directa, dejando de ser pusilánimes. Hemos de abrir las puertas a todos los trabajadores. Y no sólo abrirlas, sino posibilitar y, si es necesario, apremiar su incorporación. Cualquier acción sindical debe llevar consigo, como objetivo paralelo, una campaña de afiliación sin apocamiento alguno.

En general, toda la afiliación debe estimular, con planteamientos concretos, a los compañeros y compañeras más luchadores (cansados de las formas y actuaciones de los sindicatos mayoritarios) para el ingreso en nuestro sindicato. Esta necesidad también la plantearemos a otros sindicatos autónomos (en empresas, locales, comarcas...), colectivos de trabajadores y grupos independientes. A éstos últimos como una necesidad de futuro, probablemente más para ellos que para nosotros, pero, indudablemente, en beneficio de ambas partes y sobre todo de los trabajadores y trabajadoras.

En sectores o empresas, coincidiendo con hechos concretos que conlleven un refuerzo de nuestros planteamientos, con los mismos parámetros y actitudes que se ha indicado en el anterior punto (conflictos, elecciones, afiliación de colectivos...). Aquí debemos hacer hincapié en el peligro del corporativismo de empresa y sector y, consecuentemente, de la necesidad de una organización solidaria, participativa y transformadora.

A nivel local haciéndolas coincidir con determinados actos que nos permitan exponer nuestras alternativas y con las que la población se pueda sentir identificada (luchas con incidencia en la localidad concreta, afiliación de colectivos, actos diversos, inauguración de locales, cursos de formación....).

No se trata de una carrera, pero sí de unos objetivos claros. ¿Qué mejor satisfacción que ver nuestros sindicatos llenos de trabajadores y trabajadoras?

Concluyendo

A la vista de lo expuesto debemos concluir y afirmar taxativamente que el problema de las elecciones sindicales es una cuestión tan simple como tener claro que éstas son un medio más de nuestra acción sindical para la consecución de un objetivo muy concreto: conseguir la afiliación a CGT de la mayoría de trabajadores y trabajadoras. Si tenemos clara esta cuestión, todo resultará más fácil.

Ahora bien, las reformas que propiciamos, en el sentido de tener en cuenta el número de votos obtenidos por los delegados y delegadas y la instauración de la segunda urna, no están planteadas para mantener el sistema electoral actual indifinidamente, más bien al contrario, continuamos defendiendo que son los propios sindicatos y por ende sus afiliados y afiliadas quienes deberían elegir sus representantes ante la empresa. Sin embargo, y mientras no logremos convencer a la gran mayoría de trabajadores y trabajadoras de la necesidad de estar afiliados a nuestra organización, continuaremos con nuestra táctica de vaciar de contenido los comités de empresa, manteniendo éstos como meros órganos de coordinación de las secciones sindicales cuando ello sea posible.

(Secretario de Acción Sindical de CGT- Catalunya)

SN74LS125AN
Ⓜ18423

P8428*
DM74LS174N

UA1488
F8419A
KOREA

SN74LS04N
ⓂK8314

74LS 05
424

S/B8339
INS8250N -B

MALAYSIA 345B
SN74LS244N

74LS374N B
VV8421 CS

SN74LS138N
ⓂI8308

UA1488PC
F8419A
KOREA

S/B8343
INS8250N -B

Introducción

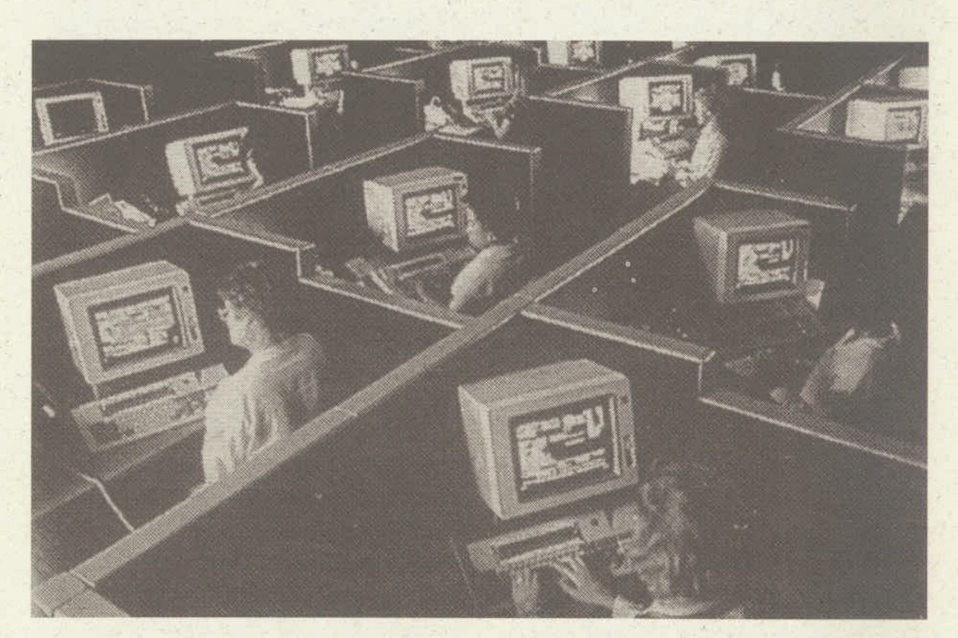
La creciente automatización en los procesos de producción está teniendo como consecuencia una gran pérdida de puestos de trabajo. Esto hace que la mayoría de los trabajadores observen los procesos de informatización o la introducción de robots cada vez más sofisticados en las cadenas de montaje con recelo y, en ocasiones, con abierta animadversión. Estos sentimientos de rechazo no se han concretado, hasta donde nosotros sabemos, en acciones similares a las de los luditas al principio de la industralización (*¡destruid las máquinas!*), tal vez por el alto nivel de desmovilización actual. En cualquier caso, nuestro punto de vista sobre la informatización queda perfectamente recogido en la siguiente cita de *El Capital*, de Marx: «Es necesario tiempo y experiencia antes de que los obreros, habiendo aprendido a distinguir entre la máquina y su uso capitalista, dirijan los ataques, no contra el medio material de producción, sino contra su modo social de explotación.»

Sin embargo, el tiempo al que hace referencia la cita de Marx va pasando (en lo que respecta a las innovaciones tecnológicas y su impacto en el entorno social, el tiempo avanza en la actualidad mucho más rápido que a principios de siglo) y los *efectos* de la automatización son tan graves que el movimiento obrero, y la CGT en particular, se ha visto *forzado* a debatir sobre temas que anteriormente no se había planteado. Destacamos entre estos temas el cuestionamiento del pleno empleo (incluyendo lo que se denomina, de un modo un poco simplista, el *reparto del empleo* o incluso la prospección de nuevas formas de empleo) y otro, tal vez menos desarrollado, pero no menos importante, relativo a qué interesa producir ahora que tenemos los medios para hacerlo (la *producción socialmente útil*).

Estos debates, que no han hecho sino comenzar, no son el objetivo del presente artículo. Estas cuestiones han sido planteadas por las consecuencias (del «uso capitalista») de la informatización, mientras que nosotros nos preguntamos por las posibilidades de la informática en sí misma. Por decirlo con palabras de A. Gorz (por cierto, uno de los autores pioneros en el tratamiento de temas como el reparto del trabajo): «El movimiento obrero se preocupa mucho más por combatir la automatización que por apoderarse de la revolución microelectrónica para sus propios fines».

La introducción de las tecnologías de la información y de las comunicaciones en los procesos de producción provocará cambios *cualitativos* en estos procesos y también en la vida social y cultural del planeta. Reducir el análisis a lo cuantitativo-superficial (reducción de plantillas, control, despersonalización, etc.) hace que, en cierta manera, estemos adoptando el punto de vista de los poderosos y dificulta el aprovechamiento de la informática como elemento transformador de la sociedad.

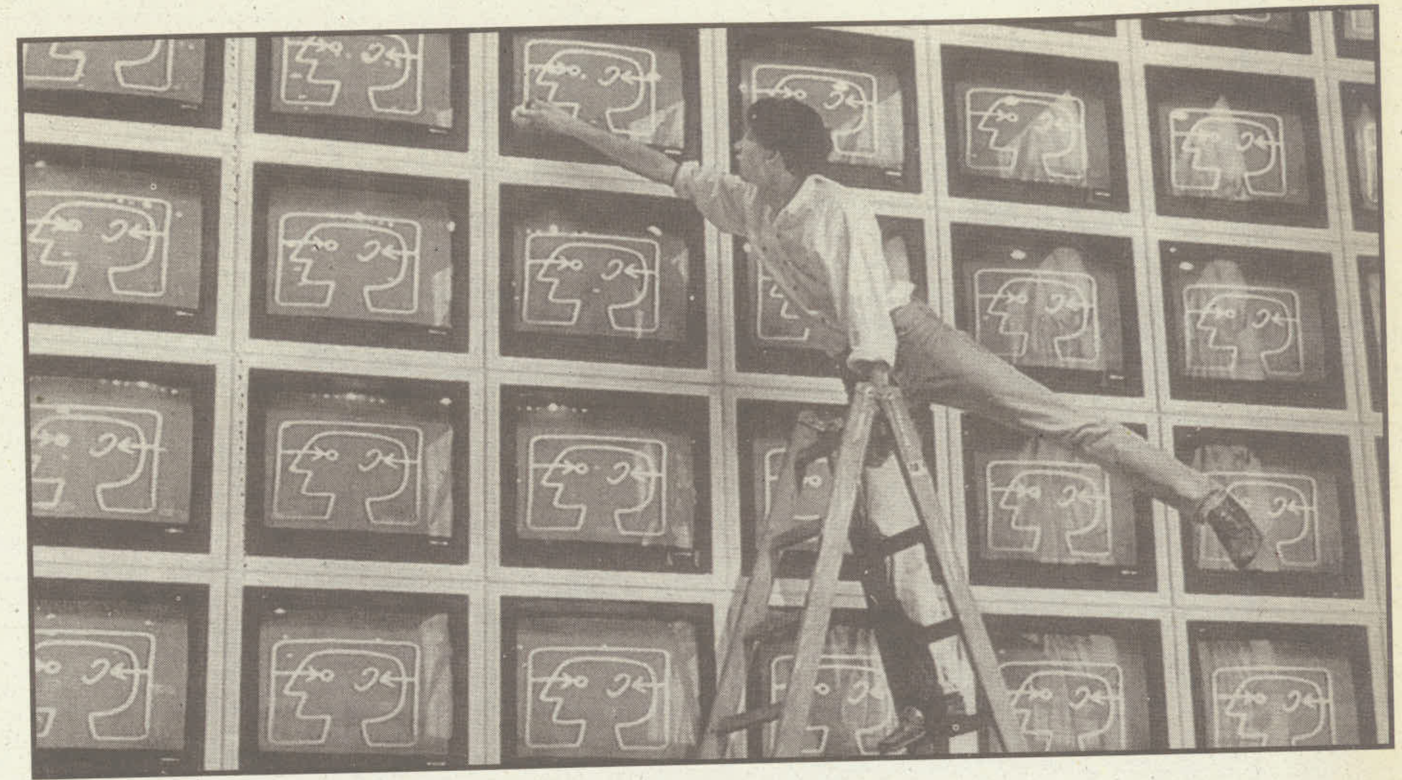
Cuando más arriba nos hemos referido al debate sobre el reparto del empleo, hemos subrayado que dicho debate ha sido *forzado* por las circunstancias y no ha nacido espontáneamente dentro de las organizaciones de trabajadores. La intención de este artículo es promover un debate sobre cuál debe ser el uso de la informática, antes de que otros decidan por nosotros (de hecho, ya lo están haciendo). Y la mejor forma que conocemos de promover un debate es provocar.



«La informática puede ser usada para "controlarnos" mejor, pero no hay "control informático", que siempre será planificado por un técnico o un equipo de ellos, que no pueda ser desmontado por otro técnico. "Solamente" es necesaria la preparación adecuada»

La evolución de la informática augura el nacimiento de una sociedad libertaria

Hasta los años 80, el progreso en informática era medido por los avances en la miniaturización (los componentes del ordenador eran cada vez más pequeños) y en la capacidad de cálculo (poder hacer más operaciones en menos tiempo). Este concepto físico (menor espacio, mayor velocidad) del desarrollo de los ordenadores ya no es aplicable. Desde hace aproximadamente diez años, la integración de las telecomunicaciones y la informática ha producido una verdadera revolución (desde el punto de vista tecnológico, claro). Los ordenadores ya no se consideran mejores sólo por ser más rápidos, sino que la calidad se relaciona también (y sobre todo) con la posibilidad de interconexión con otros ordenadores. Además, esta nueva orientación ha supuesto una ampliación de los campos de aplicación de la informática, de modo que los ciudada-



nos sienten cada vez más la presencia de los ordenadores en su vida diaria.

En los últimos años, el paradigma informático de esquemas jerarquizados y centralizados ha sido reemplazado por un nuevo paradigma, que incorpora trabajo cooperativo, descentralización, redes de comunicación, procesamiento en paralelo, sistemas distribuidos... Sin más que observar los nombres elegidos para las nuevas técnicas, podemos comprender que se ha producido un cambio de orientación, desde los sistemas aislados y jerárquicos (individuales) hacia sistemas de tipo «comunitario», en los que todos los elementos se comunican entre sí y todos deben cooperar para el buen funcionamiento del sistema. Podría pensarse en una proyección desde la tecnología al resto de ámbitos de la sociedad que vive de dicha tecnología (como una especie de contagio). Frente a modelos de sociedad agrícolas o industriales, que generan organizaciones sociales jerárquicas y patriarcales, tendríamos ante nuestros ojos un nuevo modelo que haría posible una sociedad más solidaria, menos materialista, más ecológica y en la que los problemas podrían estudiarse con una visión global (*holística*, dicen hoy).

No es difícil imaginar lo que los clásicos del siglo pasado (Bakunin, Kropotkin) hubiesen escrito al observar esta evolución en las ciencias «artificiales»: demostración de que las organizaciones no jerarquizadas y solidarias son más eficaces que las centralizadas y autoritarias. Tal vez Kropotkin hubiese añadido a su famoso libro el *Apoyo Mutuo. Un factor en la evolución*, un capítulo dedicado a la «evolución artificial».

Las apreciaciones optimistas propiciadas por las innovaciones técnicas han sido retomadas en nuestros días por algunos científicos con preocupaciones sociales. Quizá un exponente destacado sea Y. Masuda con su obra *La sociedad informatizada como sociedad post-industrial*, donde propone una sociedad informatizada ideal que denomina «Computopía». Es importante resaltar (aunque no se trata de una sorpresa) que, pese a que Masuda es un pensador totalmente ajeno al anarcosindicalismo e incluso al movimiento obrero en general, sus propuestas para la nueva organización social (la sociedad de la ayuda mutua y el uso compartido, las comunidades voluntarias) podrían ser suscritas por cualquier autor libertario.

Lo que sorprende de las ideas de Masuda es que su optimismo es puramente «declarativo». Parece suponer que sin más que enunciar las ventajas que la informatización puede aportar a la sociedad, éstas se harán realidad por sí mismas. En particular, la crítica al capitalismo que aparece en su libro no conlleva ninguna indicación de cómo terminar con él. Más bien parece pensar que el capitalismo es un mal menor, un paso intermedio, que será finalmente superado. Al menos en eso, los clásicos del siglo pasado (Bakunin y compañía) eran más convincentes: combinaron sus loas optimistas al progreso científico (que ellos, ingenuamente, identificaron con el progreso humano) con *acciones* y organizaciones para terminar con el capitalismo.

«La informatización facilita la creación de élites que pueden convertirse en enormes centros de poder. Por tanto, el riesgo principal, del que se derivan todos los otros, queda recogido en la siguiente cuestión: ¿quién tiene acceso y quién controla las nuevas tecnologías?»

Nuestra posición no es tan optimista como la preconizada por Masuda y además desconfiamos de las extrapolaciones que lleven de las organizaciones animales o artificiales supuestamente libertarias a las organizaciones sociales humanas. Lo anterior no significa que no apreciemos los elementos positivos que tienen los recientes avances en informática. Entre las muchas posibilidades ofrecidas por éstos que sería necesario explorar, comentemos sólo una: la *asamblea electrónica*.

Una de las críticas de base que siempre se ha hecho al anarcosindicalismo y a todos los movimientos autogestionarios y asamblearios es que la asamblea no es un instrumento útil para comunidades grandes. Esto es falso en la actualidad. Las telecomunicaciones permiten actualmente conectar a una gran cantidad de usuarios que pueden aportar sus opiniones sobre los más diversos temas, y también, si fuese necesario, realizar votaciones sobre los mismos.

Utilizando un ordenador personal (en el domicilio particular, en el trabajo, en el sindicato...) cada persona podría conectarse por medio de una red (a través de la línea telefónica) con otro ordenador que centralizaría las opiniones de todos los usuarios. Eso podría dar lugar a lo que hemos denominado una asamblea electrónica. Las ventajas de la asamblea electrónica respecto a las asambleas habituales son muchas. Citemos por ejemplo:

- Cualquier número de asamblearios.
- Medio escrito, y no hablado, lo que facilita la reflexión.
- El medio no desaparece con el tiempo, lo que facilita el estudio más detallado.
- Las actas ya están escritas; imposible decir «donde dije digo, digo Diego».
- Sin la presencia física es más difícil que aparezcan líderes (apoyados en su oratoria o en su imagen). Por supuesto pueden aparecer líderes apoyados en su «literatura», pero esto parece menos grave (?).
- Facilidad en la convocatoria, puesto que no es necesario desplazarse a ningún lugar ni reunirse a una hora precisa.

Por supuesto esta forma de coordinación conlleva dificultades (en absoluto menores), que habría que superar. Entre otras, las siguientes:

- ¿Quién controla a los que supervisan el ordenador que centraliza las opiniones?
- ¿Cómo manejar la cantidad ingente de información?
- ¿Cómo evitar manipulaciones, *lobbys*, etc.?



No pretendemos estudiar con detalle todo lo que la organización de asambleas electrónicas llevaría consigo, sino tan sólo hacer notar que la informática puede ser utilizada para fines que, según nuestro punto de vista, nos acercarían a una sociedad más libertaria. Sin embargo, el problema real para que las asambleas eléctronicas puedan ser útiles es mucho más grave: no llegarán a existir *para todos*.

Riesgos intrínsecos de la informatización

Por supuesto, pese al punto de vista «optimista» que hemos querido imprimir al apartado anterior, lo cierto es que muchas empresas, con un modelo jerárquico de relaciones y de reparto de beneficios, integran en sus organizaciones sistemas informáticos para mejorar su producción (y resultados económicos). Puede que incluso se trate de buenos sistemas informáticos, técnicamente hablando. ¿Cómo se compagina esto con lo que hemos afirmado antes? No hay ninguna incoherencia entre las dos cuestiones, puesto que una tecnología no entiende de fines, sino de medios. Las nuevas tecnologías son ciegas para los fines. Esto encierra un gran peligro, por lo que los ciudadanos, y de forma especial los movimientos sociales, deben encontrar recursos «éticos» que dirijan la aplicación de estos medios tan potentes.

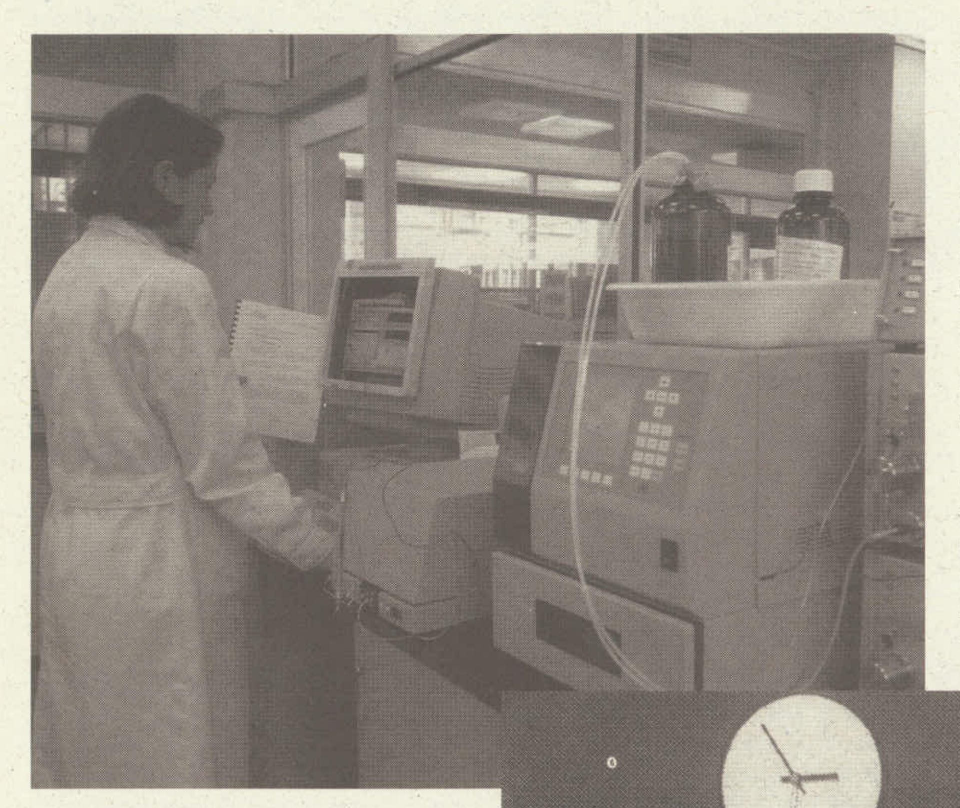
Lo anterior es especialmente grave en las tecnologías informáticas, puesto que una característica de la informática es que permite concentrar los medios de información y de decisión de un modo desconocido en épocas precedentes. De hecho, con la introducción de estas innovaciones tecnológicas en los procesos de producción han surgido unos personajes (los *tecnócratas*) que dirigen el futuro de nuestras vidas con justificaciones nada convincentes: el recurso a los medios, nunca a los fines. Es decir, la informatización facilita la creación de élites que pueden convertirse en enormes centros de poder. Por tanto, el riesgo principal, del que se derivan todos los otros, queda recogido en la siguiente cuestión: ¿quién tiene acceso y quién controla las nuevas tecnologías?

Si el proceso continúa en la línea actual, las innovaciones tecnológicas no permitirán una mejor comunicación entre todos, sino tan sólo una mejora para unos pocos (como siempre, por otra parte). Por supuesto, esto supondrá una ampliación de las desigualdades entre países del primer mundo y el resto. Esto conllevará también un nuevo avance en la dualización dentro de los países más desarrollados: una parte de la sociedad tendrá acceso a las nuevas tecnologías y por tanto acaparará más poder y otra parte sufrirá las consecuencias.

Lo anterior no significa que la mayoría de la población de los países desarrollados no vaya a tener acceso al uso de nuevos «cacharros» electrónicos. El sistema debe seguir funcionando y el consumo debe aumentar (lo cual significa también, de paso, que ciertas nociones «socialdemócratas» seguirán coexistiendo con el capitalismo puro y duro: la renta no puede caer tanto y en tanta gente, como para

impedir el consumo). La diferencia será que a la gran mayoría se le dejará *libertad para elegir* entre el ordenador A o el videoteléfono B, pero una minoría acaparará la *libertad de decidir* la utilización de la tecnología.

Teniendo en cuenta los riesgos potenciales de la informatización (que en parte ya estamos comprobando), la falta de reflexión sobre estos temas sitúa a los trabajadores en una posición de gran indefensión. ¿Qué podríamos hacer ya, sin esperar al advenimiento de las utopías?



«Las nuevas tecnologías son ciegas para los fines. Esto encierra un gran peligro, por lo que los ciudadanos, y de forma especial los movimientos sociales, deben encontrar recursos "éticos" que dirijan la aplicación de estos medios tan potentes»

Acción directa en la era de la informática

¿Significa lo anterior que debemos cruzarnos de brazos ante lo que, inevitablemente, se nos viene encima? Por supuesto que no. Al igual que vivimos dentro del sistema sin renunciar a acabar con él algún día, del mismo modo debemos prepararnos para aprovechar de las nuevas tecnologías aquello que favorezca conceptos como autogestión, asamblearismo, pacifismo, etc. La solución no pasa por un rechazo frontal ni por dar la espalda a los medios informáticos, como si éstos no existieran. Los medios informáticos van a seguir introduciéndose. A nuestro entender hay dos vías de actuación complementarias: una está directamente relacionada con la informática y consiste en aprovechar los recursos que esa tecnología ofrece a los ciudadanos y a los movimientos sociales para facilitar su trabajo de comunicación y acceso a la información. La otra vía, que necesita mayor reflexión, consiste en profundizar en el análisis de los fines que la informática nos permitiría alcanzar. Se debe promover un intenso debate que nos lleve a formular el modelo de desarrollo (económico, social, etc.) a seguir. Ese modelo (utópico y dinámico) nos permitiría, por una parte, juzgar en cada momento la validez de las acciones que emprendamos (sin necesidad de recurrir a «creencias sindicales» de nuestro pasado que han quedado desfasadas hoy) y, por otra, hacer propuestas de desarrollo creativas que tengan en cuenta los aspectos que configuran las sociedades de finales del siglo XX. Nos limitamos aquí solamente a indicar la necesidad de reflexionar en esta segunda vía de actuación y en lo que sigue nos centraremos en la primera.

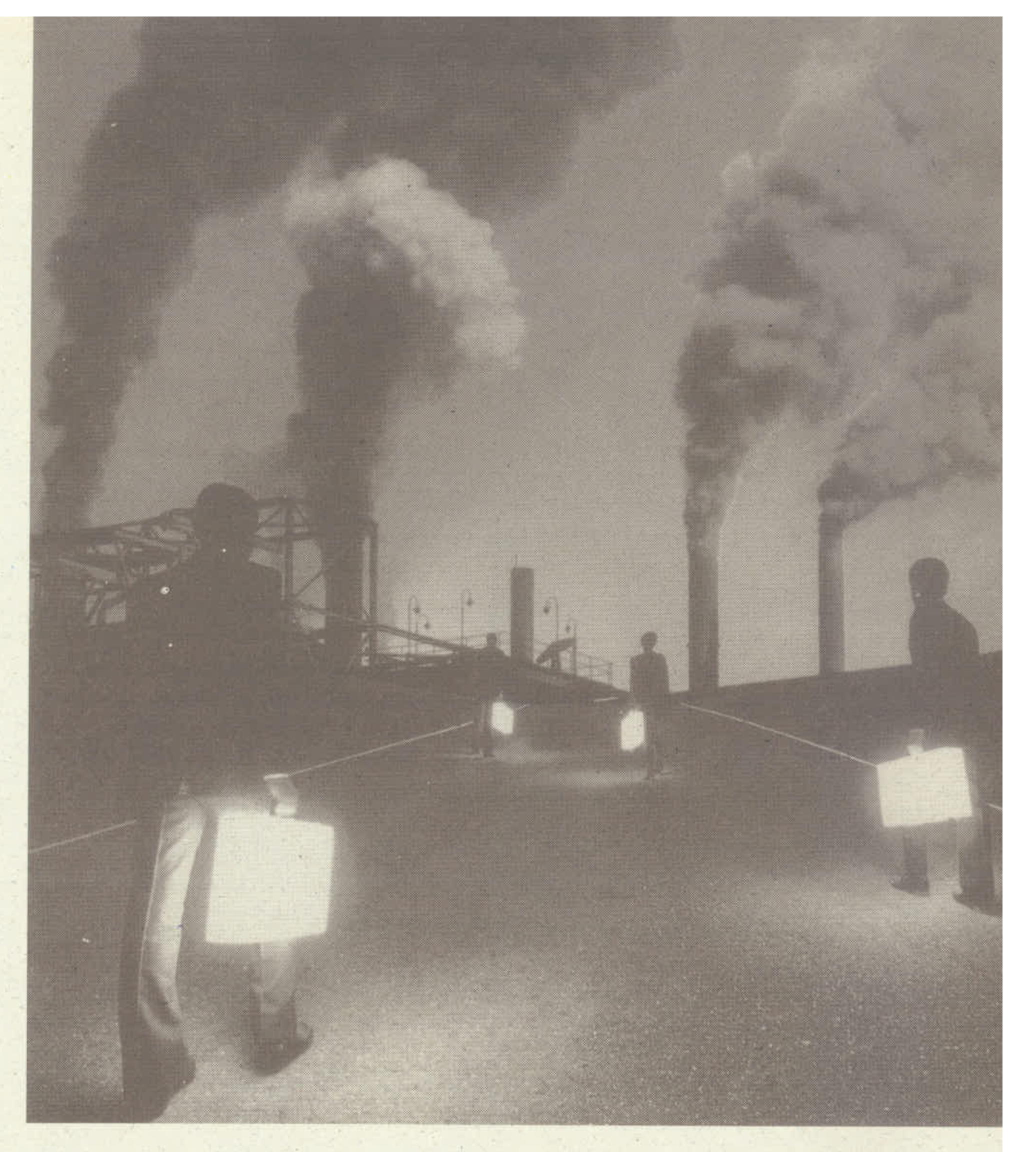
Una ventaja con la que contamos es que los aspectos legales de la informática están muy desregularizados. Es decir, la tecnología avanza tan rápido que el Estado no tiene tiempo de desarrollar leyes o de aplicarlas para reprimir ciertas conductas que atentan contra sus intereses. Así, por ejemplo, pese a que es ilegal, continua el «pirateo» de productos informáticos y cada día aparecen nuevos «copiones» que desprotegen los productos de las

empresas comerciales (de este modo los usuarios pueden conseguir gratuitamente programas que, en ocasiones, tienen precios abusivos). Del mismo modo, los constructores de virus (programas que alteran el comportamiento de los ordenadores y que son muy difíciles de detectar y eliminar) ponen en jaque a redes enteras en todo el planeta, en ocasiones atentando contra intereses de «seguridad nacional».

Debe quedar bien claro que no afirmamos que, en general, los piratas informáticos o los distribuidores de virus tengan una actitud positiva. De hecho en ocasiones su acción puede ser claramente reaccionaria. Pensemos por ejemplo, llegando al verdadero terrorismo irracional, las consecuencias de que un virus afecte a los programas de ordenador que monitorizan los instrumentos de la UCI de cualquier hospital. O bien podemos pensar, seguramente de un modo más realista, en los usos militares de la desprotección de programas y de los virus informáticos.

Lo que afirmamos es que la informática abre nuevas vías para la acción directa que pueden permitir romper con los usos autoritarios de las nuevas tecnologías. Por ejemplo, el pirateo de una información carísima, en situación de monopolio por una trasnacional, o incluso el sabotaje por virus informático de informaciones que puedan ser utilizadas con fines represivos por el Estado. O el dar a conocer a la opinión pública datos almacenados en soporte informático con corruptelas diversas...

Los «francotiradores» informáticos no constituyen por el momento un movimiento consciente y organizado (aunque una moda que parece llegar a los medios de comunicación los pretende considerar como representantes de una nueva contracultura). Esta falta de organización y de objetivos claros no impide que consigan hacer mella en el sistema pese a las ingentes sumas invertidas por las grandes empresas y el Estado en la «seguridad» informática. Esto hace caer otro tabú en torno a la informática: puede ser usada para «controlarnos» mejor, pero no hay «control informático», que siempre será planificado por un técnico o un equipo de ellos, que no pueda ser desmontado por otro técnico. «Solamente» es necesaria la preparación adecuada.



«El movimiento obrero se preocupa mucho más por combatir la automatización que por apoderarse de la revolución microelectrónica para sus propios fines» (A. Gorz)

Detengámonos por un momento en el caso de Philip Zimmerman (véase un artículo publicado en el diario *El Mundo* el 10 de junio de 1994). Este defensor de los derechos civiles en EE UU ha ideado y distribuido un programa que permite codificar los mensajes que son enviados entre dos personas por redes electrónicas, de modo que ningún tercero pueda descifrarlos. Esto incide en un derecho humano que en este momento adquiere una especial importancia: el derecho a la confidencialidad de las comunicaciones privadas (imaginaos lo que sucedería si la patronal tuviese un listado con los afiliados a la CGT que pudiese comparar con los listados de parados del INEM y ...). Como es de suponer, la CIA, el FBI y el ejército de EE UU no están nada contentos con la actitud de Zimmerman, que se niega a proporcionarles su código, por lo que está siendo perseguido por la vía penal. Pero, como decíamos antes, el aparato represor del Estado todavía no está preparado para estas novedades.

Siguiendo estos ejemplos, apostamos por la *ocupación de espacios informáticos* todavía no regulados, al menos claramente, por ley, de modo que establezcamos nuestras propias redes de comunicación, nuestras zonas liberadas, para defendernos de las agresiones de una utilización autoritaria y capitalista de la informática.

Conclusiones (no muy concluyentes)

El objetivo principal del artículo ha sido presentar un punto de vista alternativo al que creemos que actualmen-

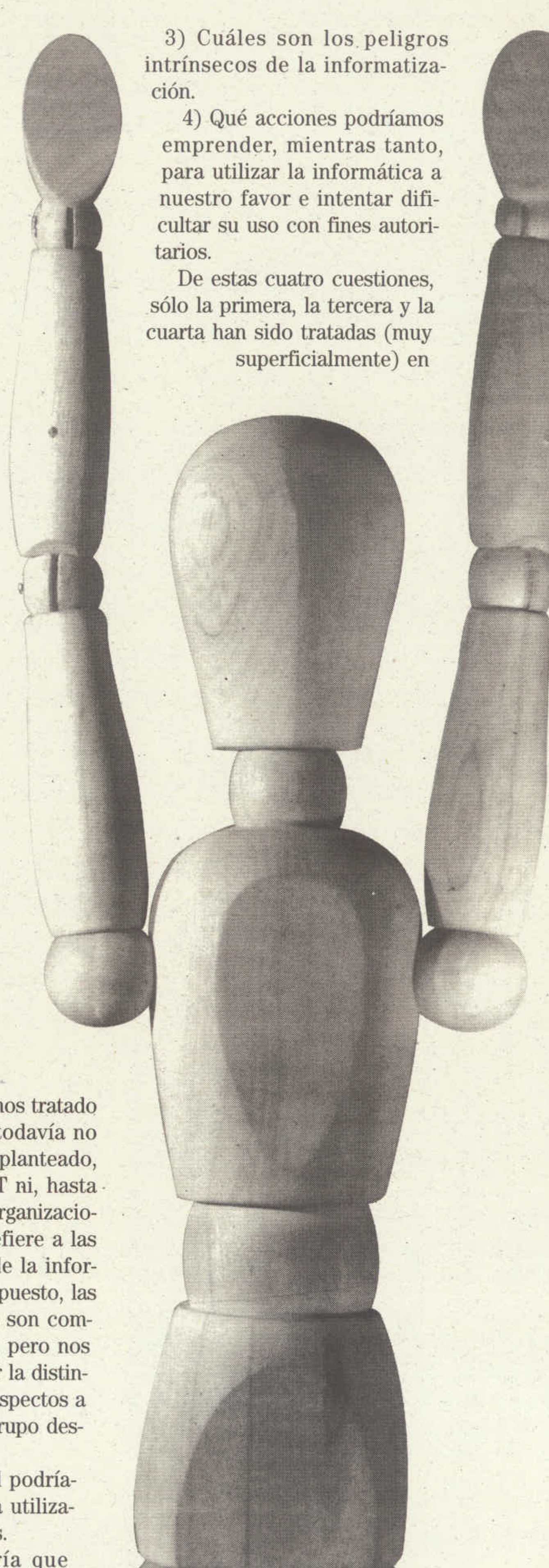
te está más extendido: el que considera las innovaciones informáticas como aportaciones negativas para la clase trabajadora.

Suponemos que todo el mundo está ya de acuerdo en que la investigación científica y tecnológica no es *imparcial*. Pero eso no significa necesariamente que sea «parcial a favor del capital y en contra del bien común». Lo anterior es cierto en la mayoría de los casos, pero no siempre. Pensemos, por dar sólo un ejemplo, en lo que los medios informáticos, *convenientemente adaptados y preparados*, pueden hacer por la integración de los discapacitados en entornos «normales» de trabajo.

En el artículo hemos pretendido distinguir entre dos tipos de debates generados por la informatización. En la primera clase se enmarcarían las cuestiones suscitadas por los *efectos* de la informatización tal y como es llevada a cabo en la actualidad (por ejemplo, el reparto del trabajo y la producción socialmente útil). En el segundo grupo, que es el que hemos tratado aquí (por considerar que todavía no había sido explícitamente planteado, al menos dentro de la CGT ni, hasta donde sabemos, de otras organizaciones de trabajadores), se refiere a las posibilidades (y riesgos) de la informática en sí misma. Por supuesto, las dos familias de debates no son completamente independientes, pero nos ha parecido oportuno hacer la distinción entre ellas. Entre los aspectos a considerar en el segundo grupo destacamos:

1) Qué tipo de sociedad podríamos conseguir gracias a la utilización de medios informáticos.

2) Qué acciones habría que emprender para llegar a ese tipo de sociedad.



3) Cuáles son los peligros intrínsecos de la informatización.

4) Qué acciones podríamos emprender, mientras tanto, para utilizar la informática a nuestro favor e intentar dificultar su uso con fines autoritarios.

De estas cuatro cuestiones, sólo la primera, la tercera y la cuarta han sido tratadas (muy superficialmente) en el artículo. La segunda es la que más dificultades plantea y la que requeriría mayor imaginación y esfuerzo.

Para terminar, creemos que, pese a que los aspectos negativos parecen primar en este momento (puesto que son los poderosos los que empujan), no hay que esconder la cabeza debajo del ala. Si no estamos preparados para utilizar los medios informáticos desde una óptica libertaria, serán otros los que nos impongan dichos medios por la fuerza del dinero y la «competitividad».

Bibliografía

—MASUDA, Y.: *La sociedad informatizada como sociedad post-industrial*. Madrid. Ed. Tecnos, 1984.

—GORZ, A.: «Más allá del régimen de salariado», *Noticias Obreras*, nº 955 (1987), pp. 20-25.

—MORILLAS, L. M.: *La sociedad del conocimiento*. Ed. Cristianismo y Justicia. Colección Akademia, nº 26, 1994.

Insumisión: Desconcierto político y legitimidad moral

AGUSTÍN DOMINGO MORATALLA *

«EL DESCONCIERTO ANTE LA INSUMISIÓN ESTÁ SACANDO A LA LUZ LA POBREZA DE LA NOCIÓN DE CIUDADANÍA CON LA QUE PLANTEAMOS LA VIDA DEMOCRÁTICA. NOS FALTA IMAGINACIÓN PARA BUSCAR NUEVAS FORMAS DE CIUDADANÍA, PARA REFERIRLA A UN HORIZONTE MÁS PLURAL Y MENOS ADMINISTRATIVO QUE EL DEL ESTADO. NOS FALTA TAMBIÉN UNA SERIA REFLEXIÓN SOBRE EL PAPEL DEL ESTADO Y EL DE LA SOCIEDAD EN LA ADMINISTRACIÓN DEL PLURALISMO»

1.– Desconcierto y criminalización de la insumisión [1]

Si tuviésemos que buscar una palabra con la que resumir la situación actual de la insumisión sería la de «desconcierto». Es un fenómeno nuevo en el que toda legislación comparada resulta insuficiente. Pero la forma en la que está repartido el desconcierto parece ser proporcional a la cantidad de poder que se administra; así, es mayor el desconcierto en el Ministerio de Justicia-Interior que en el joven que se niega a realizar la Prestación Social Sustitutoria (PSS). Si nos preguntamos por sus raíces, seguro que encontramos un desconcierto moral que está en la base de la desorientación judicial y política. Vayamos por partes.

1.1.—El *desconcierto del Gobierno* se puede explicar desde tres ángulos:

a.- Las diferentes formas en las que se aplica la ley que regula la objeción, la prestación y la penalización. Por poner sólo un ejemplo «territorial», el ministerio fiscal no actúa de la misma forma en Euskadi, en Cataluña o en Navarra que en Andalucía, Castilla o Extremadura. Por ello, hay dudas razonables sobre la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley.

b.- La apreciación política que se tiene de objetores e insumisos. Mientras que para el Ministerio de Defensa un insumiso es calificado de «extravagante» y «profundamente insolidario»[2], según un informe del Ministerio de Justicia la insumisión es una forma de participación política leal a la





«Jurídica y penalmente lo que se juzga es la conducta de los insumisos con respecto al Estado aparato, importando poco la calidad de su conciencia de servicio en el Estado comunidad»

democracia[3]. ¿Cómo es posible que dos ministerios de un mismo gobierno con la misma «ideología» consideren de forma tan diferente la insumisión?

c.- La valoración del Estado como una casi-empresa de servicios. Recientemente oímos al ministro de Justicia-Interior justificar que quien no realiza la PSS no tiene derecho a ostentar cargo público o concursar en oposiciones a la administración pública. Se viola cierto contrato no escrito según el cual todo ciudadano (varón) debe devolver a la sociedad (en este caso representada por el Ministerio de Justicia-Interior) los servicios que ésta le ha prestado anteriormente. Esta concepción «contractual» del Estado no se funda en la aceptación mutua o el consentimiento recíproco, sino en la coerción y la fuerza de un contratante sobre otro. Además, si así fuera, ¿de dónde nacería la obligación que parece tener la administración para atender las necesidades de viudas, huérfanos o desamparados?

1.2.—El *desconcierto de los tribunales* también puede explicarse desde tres ángulos:

a.- El tipo de jurisprudencia con la que se aplica la ley, porque las sentencias que ya tenemos no son homogéneas. Unos jueces practican una interpretación estricta y aplican sin concesiones la pena de 2 años, 4 meses y 1 día de prisión; otros practican una interpretación creativa, llegando incluso a absolver a los insumisos. No han faltado quienes han afirmado que, en una sentencia como la del juez Calvo, los auténticos insumisos son los jueces[4], tampoco quienes han extrapolado estos casos de desobediencia con los casos de terrorismo. Cuando don Tomás de la Quadra fue ministro de Justicia llegó a afirmar que la decisión del juez Calvo: «... es peligrosa para el Estado de derecho y supone un atentado contra la soberanía parlamentaria... El legislador es el que valora las circunstancias especiales, porque es el que hace las leyes. Cualquier otra persona que haga interpretaciones por libre supone que salgamos de un Estado de derecho.» [5]

b.- La noción de conciencia con la que trabajan de cara a valorar las eximentes que concurren cuando hay conflicto de deberes. Para algunos, la conciencia del objetor e insumiso es errónea, falsa y jurídicamente deformada porque no se somete a la ley; para otros es certera porque sin cometer injusticias graves puede darse el caso de responder a motivaciones moralmente ejemplares y socialmente beneficiosas aunque jurídicamente no contempladas. En este sentido, los propios jueces se ven obligados a recordar que un ordenamiento jurídico (ley) debe fundarse en una ordenación social de bienes.

c.- La paradójica situación de impotencia para modificar las leyes y la sobrevaloración de sus facultades interpretativas, sobre todo en orden a facilitar soluciones punitivas, administrativas o educativas. Unos jueces prefieren aplicar la ley sin contemplaciones, amparándose en que ellos no la han hecho y que por lo tanto no son los culpables de la situación. Otros prefieren practicar la equidad ponderando todas las circunstancias, informaciones y valoraciones posibles. ¿Son los jueces prisioneros de un marco legislativo?

1.3.— El *desconcierto de los insumisos* también puede explicarse por:

a.- Haber aceptado la estrategia de una buena parte del Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC) para el que la insumisión es una forma de desobediencia civil que puede recibir amparo jurídico en el art. 16 de la Constitución, en el que se reconoce la

libertad ideológica. Que la libertad de expresión, la desobediencia civil y la insumisión son figuras distintas es algo que ha dejado claro el Tribunal Constitucional cuando ha dicho que no se puede justificar la negativa al cumplimiento de la PSS apelando a la libertad ideológica.

b.- No distinguir entre las distintas formas de Estado y reconocer que puede haber unas formas más justas que otras. No todos los estados se construyen con la misma idea de justicia, por ello la legitimidad que ostentan para exigir el cumplimiento de unas leyes puede variar. Ni la aspiración a una sociedad sin guerras, ni el respeto activo a los derechos humanos, ni la solidaridad, es patrimonio de objetores e insumisos; también puede haber razones de solidaridad para exigir el cumplimiento de una ley.

c.- Espectacularizar unas pretensiones legítimas que se presentan de forma fragmentaria. El encadenamiento en los cuarteles y la alteración del tráfico han servido para llamar la atención de la sociedad en general, pero no han puesto en cuestión la militarización de la prestación ni han ofrecido alternativas imaginativas al actual modelo de defensa. Los insumisos no han sabido capitalizar el descontento social que hay con respecto al servicio militar o la prestación. La sociedad desconoce si la espectacularidad y el escándalo responden a un proyecto de sociedad razonable que dependa menos del Estado o, por el contrario, lo que se pretende es otro tipo de Estado.

Con el fin de paliar este desconcierto, el Senado ha intervenido recientemente para reclamar la urgente excarcelación de los insumisos. Nuestros legisladores pretenden con ello anticiparse al nuevo código penal que ya no contempla penas de cárcel para quienes se niegan a realizar la PSS, aunque sí inhabilitación para acceder a cargos públicos. Más que una solución al problema, lo que en realidad han pretendido es paliar el desconcierto y lo injusta de una situación como la actual, en la que son más de 150 los jóvenes condenados como «criminales».

El problema no tendrá una solución fácil mientras se atribuya la responsabilidad sólo a jóvenes «extravagantes» e «insolidarios». Quienes piensan de esta forma tan simple no acuden a la raíz de un problema que no es militar, ni judicial ni administrativo, sino político. Ello no significa tener que modificar la Constitución ni poner en cuestión el Estado de derecho, significa tener más imaginación y aplicarla donde se debe aplicar, a saber, a resolver problemas de los ciudadanos y no a creárselos; a pensar menos en el poder y más en el servicio; a pensar menos en una ciudadanía representativa y más en una ciudadanía social. ¿Cómo contribuir a ello? ¿Qué hacer para corregir esta situación de desconcierto y de criminalización?

«El encadenamiento en los cuarteles y la alteración del tráfico han servido para llamar la atención de la sociedad en general, pero no han puesto en cuestión la militarización de la prestación ni han ofrecido alternativas imaginativas al actual modelo de defensa»

A nuestro juicio, todo cambio de legislación que pretenda ser efectivo en este campo debe condicionarse a un amplio debate social en el que se planteen las tres cuestiones de fondo que están en juego:

1º.- ¿Deben ser castigados los insumisos?

2º.- ¿Cómo cuantificar el servicio a la sociedad?

3º.- ¿Marca el Estado los límites de la ciudadanía?

2.— Los problemas éticos

2.1.—El castigo

En lo que respecta al problema del castigo, parece legalmente justo que quienes se niegan persistentemente a cumplir una norma emanada de un parlamento democrático sean castigados por no cumplirla[6]. Sin embargo, también hay razones de justicia desde las que cuestionar la penalización de la insumisión, a saber:

a.- La desproporción de la pena establecida desde criterios de criminalización y militarización de la conducta. La desobediencia es valorada desde una disciplina militar extrapolada al ámbito civil sin considerar la intencionalidad de la conducta, el bien jurídico a proteger o la finalidad de la pena. Antes de considerar todos estos factores, la actual penalización está elaborada para reprimir y disuadir a quienes aún no estén convencidos de que la deseabilidad de la vía legalmente contemplada.

b.- La desigualdad ante la ley que procede de la zona en la que se realiza el juicio. Un fuerte apoyo social concretado en un entorno favorable y una opinión pública sensibilizada están condicionando la redacción de las sentencias. No puede haber insumisos de primera que sean absueltos y de segunda que sean condenados; si hay dudas razonables en una comunidad autónoma también las puede haber en otra. Y ya se sabe aquel principio penal que dice *in dubio pro reo*.

c.- Otra forma de desigualdad es la que se da en razón de la lentitud de la justicia, la escasez de recursos en la administración y la gravedad de otros problemas sociales de mayor envergadura. Dar prioridad al castigo de los insumisos es muestra de una justicia selectiva donde siempre acaba pagándola el sujeto más débil y de menores recursos. No es de recibo que haya tantas dificultades jurídicas para determinar responsabilidades personales en el tema de la colza, de la presa de Tous, de la financiación de los partidos, de clarificación de los Gal, etc..., y haya tan pocas dudas en la criminalidad de los insumisos.

Comparando la forma en la que está penalizada la insumisión y la que se aplica para otros delitos, es menos criminal un defraudador sistemático de Hacienda, un capo mafioso, un gerente de partido o un funcionario corrupto que un insumiso. Puestos a valorar la gravedad de la conducta, no son los insumisos quienes están poniendo en cuestión el Estado de derecho, los valores constitucionales o simplemente la democracia.



2.2.— El servicio social

El insumiso es una figura que ha surgido por la negativa a realizar una prestación social que se plantea como alternativa al servicio militar. Según este planteamiento, las formas de prestación social son definidas desde el servicio militar, lo que conlleva entender como «menores» o «derivadas» otras formas de servicio. Aun en el supuesto de que sea justo que el individuo tenga que retribuir con un servicio a su comunidad, es políticamente discutible y moralmente indeseable el sistema actual. Por varias razones:

a.- Un criterio de servicio que debería ser excepcional se convierte en normal. De esta forma, el modelo de servicio que un Estado está legitimado para exigir no se justifica desde una lógica social, sino desde una lógica militar. Con ello se establece una gradación moral en los servicios públicos determinada por el lugar más elevado que desempeña el servicio militar. Este tipo de gradación se ajusta poco a la moral pluralista de una sociedad democrática donde, al igual que la lógica militar depende (teóricamente) de la lógica social, los criterios de servicio militar deberían depender de los criterios de servicio civil.

«Es menos criminal un defraudador sistemático de Hacienda, un capo mafioso, un gerente de partido o un funcionario corrupto que un insumiso»

b.— Por estar políticamente limitado. En la actualidad, el régimen subsidiario y militarizado de la prestación estipula políticamente las formas de servicio. En realidad, ni puede, ni tiene criterios para valorar la calidad del servicio social; tan sólo funciona como una agencia administrativa de distribución de servicios. Estas formas políticas de plantear los servicios sociales pueden ahorrar dinero a la Administración cuando ésta se plantea «profesionalizar» la atención social. Sin embargo, al tener que hacer por ley lo que se debería hacer por convicción, se acaba planteando el servicio social como una dedicación exigible durante un cierto período de tiempo y que se hace a desgana. De esta forma, se contribuye poco a que el ciudadano asuma una responsabilidad civil permanente que la militarización y burocratización de los servicios tiende a ignorar.

c.— Por no poner en cuestión la disponibilidad civil que se presta en el

servicio militar. En el actual sistema se da por supuesto que quienes se deciden por el servicio de armas tienen una auténtica vocación de servicio que no hay por qué evaluar. Hasta ahora la calidad moral del servicio sólo es considerada en el régimen civil y no en el militar. El servicio de armas no garantiza mejor la calidad de servicio social que otras «prestaciones». La profesionalidad en el cuidado, la atención y la solidaridad social es patrimonio de todos, de ahí que en las actuales circunstancias deban ponderarse otras formas de servicio no necesariamente militares y no necesariamente administrativas.

2.3.— Estado-aparato y Estado- comunidad

En la consideración del castigo y del servicio se pone en juego la concepción de la ciudadanía con la que se está valorando la insumisión. En uno y otro caso es el Estado el que determina la caracterización de la ciudadanía; en el primer caso porque no se valora la desobediencia y en el segundo porque los «servicios sociales» son tipificados administrativamente. El desconcierto ante la insumisión está sacando a la luz la pobreza de la noción de ciudadanía con la que planteamos la vida democrática. Nos falta imaginación para buscar nuevas formas de ciudadanía, para referirla a un horizonte más plural y menos administrativo que el del Estado. Nos falta también una seria reflexión sobre el papel del Estado y el de la sociedad en la administración del pluralismo.

En este punto, además de preocuparnos una concepción excesivamente atomista que se está apoderando de la vida pública, debería preocuparnos más la doble moral con la que se articula políticamente el pluralismo[7]. Me refiero al uso indiscriminado que se hace del concepto de Estado; unas veces se nos presenta con una cara amable, benefactora, maternal y asistencial; otras con cara policíaca, represiva, paternal y justiciera. El constitucionalismo italiano y algunos politólogos españoles distinguen entre «Estado-comunidad» y «Estado-aparato», con ello integran en el fondo bajo la misma lógica aspectos éticos que, de otra forma, permanecerían al margen. Esto supondría la imposibilidad de plantear una «ciudadanía social» o «universal» al margen del aparato estatal. Tanto la situación real-sociológica de los pueblos (Estado-comunidad) como la situación legal-administrativa (Estado-aparato) condicionarían la ciudadanía, las formas de entender la solidaridad y las prácticas de justicia.

Este doble discurso es el que se está utilizando en la insumisión y el que es preciso denunciar. Por un lado se les califica de insolidarios y extravagantes porque no se ponen al servicio del Estado-aparato; por otro se les reconoce su buena voluntad, su «desobediencia civil» y su lealtad a la democracia como enriquecimiento del Estado-comunidad. Sin embargo, jurídica y penalmente lo que se juzga es su conducta con respecto al Estado-aparato, importando poco la calidad de su conciencia de servicio en el Estado-comunidad.

No cabe duda de que muchas veces esta conciencia de servicio es más que cuestionable, porque tras ella se esconde una concepción atomista y propietarista de la ciudadanía. Sin embargo, otras veces lo que ofrece es unas prácticas de ciudadanía espontánea, gratuita y universal. Ésta es la ciudadanía de una solidaridad abierta que algunos jueces están percibiendo y que hemos pretendido legitimar. Su grandeza no está en la fuerza de las leyes, sino en la fuerza de la conciencia, pues cuánto más grande sea su fuerza interior menos necesarios serán los medios de coerción.

«La concepción "contractual" del Estado no se funda en la aceptación mutua o el consentimiento recíproco, sino en la coerción y la fuerza de un contratante sobre otro»

Notas

(1) Con anterioridad hemos abordado el tema de la insumisión en «Fragilidad de la democracia y fortaleza de la conciencia»: *Iglesia Viva*, 173 (1994), 481-198.

(2) *El País*, 7 -I- 95, p. 13.

(3) *Diario 16*, 2 -I- 95, p. 17.

(4) Esta fue la postura que defendió el prof. M. Jiménez de Parga en el debate que se celebró en TV 1 el día 16 - III - 1991, que giró en torno al tema «Ley y conciencia».

(5) Cfr. *Diario 16*, 12 -III- 92, p. 5.

(6) Sobre las razones para la obediencia/desobediencia al derecho se han pronunciado numerosos éticos y juristas, como muestra pueden verse los artículos de A. Cortina, «La calidad moral del principio ético de universalización»: *Sistema*, 77 (1987), pp. 111-120; E. Fernández, «Neocontractualismo y obediencia al derecho»: *Anuario de Derechos Humanos*, 4 (1986 - 1987), pp. 87-110.

(7) Sobre algunas teorías de la persona relevantes en la actualidad, véase nuestro estudio *Un humanismo del siglo XX: el personalismo*, Cincel, Madrid, 1985.

* *(Profesor de Filosofía Moral y Política, Universidad de Valencia)*

Insumisos y obreros

Sergio Gil
(Secretario de Acción Social de la CGT de Aragón)

A lo largo de la historia se ha demostrado que existe una compenetración entre las luchas antimilitarista y sindicalista. Podemos recordar múltiples acontecimientos en este siglo en los que las luchas sindicales fueron brutalmente reprimidas por el ejército o los cuerpos policiales. El dramaturgo suizo Max Frisch sólo recuerda dos salidas del ejército helvético de sus cuarteles en el presente siglo (recordemos la «neutralidad suiza»): en ambas ocasiones fue en apoyo de la policía, desbordada por la presión obrera. Del derecho y el deber de defender la «patria» en igualdad de condiciones nos habla Max Frisch en su novela-ensayo político *La cartilla militar*, en la que recuerda su servicio militar, donde aprendió que los banqueros y empresarios eran generales o coroneles; los capataces, abogados, ingenieros..., oficiales de baja graduación; y los obreros eran la tropa. Llegado el momento, todos defienden la patria pero, eso sí, unos desde el estado mayor, allá en la retaguardia, y los otros donde las balas no son teoría sobre un papel.

En nuestro país, la CGT, como otros sindicatos de clase, ha probado en sus carnes el modelo de orden público establecido por la «autoridad». Se podrían mencionar la huelga de 1934 en Asturias o, más recientemente, la represión en Reinosa y en los astilleros de Cádiz. La Semana Trágica de Barcelona nos muestra el papel reservado a los trabajadores en las guerras: los obreros eran embarcados para Marruecos con el fin de defender los intereses económicos de los comerciantes y de los propietarios de minas españoles. El lenguaje oficial, eufemístico e insultante, hablaba de embarcar tropas en el puerto de Barcelona «para defender el honor de España manchado en Marruecos».

El sindicalismo, al igual que el antimilitarismo, rechaza al ejército por



ser el brazo armado y el defensor de los intereses de la clase dominante; lo rechaza, también, por ser contrario al desenvolvimiento natural de la persona, es decir, por su estructuración y organización basadas en la jerarquía y la obediencia ciega. Ambos señalan, al igual que otros movimientos sociales, que hay otros ámbitos en nuestra sociedad donde el militarismo se plasma: las relaciones domésticas familiares y todas aquellas en las que se practica la discriminación sexual, la persecución y represión de los inmigrantes, el sistema educativo, basado en múltiples ocasiones más en la «domesticación» que en el fomento de la creatividad. La militarización, en último término, está en nosotros y nosotras mismos. Se plasma en el miedo irracional al pequeño tirano, frente al que se actúa con pasividad y ausencia de creatividad y finalmente con una «servidumbre voluntaria».

El empresario domina por coacción, de igual manera que lo hace el ejército. La diferencia estriba en que la acción del movimiento obrero ha logrado reducir el grado de coacción. A pesar de ello, y quizás debido al debilitamiento de ese movimiento, en los últimos años estamos siendo espectadores de una situación laboral que se degrada por momentos y se manifiesta en el aumento espectacular del desempleo y en la flexibilidad laboral. Ambas premisas persiguen un mismo fin: convertir a la población trabajadora en rehén de su propia situación laboral. De esta manera los empresarios disponen de una gran masa de población ansiosa de ser reclutada para poder sobrevivir. Es, de nuevo, la vuelta a la militarización más radical en las relaciones de trabajo, por lo que crece la pasividad, el conformismo, la insolidaridad y la competitividad. Las jerarquías son aceptadas sin posibilidad de cuestionamiento. ¿Hay algo más cercano al militarismo?

Es por eso que el sindicalismo debe aprender del discurso antimilitarista a la hora de enfrentarse a sus propios problemas. Es por ello por lo que nos solidarizamos con todos los insumisos presos y clandestinos que luchan para que las relaciones de dominación desaparezcan de nuestra sociedad. Es por ello que trabajamos junto al movimiento antimilitarista en la difusión de su discurso y en la persecución de sus fines, puesto que son muy semejantes a los nuestros. Es por esto que llamamos a los jóvenes a declararse insumisos a todos los ejércitos, para lo que ponemos a su disposición nuestros medios jurídicos y de todo tipo, para apoyarles en esta lucha que debiera ser la de todos.

También quisiéramos aprovechar esta ocasión para exigir el cese de los encarcelamientos de insumisos, pues constituye la mayor vergüenza de este sistema político, manifestando nuestra solidaridad con los compañeron encarcelados en estos momentos.

Chiapas: la sola mirada indígena

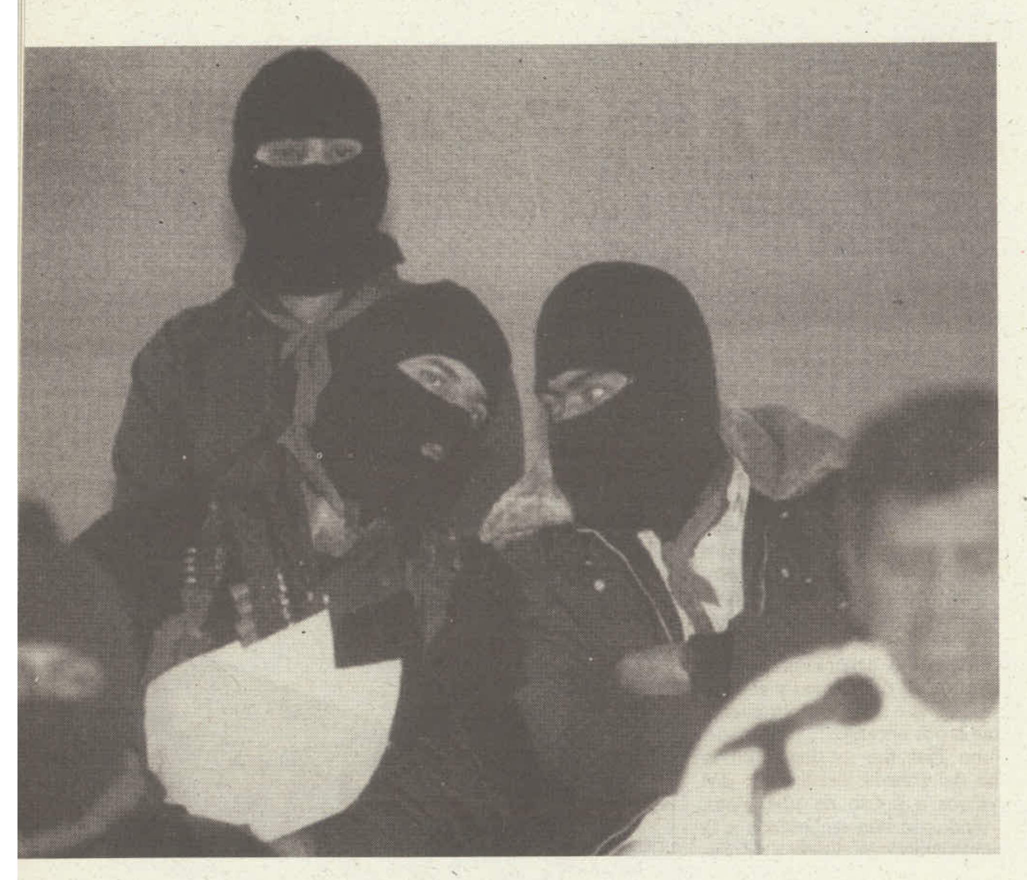
COMITÉ CLANDESTINO REVOLUCIONARIO INDÍGENA
COMANDANCIA GENERAL DEL EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL

En Chiapas, el comienzo del año 1994 representó el grito de los oprimidos y puso en evidencia la falacia del ogro filantrópico mexicano, más concretamente su pretendida incorporación a la «modernidad» que representa el Tratado de Libre Comercio y cuya entrada en vigor coincide con el inicio de la respuesta zapatista. Todos los antecedentes de la sublevación popular se encuentran incardinados en las tareas pendientes de la Revolución mexicana, primer intento latinoamericano de cerrar el proceso descolonizador en un sentido favorable para las amplias capas populares para las que aquel fue el simple paso de la dominación española a la de las clases acomodadas criollas. Al llamado problema indígena se añade la puesta en cuestión de la estructura de la propiedad de la tierra en el Estado de Chiapas y este conglomerado pone de manifiesto la precariedad del modelo económico mexicano, así como de sus formas de representación política. La crisis del hegemónico PRI y de sus alternativas por la izquierda (PRD fundamentalmente), junto con el ascenso de la derecha (PAN), no es ajena al desencadenamiento del movimiento zapatista. El intento de vertebración de una alternativa política desemboca en la celebración de la Convención Nacional Democrática, en Aguascalientes, el pasado mes de agosto, en la que participaron colectivos políticos y sociales junto a destacadas figuras de la cultura y el pensamiento crítico de México. En Libre Pensamiento *reproducimos el discurso pronunciado en dicha reunión por el subcomandante Marcos, que constituye una lúcida y completa visión de la realidad mexicana. Los acontecimientos posteriores a dicha reunión (victoria electoral del PRI, aunque no tan «exagerada» cómo en otras ocasiones, derrumbe de la moneda mexicana frente al dólar, la corrupción que no cesa, la crisis chiapaneca con la dualidad de representación política y la violenta respuesta de los terratenientes y el ejército a la ocupación de tierras por los campesinos) ponen de manifiesto la necesidad de extensión a todo el país de la respuesta iniciada en Chiapas.*



Honorable Convención Democrática. Por mi voz habla la voz del EZLN, *Aguascalientes*, Chiapas, un cuartel, un búnker, una fábrica de armas, un centro de adiestramiento militar, una bodega de explosivos. Aguascalientes, Chiapas, el Arca de Noé, la Torre de Babel, el barco selvático de Fiscarraldo, el delirio del neozapatismo, el navío pirata.

Aguascalientes, Chiapas, para el EZLN, 28 días de trabajo, 14 horas diarias, seiscientos hombres-mujeres por hora, doscientos treinta y cinco mil doscientos hombres-hora de trabajo en total, nueve mil ochocientos días de trabajo, 28 años de trabajo, sesenta millones de viejos pesos, una biblioteca, un presídium con pinta de puente de transatlántico, bancas sencillas para ocho mil convencionistas, 20 casas para hospedaje, 14 fogones, estacionamiento para cien vehículos y área para atentados.



«Para el EZLN no hay más plazos que el que las movilizaciones civiles y pacíficas determinen. A ellas nos subordinamos, incluso, hasta desaparecernos como alternativa»

La paradoja anacrónica, la tierna locura de los sin rostro, el despropósito de un movimiento civil en diálogo con un movimiento armado.

Aguascalientes, Chiapas, la esperanza en gradas escalonadas, la esperanza en las palmitas que presiden la escalera, para mejor alcanzar el cielo, la esperanza en el caracol marino que desde la selva por el aire llama, la esperanza que no vinieron pero están, la esperanza de que las flores que en otra tierra mueren, en ésta vivan.

Aguascalientes, Chiapas, esfuerzo común de civiles y militares, esfuerzo común por un cambio, esfuerzo político de los armados, y antes de *Aguascalientes*, ellos dijeron que era una locura, que nadie podía, desde el límite que marcan fusiles y pasamontañas, tener éxito en convocar a una reunión electoral en vísperas electorales. Y antes de *Aguascalientes*, ellos dijeron que ninguna persona sensata iba a responder al llamado de un grupo rebelde, proscrito de la ley, que poco o mucho se sabe, la luz que iluminó enero, el lenguaje obsesivo tratando de recuperar viejas y gastadas palabras: democracia, libertad, justicia.

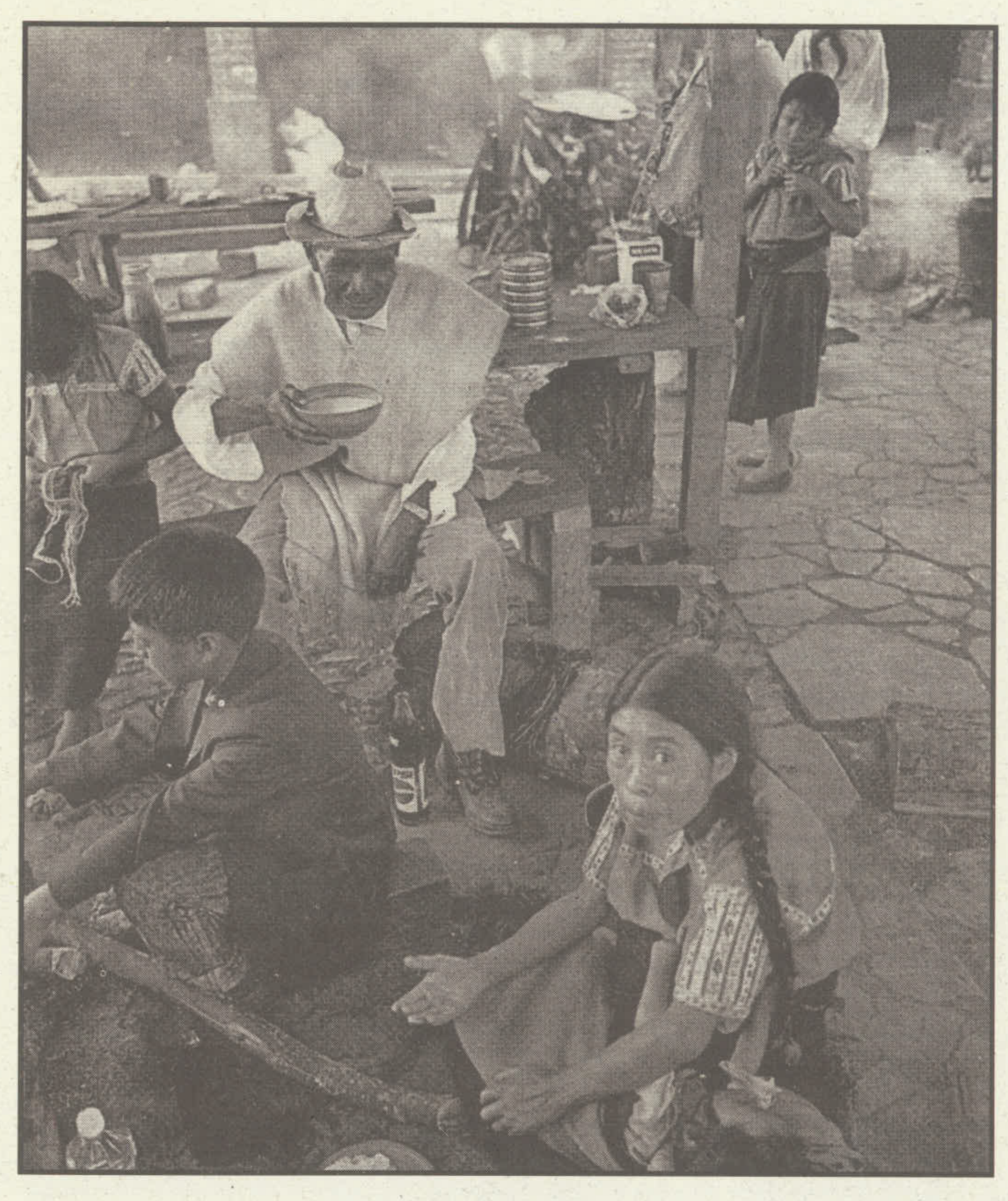
Los rostros amordazados, el paso nocturno, la montaña habilitada como esperanza, la sola mirada indígena, que desde centurias nos persigue nuestro atropellado intento de modernización, el necio rechazar limosnas para exigir el aparentemente absurdo: para todos todo, nada para nosotros.

Y antes de *Aguascalientes*, antes de *Aguascalientes*, ellos dijeron que había poco tiempo, que nadie se embarcaría a arriesgarse a un proyecto que, como la Torre de Babel, anunciaba su fracaso desde el lugar y momento mismo en que era convocado.

Y antes de *Aguascalientes*, ellos dijeron que el miedo, el dulce terror que alimenta desde su nacimiento a las gentes buenas de este país, acabaría por imponerse, que la evidencia y comodidad del nada hacer, del sentarse a esperar, a observar, a aplaudir o abuchear a los actores de esta comedia amarga que llaman patria, reinaría junto a otras evidencias, en el renombrado nombre del pueblo de México, la sociedad civil.

Y antes de *Aguascalientes*, ellos dijeron que las insalvables diferencias que nos fragmentan y enfrentan unos contra otros, nos impedirían voltear hacia un mismo punto, que el omnipotente partido de Estado y las obviedades que a su alrededor se potencian: el presidencialismo, el sacrificio de la libertad y la democracia en aras de la estabilidad y la bonanza económica, del fraude y la corrupción como idiosincrasia nacional, la justicia prostituida en limosnas, la desesperanza y el conformismo elevado a estatus de doctrina de seguridad nacional.

Y antes de *Aguascalientes*, ellos dijeron que no habría problema, que la convocatoria a un diálogo entre un grupo de transgresores de la ley y una masa informe desorganizada y fragmentada hasta el microcosmos familiar, la llamada sociedad civil, no tendría eco ni causa común, que la dispersión reunida, sólo puede causar una dispersión potenciada hasta la inmovilidad.



Y antes de *Aguascalientes*, ellos dijeron que no habría que oponerse a la celebración de la Convención Nacional Democrática, que abortaría por sí sola, que no valía la pena sabotearla abiertamente, que era preferible que reventara desde adentro, que se viera en México y en el mundo que la inconformidad era incapaz de ponerse de acuerdo entre sí, que por lo tanto sería incapaz de ofrecer al país un proyecto de nación mejor que el que la revolución institucional y estabilizada nos regalaba, junto al orgullo de tener ya 24 próceres de la patria internacional del dinero, a todos los mexicanos.

A eso apuestan, a eso, por eso dejaron correr la convocatoria, por eso no impidieron que ustedes llegaran hasta acá; el previsible fracaso de la CND, no debe ser atribuido al poderoso; que sea evidente que el débil lo es, porque es evidente que es incapaz de dejar de serlo, es débil porque lo merece, es débil porque lo desea.

«No es nuestro tiempo,
no es la hora
de las armas,
nos hacemos
a un lado,
pero no nos vamos.
Esperaremos
hasta que se abra
el horizonte
o ya no seamos
necesarios, hasta
que ya no seamos
posibles»

Y antes de *Aguascalientes*, nosotros dijimos que sí, que era una locura, que desde el horizonte que abren fusiles y pasamontañas, sí se podía convocar a una reunión nacional en vísperas electorales y tener éxito, ¿quieren un espejo?

...Se sienta a lamentarse en los quicios dolientes de la historia, que la prudencia permite hoy, el reiterado golpeteo de no hacer nada, del esperar, del desesperar, que la insensata y tierna furia del para todos todo, nada para nosotros, encontraría oído en los otros, en los otros que se trueca falsamente en nosotros y ustedes.

Y antes de *Aguascalientes*, nosotros dijimos que tiempo sobraba, que lo que faltaba era vergüenza por el miedo a

probar a ser mejores, que el problema de la Torre de Babel no estuvo en el proyecto sino en la falta de un buen sistema de enlace y un equipo de traducción.

El fracaso estaba en el mal intentar, en el sentarse a ver cómo se levantaba la torre, cómo se detenía, cómo se derrumbaba. En sentarse a ver cómo la historia daría cuenta, no de la torre, sino de los que se sentaron a esperar su fracaso.

Y antes de *Aguascalientes*, nosotros dijimos que el miedo, que el seductor terror que despiden las cloacas del poder que nos alimentó desde el nacimiento, puede y debe ser puesto a un lado, no olvidado, no pasado por alto, sólo puesto a un lado.

Que el miedo a permanecer como espectadores sea mayor al miedo a intentar buscar un punto común, algo que una, algo que pueda transformar esta comedia en historia.

Y antes de *Aguascalientes*, nosotros dijimos que las diferencias que nos fragmentan y enfrentan unos contra los otros no nos impedirán voltear hacia el mismo punto: el sistema de obviedades que castran, de evidencias que oprimen, de lugares comunes que asesinan. El sistema de partido de Estado y los absurdos que en él cobran validez e institucionalidad. La dictadura hereditaria, el arrinconar la lucha por la democracia, la libertad y la justicia, en el lugar de los imposibles, de las utopías. La burla electoral elevada en la imagen de la alquimia computacional, al estatus de monumento nacional, la miseria y la ignorancia como vocación histórica de los desposeídos, la democracia lavada con detergente de importación y agua de tanques antimotines. Y antes de *Aguascalientes*, nosotros dijimos que no había problema, que la convocatoria a un diálogo entre los que están sin rostro y armados y el desarmado estar sin rostro de la sociedad civil encontraría causa común, que la dispersión reunida y dialogando bien puede provocar un movimiento que dé por fin vuelta a esta página de vergüenza, a esta página en la historia mexicana.



Y antes de *Aguascalientes*, nosotros dijimos que no habría que oponerse a la celebración de la CND que sería precisamente eso, ni más ni menos que una celebración, la celebración del miedo roto, del primer y titubeante paso de la posibilidad de ofrecer a la nación un ya basta que no tenga sólo voz indígena y campesina, un ya basta que sume, que multiplique, que reproduzca, que triunfe, que puede ser la celebración de un descubrimiento: el de sabernos, no ya con vocación de derrota, sino de pensarnos con la posibilidad de victoria del lado nuestro.

A eso apostamos, por eso la voluntad anónima y colectiva que sólo tiene por rostro una estrella roja de cinco puntas, símbolo de humanidad y de lucha, y por nombre cuatro letras, símbolo de rebeldía, levantó en este lugar olvidado de la historia de los estudios gubernamentales, de los tratados internacionales, de los mapas y rutas del dinero, esta construcción que llamamos *Aguascalientes*, en memoria de intentos anteriores de unir la esperanza.

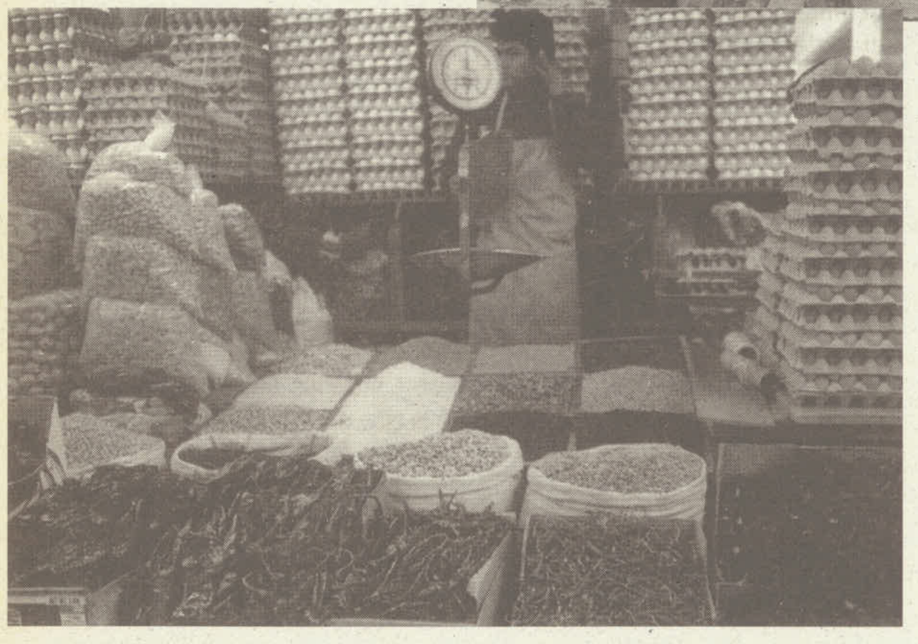
Por eso miles de hombres y mujeres con el rostro amordazado, indígenas en su inmensa mayoría, levantamos esta torre, la torre de la esperanza, por eso dejamos a un lado, por un tiempo, nuestros fusiles, nuestro rencor, nuestro dolor por los muertos nuestros, nuestra convicción guerrera, nuestro paso armado, por eso construimos este lugar para una reunión que si tiene éxito será el primer paso para negarnos como alternativa. Por eso levantamos *Aguascalientes*, como sede de una reunión que si fracasa nos

obligará de nuevo a llevar adelante con fuego el derecho de todos a un lugar en la historia.

Por eso los invitamos, por eso nos da gusto que hayan llegado hasta acá, por eso esperamos que la madurez y la sapiencia los lleve a descubrir que el enemigo principal, el más poderoso, el más terrible, no está aquí sentado entre ustedes.

Por eso nos dirigimos con todo respeto a esta CND para pedir a nombre de todos los hombres y mujeres, de todos los niños y ancianos, de todos los vivos y muertos del EZLN, que no les den la razón a todos los que predicen el fracaso de esta convención, que





«No queremos ni podemos ocupar el lugar que algunos esperan que ocupemos, el lugar del que emanen todas las opiniones, todas las rutas, todas las respuestas, todas las verdades, no lo vamos a hacer»

busquen, que encuentren lo que nos une, que hablen palabra verdadera, que no olviden las diferencias que los separan y que con más frecuencia de la deseable los enfrentan unos a otros, que las guarden un momento, unos días, unas horas, los minutos suficientes para descubrir al enemigo común. Esto les pedimos respetuosamente que lleven adelante sus ideales, sus principios, su historia, que se afirmen, que sean consecuentes, para decir ya basta a la mentira que hoy gobierna nuestra historia.

El EZLN participa en esta CND con 20 delegados, con un voto cada uno, queremos así dejar claras dos cosas, la una es nuestro compromiso con la CND; la otra es nuestra decisión de no imponer nuestro punto de vista, hemos rechazado también toda posibilidad de participar en la presidencia de la CND, esta es la convención de la búsqueda pacífica del cambio, no debe de manera alguna ser presidida por gente armada, agradecemos que nos den un lugar, uno más entre todos ustedes para decir nuestra palabra.

Queremos decir, por si alguien lo duda, que no nos arrepentimos de habernos alzado en armas contra el supremo gobierno, que reiteramos que no nos dejaron camino, que no renegamos de nuestro paso armado ni de nuestro rostro amordazado, que no lamentamos nuestros muertos, que estamos orgullosos de ellos y que estamos dispuestos a poner más sangre y más muerte si ese es el precio para lograr el cambio democrático en México.

Queremos decir que nos dejan inamovibles las acusaciones de ser sacerdotes del martirologio, de ser belicistas, que no nos atraen los cantos de sirenas y ángeles para darnos acceso a un mundo que nos mira con desprecio y desconfianza, que escatima el valor de nuestra sangre y ofrece fama a cambio de dignidad, no nos interesa vivir como ahora se vive, mucho se ha preguntado con la perversidad inquisitiva del que busca confirmar supuestos, qué es lo que pretenden los zapatistas de esta CND, qué es lo que esperan los zapatistas de esta convención, se pregunta; un trato civil, responden unos; las ocho columnas de la prensa nacional e internacional, argumentan otros; una nueva justificación para su afán belicista, dicen algunos; un aval civil a la guerra, aventuran en otro lado; la plataforma de resurrección para el mundo olvidado del sistema, temen en algún partido ofi-

cial mientras ponen precio al partido oficial; un espacio para disfrutar el liderazgo de una izquierda sin vida aparente, murmuran en la oposición; el aval para una claudicación, sentencian en la ultratumba conspirativa de la que puede salir eventualmente la bala que pretenda acallarnos; la plataforma para que Marcos negocie un puesto en la próxima administración de la modernidad, deduce alguna brillante columna guardia histórica de múltiples vanguardias que padecemos, no el pretexto para traicionar ideales y muertes que llevamos con orgullo como herencia, no un trampolín para lograr un escritorio, en una oficina, en un despacho, en un gobierno, en un país.

No la designación de un gobierno interino, no la redacción de una nueva Constitución, no a la conformación de un nuevo constituyente, no el aval democrático que incluye la libertad y la justicia para los mayoritarios en el olvido.

Sí el inicio del fin de una larga pesadilla de esto que grotescamente se llama Historia de México, sí el momento para decirle a todos que no queremos ni podemos ocupar el lugar que algunos esperan que ocupemos, el lugar del que emanen todas las opiniones, todas las rutas, todas las respues-



de algún analista brillante, eso sí, de opacas intrigas políticas. Hoy, frente a esta CND, el EZLN responde a la pregunta ¿qué esperan los zapatistas de la CND? No un brazo civil que alargue el siniestro brazo de la guerra hasta todos los rincones de la patria, no la promoción periodística que reduce la lucha por la dignidad a una nota esporádica de primera plana, no más argumentos para adornar nuestro traje de fuego y muerte, no un escalón para cálculos de políticos, de grupos y subgrupos de poder, no el dudoso honor de ser van-

«Que sea evidente que el débil lo es, porque es evidente que es incapaz de dejar de serlo, es débil porque lo merece, es débil porque lo desea»

para un candidato a la Presidencia de la República del dolor y el conformismo, no la guerra.

Sí al inicio de una construcción mayor que la de *Aguascalientes*, la construcción de una paz con dignidad, sí al inicio de un esfuerzo mayor que el que vino a desembocar en *Aguascalientes*, el esfuerzo por un cambio

tas, todas las verdades, no lo vamos a hacer. Esperamos de la CND la oportunidad de buscar y de encontrar alguien a quien entregarle esta bandera, la bandera que encontramos sola y olvidada en los palacios del poder, la bandera que arrancamos con nuestra sangre, con nuestra sangre de apenada prisión de los museos, la bandera que cuidamos día y noche, que nos acompañó en la guerra y que queremos tener en la paz, la bandera que hoy entregamos a esta CND, no para que

la retenga y la escatime al resto de la nación, no para suplantar probables protagonismos armados, comprobados protagonismos civiles, no para abrograrse representatividad y somesialismos.

Sí para luchar porque todos los mexicanos la vuelvan a hacer suya, para que vuelva a ser la Bandera Nacional, su bandera compañeros.

Esperamos que esta CND, la organización pacífica y legal de una lucha, la lucha por la democracia, la libertad y la justicia, la lucha que nosotros nos vimos obligados a caminar armados y con el rostro negado.

Esperamos de esta CND la palabra verdadera, la palabra de paz, pero no la palabra de claudicación en la lucha democrática; la palabra de paz, pero no la palabra de renuncia a la lucha por la libertad; la palabra de paz, pero no la palabra de complicidad pacifista con la injusticia.

Esperamos de esta CND la capacidad de entender que el derecho a llamarse representativa de los sentimientos de la nación no es un resolutivo que se apruebe por votación o consenso, sino algo que tiene que ganarse todavía en los barrios, en los ejidos, en las colonias, en las comunidades indígenas, en las escuelas y universidades, en las fábricas, en las empresas, en los centros de investigación científica, en los centros culturales y artísticos, en los rincones todos de este país.

Esperamos de esta CND la claridad para darse cuenta de que este es sólo un paso, el primero de muchos que habrá que dar incluso en condiciones más adversas que las presentes.

Esperamos de esta CND la valentía de asumir el color de la esperanza que le vemos muchos mexicanos, incluidos nosotros, de demostrarnos que los mejores hombres y mujeres de este país ponen sus medios y fuerzas para la transformación que es la única posibilidad de sobrevivencia de este pueblo, la transformación a la democracia, la libertad y la justicia.

Esperamos de esta CND la madurez para no convertir este espacio en un ajuste de cuentas, interno, estéril y castrante.

Esperamos de esta CND, finalmente, un llamado colectivo a luchar por lo que nos pertenece, por lo que es razón y derecho de las gentes buenas, únicamente por nuestro lugar en la historia. No es nuestro tiempo, no es la hora de las armas, nos hacemos a un lado, pero no nos vamos. Esperaremos hasta que se abra el horizonte o ya no seamos necesarios, hasta que ya no seamos posibles, nosotros, los muertos de siempre, los que tenemos que morir de nuevo para vivir. Esperamos de esta CND una oportunidad, la oportunidad que nos negaron los que gobiernan este país, la oportunidad de regresar con dignidad después del deber cumplido a nuestro estar bajo tierra.

La oportunidad de volver otra vez al silencio que callamos, a la noche de la que salimos, a la muerte que habitamos, la oportunidad de desaparecer de la misma forma en que aparecimos, de madrugada, sin rostro, sin futuro. La oportunidad de volver al fondo de la historia, del sueño, de la montaña.

Se ha dicho erróneamente que los zapatistas han puesto un plazo para reiniciar la guerra, que si el 21 de agosto no salen las cosas como quieren los zapatistas la guerra va a empezar. Mienten al pueblo mexicano, nadie, nadie, ni siquiera el EZLN, le puede imponer plazos y dar ultimátums.

Para el EZLN no hay más plazos que el que las movilizaciones civiles y pacíficas determinen. A ellas nos subordinamos, incluso, hasta desaparecernos como alternativa.

No vendrá de nosotros el reinicio de la guerra, no hay ultimátums zapatistas para la sociedad civil. Esperaremos, resistiremos, somos expertos en eso.

Luchen. Luchen sin descanso. Luchen y derroten al gobierno. Luchen y derroten al gobierno. Luchen y derrótennos. Nunca será tan dulce la derrota, como si el tránsito pacífico a la democracia, la dignidad y la justicia, resulta vencedor.

El Comité Clandestino Revolucionario Indígena, Comandancia General del EZLN, les ha hecho entrega de *Aguascalientes*, para que se reúnan y para acordar no la inmovilidad; no el esceptismo estéril; no el intercambio de reproches y halagos; no la tribuna para la promoción personal; no el pretexto para el turismo belicista; no el chantaje pacifista incondicional; no la guerra, pero no la paz a cualquier precio.

Sí, para discutir y acordar la organización civil, pacífica, popular y nacional de la lucha por la democracia, la libertad y la justicia. El CCRI-CG del EZLN les entrega ahora la bandera nacional, para recordarles lo que ella significa: Patria, Historia y Nación, y comprometerlos en lo que debe significar: democracia, libertad y justicia.

Salud, hermanos convencionistas. Por ustedes se levantó *Aguascalientes*. Para ustedes se construyó, en medio de un territorio en armas, este espacio para una paz con justicia y dignidad.

Muchas gracias. Democracia, libertad, justicia. Desde las montañas del Sureste Mexicano. México, agosto de 1994.

Cooperación y desarrollo

(El Norte hace espectáculo con la agonía del Sur)

Anil das Gupta González
José María Martínez
Juan Antonio Gómez Liébana

«De compromiso en compromiso, llega un momento en que la acción salvadora cambia de sentido y se vuelve trágicamente contra sí misma. En ese momento el socorrista se pregunta cómo y a quién ha ayudado ¿a los cuadros o a la base, al gobierno o a las poblaciones víctimas o a los posibles responsables del desastre?" (Glucksman y Wolton sobre la ayuda de emergencia a Etiopía).

«Alto Volta no es un país en vías de desarrollo, sino un país en vías de destrucción» (René Dumont en contestación a un estudio solicitado por Thomas Sankara).

Estamos finalizando el siglo XX y siguen pendiendo sobre nuestras cabezas una serie de espadas de Damocles, problemas no resueltos, asignaturas pendientes de nuestra especie, bombas de relojería que pueden empezar a estallar en cualquier momento y que tan sólo la ceguera o, peor aún, la estupidez de la especie a la que pertenecemos impide abordar con coherencia, con un poquito de racionalidad, esa racionalidad de la que alardeamos y que tan sólo se suele reducir a una mera etiqueta taxonómica de la zoología cuando nos clasificamos como «homo sapiens».

En concreto, el punto de mira en este caso se centra en todos aquellos fenómenos que giran en torno a la demografía mundial, al hambre, a la condena de millones de seres a un tipo de existencia cuyo grado de dignidad roza el cero absoluto y todo ello amparado en un conjunto de ideas, criterios y mitos que encubren burdas mentiras, sostienen posturas cómodas y permiten el alivio de malas conciencias.

Si se puede aceptar como hipótesis de trabajo que el hombre se plantea problemas solubles, la situación presente indica que ni siquiera se lo ha planteado o, si lo ha hecho, su planteamiento está totalmente errado, plagado de pésimas preguntas y peores respuestas. Para este tipo de cuestiones es muy fácil caer en la tentación de dar explicaciones simples (no confundir con sencillas) y soluciones candorosas o piadosas (no confundir con justas).

Qué maleficio pesa sobre una mayoría de la humanidad para que viva en el umbral de la existencia física, mientras una minoría goza de una situación privilegiada. Y la respuesta, por sencilla que pretenda ser, nos va introduciendo en un intrincado entramado de causas cuyo simple desenredo resulta, cuando menos, problemático, porque en el fondo se tiene la conciencia de que se trata también de seres humanos, si es que esto quiere decir algo.

Hace unos meses se vivió con entusiasmo, no exento de esa espectacularidad que proporcionan los medios de comunicación, la exigencia social de que el gobierno español aportará el 0'7% del PIB para el tercer mundo. Dejando al margen intereses inconfesables de algunos de los grupos participantes, sí conviene hacer algunas reflexiones sobre el fenómeno de la «cooperación» con los países menos desarrollados.

El núcleo de la cuestión se plantea en torno a dos conceptos: cooperación y desarrollo. Así pues, hay que preguntarse en qué consiste esta cooperación y qué tipo de desarrollo (si es que hubiese alguno) se pretende para estas sociedades.

¿Qué tipo de cooperación?

La situación Norte-Sur en el momento presente es fruto de todo un proceso histórico en el que el Norte ha ido desarrollando una estrategia de dominación geopolítica para disponer de recursos naturales, vías de comunicación y áreas de influencia económica y cultural que ha llevado a la práctica descomposición y desestructuración de realidades sociales más débiles existentes en los territorios en cuestión.

Algunos de estos fenómenos no son nuevos; de hecho la historia de cada país está repleta de fenómenos de aculturación, y las mismas relaciones entre países del primer mundo no son ajenas a fenómenos de este tipo.

Pero en este caso confluyen dos aspectos fundamentales que agravan la situación: por un lado la distancia cultural entre el Norte y el Sur (son mundos de órbitas culturales totalmente ajenas) y por otro el corto espacio de tiempo en que se ha producido el fenómeno (en algunos casos no llega al siglo).

Se trata, pues, de dos realidades separadas por un abismo que cada vez se hace más grande. Una de esas realidades, el primer mundo, lleva un ritmo frenético de desarrollo tecnológico (tal vez en estos momentos la variable más decisiva de la dirección de los procesos sociales); la otra realidad, el tercer mundo, agoniza. Ante esta situación, y dado que cada vez se vive la realidad de cualquier parte del mundo como algo cercano, sobre todo si participa en el espectáculo de los medios de comunicación, surge la necesidad de una respuesta a esta realidad sangrante.

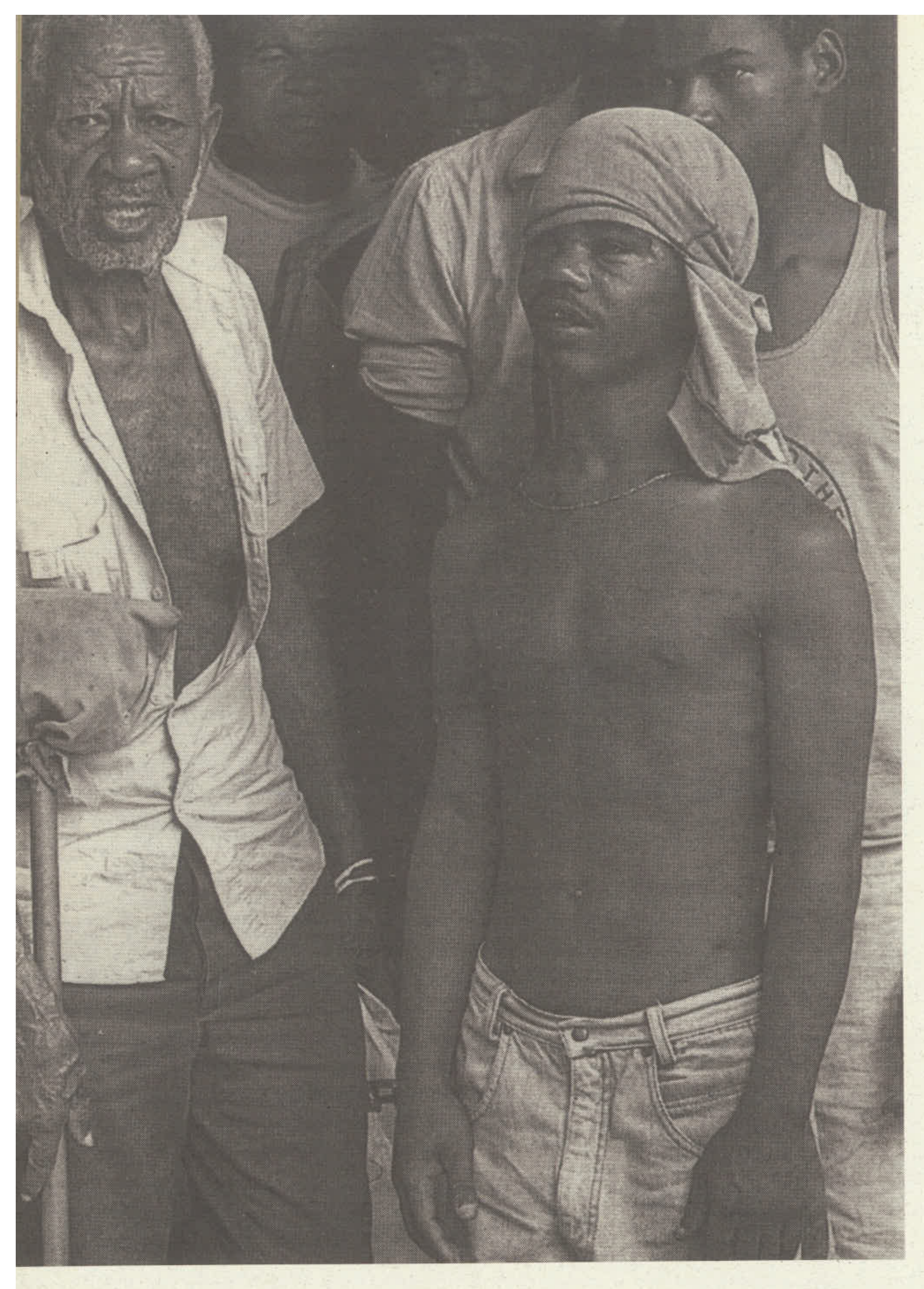
Y la respuesta que se ha dado hasta este momento se llama «cooperación». Pero, ¿qué es realmente la cooperación?

En principio, bajo esta palabra se dan cita una serie de comportamientos y sentimientos, de orígenes distintos pero confluyentes, que se podrían reducir a dos fenómenos complementarios: evangelización y mala conciencia.

Las distintas confesiones cristianas llevan presentes siglos en la geografía del tercer mundo (especialmente en áreas en las que las religiones tradicionales no son estructuralmente fuertes, ni están organizadas) jugando siempre un papel importante en la etapa colonial, especialmente en lo cultural. Junto al mensaje religioso, su actividad conllevaba una imposición de nuevas costumbres, nuevos valores, junto con una actitud paternalista ejercida incluso frente a las autoridades de la metrópoli. En muchos casos la propia dinámica o necesidad de convencer les ha llevado a ir abandonando como fin único el de la evangelización para irse centrando cada vez más en una asistencia social (sanitaria y educativa principalmente), dada la precariedad total en que se desenvuelven tales sociedades.

En el caso español, la situación no es muy diferente. La «cooperación» es bien reciente, teniendo en sus inicios dos vías diferenciadas: la ligada a las diferentes órdenes religiosas, que se va a configurar a partir de los 60 a tra-

«El papel de la cooperación debe ser también el del evitar en parte errores inútiles, salidas sin sentido, el de pensar un desarrollo en términos de una realidad que está muy alejada de presupuestos que en nuestras latitudes nos parecen indiscutibles»



«Si hay superioridad cultural, ésta pertenece a las sociedades tradicionales de la periferia, donde predominan los valores de la sociedad, la dignidad, el goce del instante vivido, el contacto con los demás y la naturaleza»

vés de modelos organizativos más modernos, transformándose en «Organizaciones No Gubernamentales»; y la de carácter gubernamental, gestionada desde los diferentes estamentos públicos, y que venía (y viene) a cubrir las contrapartidas españolas a cambio de la expoliación de los recursos en los países citados por empresas españolas. Dentro de esta última aparecen los Fondos de Ayuda al Desarrollo (FAD), que en su mayoría se dedican a la financiación de dudosos proyectos empresariales, a su conversión en créditos blandos para la compra de armamento español (Indonesia, Marruecos...), a la formación de cuerpos policiales (guardia civil en Mozambique), a la construcción de cárceles (Perú), etcétera.

Es en la década de los 80, con la entrada en la Unión Europea y la aparición de las sabrosas partidas de la Comisión VIII de Bruselas, cuando las «ONG's laicas» comienzan a surgir como hongos. Este *boom* ha ido más unido a la emergencia de fondos que a la existencia de un tejido social preocupado por los problemas del Sur. No por obvio debemos dejar de apuntar que un breve repaso a la distribución de dichos fondos en los últimos años nos indica sin ningún género de dudas, que aquellas ONG's creadas o cercanas a las estructuras oficiales se han llevado la parte del león (por poner un ejemplo, Cruz Roja, teórica «ONG», recibió en 1993 más de 3.000 millones de pesetas).

Como contraste, en los países nórdicos y anglosajones, las ONG's existen desde principios de siglo, muchas de ellas no excesivamente dependientes de los fondos estatales, es decir, con capacidad propia de recaudación basada en una cierta tradición de ayuda en el tejido social, lo cual conforma un cuadro diferente del español.

De cualquier forma, muchas ONG's del ámbito occidental pueden ser utilizadas o estar actuando como punta de lanza para la introducción de valores extraños en culturas no occidentales, para reforzar la dependencia mediante la transferencia de tecnologías obsoletas o productos excedentes hacia el Sur, para imponer técnicas de agricultura extensiva (sin preocuparse al mismo tiempo de preservar las técnicas agrícolas tradicionales), todo ello con el apoyo que subyace en el mimetismo occidentalizante de las élites nacionalistas de los países en cuestión.

Se podría objetar que los países del Sur no rechazan este tipo de cooperación, pero deberíamos definir quién decide (si deciden) en dichos países (las élites), qué representatividad poseen (la de las urnas occidentales o la de las armas), o qué capacidad de elección y maniobra, o qué posibilidades tienen las hambrientas comunidades africanas, por ejemplo, de rechazar algo que en principio promete solucionarles un problema más acuciante como la muerte por inanición o por una enfermedad prevenible con una vacuna cuyo precio no alcanza las 100 pesetas.

En general, éste ha sido el tipo de respuesta más utilizado en el mundo de la cooperación y del que no se han desprendido muchas otras institucio-

nes seculares; con él se pueden resolver problemas individuales, carencias personales, pero el fondo del problema queda intacto. Es más, con toda la buena voluntad del mundo (y en este ámbito de actividades hay exceso de buena voluntad) se puede estar dañando y abocando a un callejón sin salida a sociedades enteras (¿se ha pensado, por ejemplo, en el efecto distorsionador, destructivo, desequilibrante que ha supuesto la introducción de la penicilina en este tipo de sociedades, cuando no ha ido acompañada de otros cambios estructurales?; ¿es mejor rebajar los índices de mortalidad infantil y llevar, a su vez, a la muerte por inanición a millones de niños en edades tempranas?; ¿merece la pena alargar la esperanza de vida de estas gentes al precio de una vida sin dignidad, sin esperanza alguna, a golpe de caridad y buenas intenciones?; ¿en qué dogmas pseudocientíficos se basan para presentar la medicina farmacológica occidental como superior, y su «consumo» como sinónimo de «desarrollo» en culturas cuyos modelos médicos tienen una antigüedad de más de cuatro mil años —medicinas ayurvédica y tradicional china, etc.—, y cuya eficacia ha sido aprobada por la propia OMS?; ¿podemos ser tan cínicos como para enviarles a la vez nuestros excedentes alimenticios —a veces extraños a su dieta habitual— y nuestros excedentes de armamento?).

Incluso puede ocurrir con la ayuda de emergencia lo que apuntan Glucksman y Wolton para el caso etíope: «De compromiso en compromiso, llega un momento en que la acción salvadora cambia de sentido y se vuelve trágicamente contra sí misma. En ese momento el socorrista se pregunta cómo y a quién ha ayudado ¿a los cuadros o a la base, al gobierno o a las poblaciones víctimas o a los posibles responsables del desastre?».



«La cooperación no puede descansar únicamente en sentimentalismos bien adobados por los medios de comunicación, ni en explosiones de solidaridad, ni sobre un modelo asistencial basado en criterios del Estado de bienestar del primer mundo»

Y es que inmediatamente hay que hacer referencia al segundo de los fenómenos: la mala conciencia, que no es más que un resabio de los posos dejados por la cultura judeo-cristiana en nuestra sociedad occidental secularizada. Nos pasamos lamentando las atrocidades de nuestros mayores, nos culpabilizamos por ello y respondemos con caridad (la mala conciencia y su hija la caridad no han resuelto ni un solo problema de la humanidad en toda su historia). Mandando penicilina, trigo y leche (muchas veces caducados) nos quedamos tranquilos; ya podemos seguir viendo las tragedias humanas por la televisión sin ni siquiera plantearnos que una buena parte de las mismas explican una buena parte de aquello sobre lo que se asienta nuestro nivel de vida.

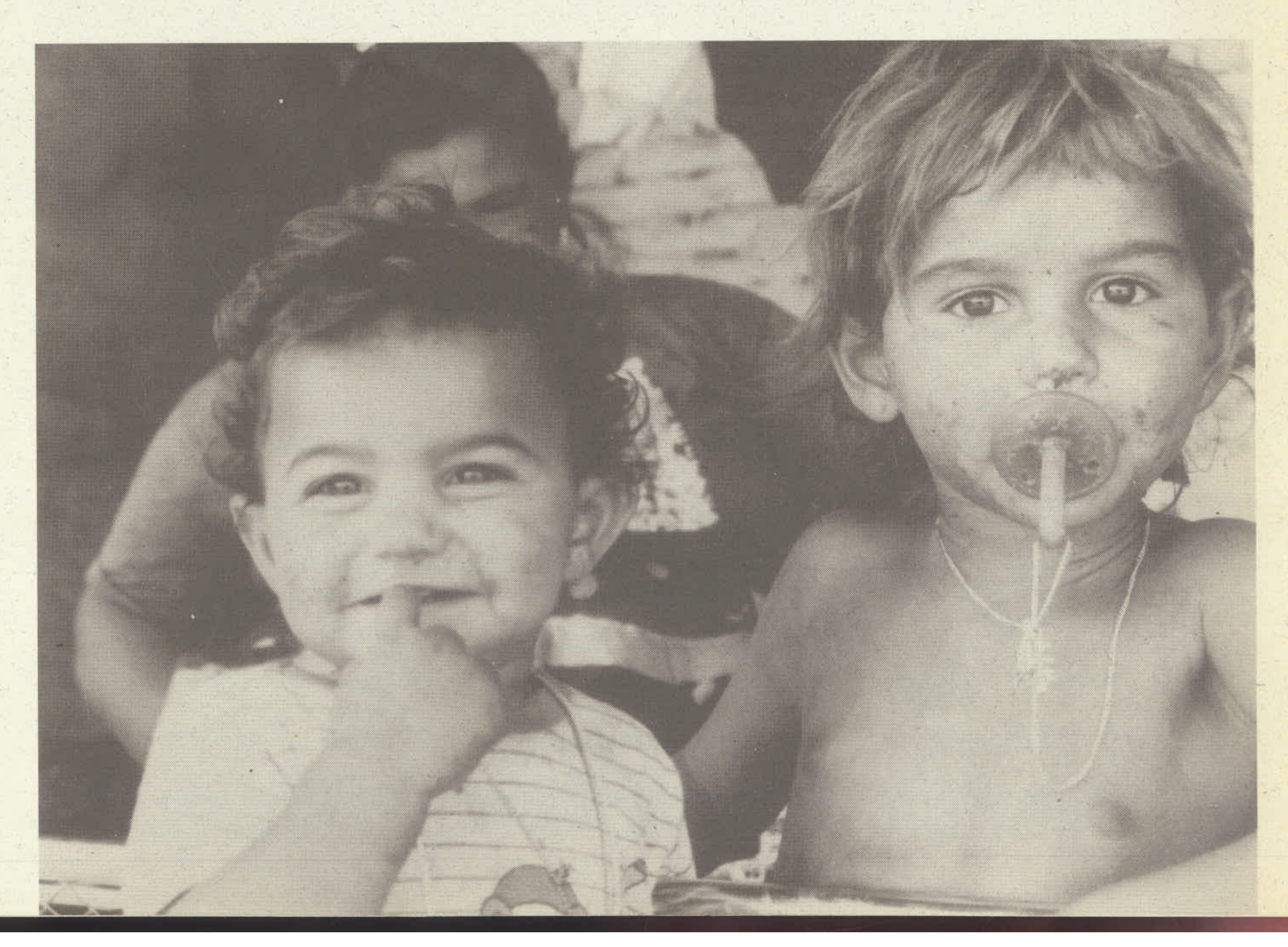
Y es que al final se termina descubriendo que también la miseria de los demás aporta su cuota de poder, que hasta se pueden lograr sustanciosos pellizcos a los presupuestos de los estados, que se puede pasar a participar del circo de los medios de comunicación, chupar cámara y hasta presentarse ante la audiencia como mejores que el resto de la humanidad. Y a este tipo de actividades terminan apuntándose los más dispares sujetos. Entran en escena los propios estados, con su gama de intereses más o menos confesables, las multinacionales pretendiendo lavar su imagen (recientemente varias multinacionales farmacéuticas están apareciendo en los medios de comunicación financiando proyectos de ONG's españolas), agencias de dudosa catadura moral, ONG's no muy independientes del poder político y hasta los servicios secretos si el área geográfica los precisase. Hay dinero y hay poder, luego se dan las condiciones necesarias y suficientes para que se dé la corrupción, el abuso, la mentira, las soluciones a medias y la desinformación. ¿Existe un control real de lo que sucede? ¿Cuántos recursos llegan de ver-

«Muchas ONG's del ámbito occidental pueden ser utilizadas o estar actuando como punta de lanza para la introducción de valores extraños en culturas no occidentales, para reforzar la dependencia mediante la transferencia de tecnologías obsoletas o productos excedentes hacia el Sur. Es más, con toda la buena voluntad del mundo (y en este ámbito de actividades hay exceso de buena voluntad) se puede estar dañando y abocando a un callejón sin salida a sociedades enteras»

dad a aquellos que son el auténtico objeto de esto que termina siendo un tinglado? (hay autores que apuntan que sólo entre el 6 y el 10% de los fondos llegan a los receptores originales) ¿Se conoce dónde terminaron sus días los miles de escuelas y hospitales construidos, muchas veces con criterios del primer mundo, tras una inauguración pretenciosa? (ya se sabe que lo difícil y caro no es construir un hospital, sino su mantenimiento en el tiempo, pero esto último es menos vistoso y no sale en las fotos). ¿Podemos obviar que en la evaluación de la cooperación por parte de los países del Norte, el principal indicador (si no el único) es la tasa de retorno lograda, es decir, aquella que mide cuántos dólares regresan al país donante por cada dólar invertido en cooperación?

Y para todo esto se recluta a personas audaces con capacidad de entrega y sacrificio (las únicas que merecen respeto), junto a otras con ansias de aventura o con necesidad de trabajo ante la realidad del paro en sus países respectivos, o para poder ser alguien en un mundo en el que sólo por ser blanco perteneces a la élite. Con todo ello se conforman proyectos, planes y estrategias (diseñados, claro está, por los donantes) cuyos resultados, como mínimo, hay que poner en entredicho si se atiende a la cantidad de recursos humanos y monetarios que se llevan invertidos en el llamado tercer mundo, que nunca serán suficientes, pero a los que se debe igualmente exigir eficacia. Y no es una cuestión de más o menos, de 0,7% arriba o abajo; el auténtico problema reside en otros parámetros más comprometidos, a los que nadie quiere meter mano.

Al final queda la duda de si el tercer mundo, aun en el campo de la cooperación, sigue estando al servicio del primero, sirviéndole de psicoanalista y basurero de residuos inútiles. Y es que siempre ha resultado más fácil ser caritativo que justo; se descansa mejor con la conciencia de haber hecho la buena obra que con la preocupación de cómo actuar en una realidad tan compleja como el mundo presente. Es más fácil contratarse por un sueldo fijo no desdeñable, con mentalidad de funcionario (si de un organismo internacional, mucho mejor), que abordar con rigor y cierto grado de responsabilidad los problemas concretos cuyas soluciones no tienen por qué coincidir con las aprendidas en las universidades del primer mundo.



Y a estas alturas hay que plantear la cuestión sin ningún tipo de rubor: el modelo de cooperación utilizado hasta el día de hoy ha fracasado (lo cual no quiere decir que no sirva para nada, pues siempre que se alivia una necesidad, aunque sea individual, ya merece la pena). Lo que aquí se plantea es que no puede descansar únicamente en sentimentalismos (la piedad, esa horrible plaga moral de Occidente) bien adobados por los medios de comunicación, ni en explosiones de solidaridad (aunque sea a base de conciertos de roqueros comprometidos), ni sobre un modelo asistencial basado en criterios del Estado de bienestar del primer mundo: si ya este modelo es menos firme de lo que se cree —a juzgar por los ataques que recibe en estas sociedades—, a pesar de asentarse en economías desarrolladas, ¿Sobre qué bases consistentes se asienta la labor «humanitaria» en el tercer mundo?; ¿va a depender permanentemente del grado de espectáculo que genere alguna catástrofe, guerra, epidemia o fenómeno que llame la atención o el interés de las multinacionales de los medios? Se puede terminar creyendo, como en tantas otras cosas, que sólo existe lo que es noticia.

Por otro lado, siempre conviene sospechar del «desinterés» de los estados en este tipo de actividades. Hay unas reglas de juego en las relaciones internacionales, unos ámbitos de actuación, de los que resulta difícil escaparse y que alcanza, de una manera o de otra, a la «cooperación».

Por lo tanto, en primer lugar hay que crear la conciencia social de que los problemas del tercer mundo son problemas del planeta (atrincherarse detrás de las fronteras es la política del avestruz, no sólo conservadora, sino reaccionaria); de nada sirve escudarse en explicaciones históricas, objeciones económicas o justificaciones antropológicas; todos tenemos una responsabilidad (por favor, sin culpas históricas) y mucho interés en que estos problemas empiecen a resolverse con el menor coste social (nunca hay soluciones sociales sin costes sociales). Es importante resaltar el hecho de que es positivo para todos los seres humanos de cualquier raza y condición económica el abordar estos problemas y no que los problemas nos terminen desbordando.

Tanto es lo que se juega la humanidad que, a modo de recordatorio, hay que indicar que extensas zonas del planeta de incalculable valor ecológico para la supervivencia de la especie están localizadas en este tipo de países; si se desea que se mantengan en tal estado, sin dar paso a una explotación y degeneración absoluta, se deberá pensar que hay que indemnizar a sus habitantes por el servicio que suponen para la humanidad.



De aquí que la respuesta de la sociedad civil como tal, al margen de las instituciones políticas, debe representar un peso importante en la realidad de la «cooperación» y elevar su protagonismo a los niveles que corresponden a una sociedad que dice preocuparle la problemática de los países empobrecidos. Sindicatos, universidades, asociaciones empresariales, etc., deberían tener en cuenta al tercer mundo y potenciar desde su propia experiencia aspectos diversos en el campo de la cooperación, tanto creando un estado de opinión como prestando servicios directamente.

En segundo lugar hay que partir de una hipótesis de trabajo, discutible si se quiere, pero bastante real: el mundo parece haber entrado en una vía única (lo cual no debe interpretarse como estrictamente uniforme). Al final, las culturas más fuertes (no las mejores, ni las más sabias, ni las más antiguas) terminan moldeando o suprimiendo a las competidoras; la convivencia de culturas no suele ir más allá de las buenas intenciones de algunos intelectuales. A este respecto, todo lo que se resuelva en mestizaje es una solución positiva. Por el contrario, las posiciones que se derivan de actitudes ideológicas maximalistas, fundamentalistas, etnocentristas, racistas, etc., son la peor de las soluciones al estado actual de las cosas. La complejidad de la realidad debe hacernos meditar, evitando que se dé cualquier salida simple. Todas las culturas aportan aspectos positivos (también la nuestra).

En tercer lugar hay que subrayar que o la «cooperación» toma parte activa en el desarrollo real de los pueblos del tercer mundo o su obra se ve abocada al fracaso, junto al despilfarro de medios, ante los ojos atónitos de quienes necesitan esos medios.

¿Qué tipo de desarrollo?

Entrar en este tema es como entrar en un avispero de opiniones. Mucha es la tinta que se ha consumido hablando, dogmatizando, opinando, creando ciencia acerca de este asunto, y no son estas líneas el lugar apropiado para explicar ni mostrar la panoplia de

teorías que se pueden sacar a colación. No obstante se pueden hacer algunas puntualizaciones.

Únicamente a través del trabajo y la creación de riqueza es como estas sociedades pueden pensar en salir, con mucho esfuerzo, del pozo en que se encuentran. Por lo tanto, al menos una parte sustancial de los fondos que se emplean en «cooperación» deberían encauzarse en esta dirección.

Cuando se habla de crear riqueza hay que pensar tanto en términos de mercado local (recuperando productos tradicionales, por ejemplo) como en términos de mercados nacionales y mercados internacionales. No tienen por qué vivir de espaldas estos países a la internacionalización de las relaciones económicas.

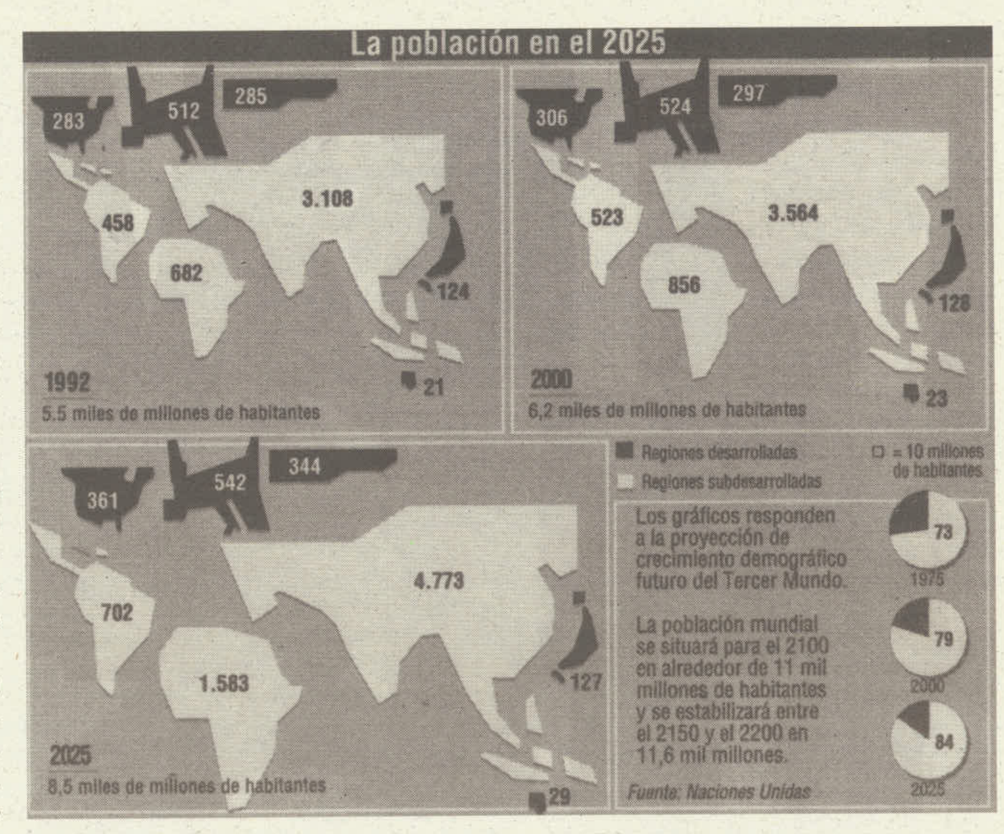
Existe una larga experiencia de, al menos, los errores a evitar (políticas de monocultivo, tecnologías obsoletas, contaminantes o inadecuadas a esa realidad, traslación de esquemas occidentales sin valorar el impacto cultural y social, comportamientos etnocéntricos, desastres ecológicos, economías desarrollistas, eclosiones urbanísticas, elección de actividades productivas volcadas exclusivamente a la exportación, etc., etc., etc.).

También hay una amplia experiencia de modelos alternativos y complementarios conforme a los cuales organizar las unidades de producción, y que pueden ir desde las cooperativas locales a las explotaciones familiares, a la presencia de pequeñas empresas extranjeras, mixtas o de propietaros locales, etc. En el extremo de esta relación hay que consignar siempre la realidad de la empresa multinacional que aparecerá y desaparecerá según criterios exclusivamente económicos, con la prepotencia que la caracteriza, avalada por concesiones arrancadas a las burguesías locales. Si el sector productivo de vanguardia se deja exclusivamente en sus manos hay que atenerse a las consecuencias. Pero nada impide que la modernización del aparato productivo de estos países se haga también con otras fórmulas alternativas (no exclusivas). ¿Cuál es la razón que impide a la «cooperación» entrar en el desarrollo del tejido productivo de estos países?

Y a este respecto es necesario superar determinados prejuicios, que en algunos ámbitos de pensamiento son bastante comunes, no teniendo miedo a palabras como gestión, mercado, organización, empresa, cooperativa, productividad, beneficio, sin que ello represente ninguna consagración de ningún tipo de valores, ni como panacea de todos los problemas; campos, por otra parte, en los que también los cooperantes deberían estar presentes, creando hábitos de trabajo, participando en la inversión en capital humano, es decir, aportando uno de los aspectos básicos sobre los que se fundamenta el desarrollo de cualquier sociedad, sin olvidar, y nunca se subrayará esto suficientemente, la idiosincracia de la realidad en la que se pretende actuar.

Así pues, hay que olvidarse de que los prerrequisitos fundamentales del desarrollo puedan obtenerse gratuitamente; y para ello basta recordar la historia de los países desarrollados.

Como se ve, al final lo importante no es la cuestión del 0'7. Lo que hay que hacer es poner en entredicho unos hábitos mentales dogmáticos, unos intereses muchas veces ocultos y no confesables, unos objetivos discutibles; empezar a analizar consecuencias perversas de la acción directa e inmediata de la propia ayuda (por ejemplo, los efectos demográficos derivados de la implantación del modelo sanitario occidental), dar cabida a soluciones que tengan la perspectiva de no dejar a estos pueblos en estado de dependencia permanente de la caridad extranjera, sin posibilidad de ir alcanzando cotas de independencia y autonomías reales.



Y de cara a los estados, mucho más importante que el 0'7 (no es que se defienda el rechazo de estos recursos, pues todos siempre serán insuficientes) es su política arancelaria con respecto a las mercancías que provienen de los países en vías de desarrollo, su influencia en organismos internacionales como el Banco Mundial o el GATT, el cuidado de sus relaciones con los gobiernos de estos países, muchos de ellos corruptos y mantenidos con su beneplácito, y que son el primer yugo que tienen que soportar los habitantes del tercer mundo, no permitir el tráfico ilegal de armas (¿qué parte de la ayuda recibida retorna a cambio de armamento?)...

La misma problemática presenta el cultivo de sustancias calificadas por los gobiernos occidentales como ilegales, y que provienen fundamentalmente de los países del cono sur. No es de recibo tratar de imponer el cambio de cultivos (realizado desde siglos) en los países de origen a cambio de condenar a la miseria más absoluta a las comunidades indígenas en cuestión. Esta vía sólo genera desestructuración y violencia.

Debe restablecerse el diálogo entre pueblos y culturas, y no entre estados. El diálogo entre pueblos es el único que puede generar enriquecimiento cultural común, el resto son simples diálogos de sordos entre criminales que están planificando con sus acciones el asesinato de millones de personas al condenarlas a la miseria más absoluta. Tampoco debemos olvidar la importancia de repetar los valores culturales y sociales, ya que, como apunta Ziegler, «si hay superioridad cultural, ésta pertenece a las sociedades tradicionales de la periferia, donde predominan los valores de la sociedad, la dignidad, el goce del instante vivido, el contacto con los demás y la naturaleza». Ninguna transformación profunda y equilibrada de las estructuras sociales de los países del Sur es posible sin contar con el arraigo secular de las culturas vernáculas.

No es discutible la imposibilidad material de que las grandes masas de los países del Sur alcancen el «nivel de vida», consumo y despilfarro de los países del Norte. Los recursos del planeta no pueden soportar tal planteamiento, por lo que se imponen necesariamente profundas transformaciones ideológicas en el Norte respecto al tipo de desarrollo occidental y al uso y abuso que de los recursos no renovables estamos haciendo. Esto implica un serio problema, en estos momentos, ¿qué porcentaje de población y/o trabajadores de los países desarrollados estaría dispuesta a reducir sustancialmente su nivel de vida a cambio de incrementar el del Sur?

Conviene reseñar que a veces se vierten opiniones, a la hora de señalar pautas de comportamiento en la cooperación, que apuntan poco menos que a reducir a reservas étnicas a los pueblos poco contaminados de «occidentalización» en aras de la defensa del «buen salvaje». En el caso de que existiesen tales pueblos, o se es consecuente de manera radical con esta postura (postura que está llena de falacias y prejuicios) o se es igualmente radical con la opuesta; lo que no sirven son las posturas intermedias (por ejemplo, tratar de conjugar medicina occidental, sistemas de producción tradicional y valores familiares ancestrales; por algún sitio terminará rompiendo el sistema). No existen salidas sin tener que pagar un precio (pensemos en el coste que supuso para una serie de generaciones el salto de una cultura rural a otra urbana en los países desarrollados). Y no es que lo que vaya a aportar lo nuevo vaya a ser mejor, ni más bello o más sabio; no supone *per se* una mejora en la relación entre los hombres o las comunidades, ni un incremento de la felicidad. En muchos casos se tiene la experiencia suficiente como para adivinar lo que va a pasar. Rebajemos los niveles de sufrimiento, las consecuencias del impacto. El papel de la cooperación debe ser también el del evitar en parte errores inútiles, salidas sin sentido, el de pensar un desarrollo en términos de una realidad que está muy alejada de presupuestos que en nuestras latitudes nos parecen indiscutibles. Pero se debe dejar muy claro que por encima de todo esto está un problema mucho más básico y fundamental para las gentes de estos pueblos: existir con dignidad, existir sin dignidad alguna o dejar sencillamente de existir. Terminarán huyendo de sus países prefiriendo ser los parias de paraísos terrenales que pueden convertirse en su infierno definitivo.

«Es en la década de los 80 cuando las «ONG's laicas» comienzan a surgir como hongos. Este 'boom' ha ido más unido a la emergencia de fondos que a la existencia de un tejido social preocupado por los problemas del Sur»

En definitiva, deberíamos preguntarnos si es posible desarrollar estrategias de cooperación alternativas entre los sectores verdaderamente concienciados del Norte (que con medidas radicales cuestionan la «ayuda al desarrollo» existente) y estas poblaciones del Sur (que no entienden de convenios colectivos ni de subidas salariales por encima del IPC, y que, como mucho, luchan diariamente para alcanzar la supervivencia).

¿Qué papel deben jugar los sindicatos y los trabajadores en este campo? ¿Qué contradicciones se nos presentan en un momento como el actual, con deslocalizaciones continuas de multinacionales hacia el Sur? ¿Qué relaciones debemos establecer con las masas del Sur que van a recibir con las manos abiertas a dichas multinacionales? ¿Podríamos ayudarles a autoorganizarse con nuestra experiencia? Es urgente un debate serio de estos aspectos, ya que la realidad está ahí, sin olvidar que la ayuda deberá ser mutua, apoyo mutuo, no donación desinteresada. Tenemos mucho más que aprender del Sur de lo que podamos creer a primera vista.

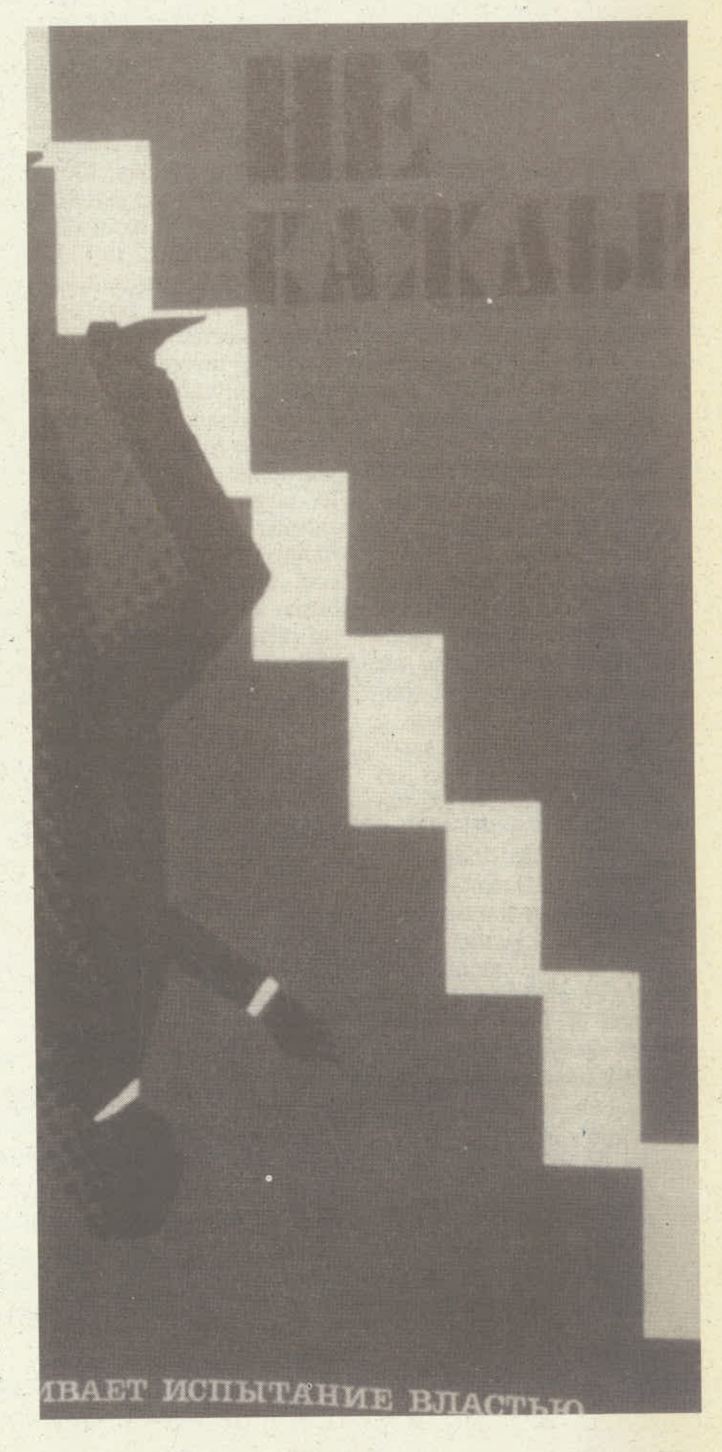
La reconstrucción capitalista en Rusia

CARLOS TAIBO *

La realidad económica rusa del momento puede resumirse en cuatro grandes rasgos. El primero es una caída dramática de todos los índices de «crecimiento». La renta nacional, que se había reducido un 20% en 1992, lo hizo en un 16,3% en 1993 y en un porcentaje presuntamente semejante en 1994. La producción industrial, entre tanto, experimentó en 1993 un retroceso del 16,5%, mientras la inversión se reducía en un 12% (un 45% en 1992). Estos datos se veían acompañados, como es sabido, de un alarmante déficit público, de una inflación disparada (del orden del 1.000% en 1993, algo más contenida en 1994) y de una sensible reducción del comercio con las repúblicas integrantes de la vieja URSS.

El segundo rasgo de relieve es una evidente reducción en el nivel de vida. Los ingresos reales de la población se han reducido a la mitad de los existentes en 1991, y las estimaciones más optimistas ubican a una tercera parte de los rusos por debajo del umbral de la pobreza. Conforme a datos oficiales, las desigualdades son, por otra parte, cada vez mayores: si en 1993 el 10% más rico de la población contaba con ingresos nueve veces superiores a los del 10% más pobre, dos años antes sus ingresos eran apenas cinco veces superiores. Aunque el desempleo no ha alcanzado dimensiones preocupantes, algunas estimaciones dan cuenta de una cifra, para 1994, de entre 10 y 12 millones de parados sobre una población activa de 72 millones de personas; al igual que en tantos otros lugares, las mujeres nutren de forma mayoritaria el «ejército de reserva».

En tercer lugar, y en paralelo con lo anterior, se ha hecho sentir un notorio ahondamiento de los problemas sociales. Sus principales víctimas son, como casi siempre, ancianos, mujeres y minorías. Al respecto es ilustrativa la degradación experimentada por la sanidad pública, cuyos presupuestos no han dejado de reducirse; según una estimación, para satisfacer las necesidades sanitarias mínimas sería necesario doblar los recursos invertidos. Mientras, y como no podía ser menos, las mejores clínicas siguen al servicio de *nomenklaturas*, viejas o nuevas, y está cobrando cuerpo una sanidad privada inaccesible a la mayoría de la población. A tono con lo ocurrido en el decenio anterior, las tasas de mortalidad infantil no dejan de crecer, la esperanza de vida al nacer se reduce año tras año y las muertes por accidentes, suicidios y asesinatos han crecido espectacularmente.



Un cuarto y último rasgo es la preservación de un modelo que nada tiene que ver con un desarrollo ecológicamente sostenible. Ese modelo remite a una confusísima y fascinante combinación, en la que se dan cita el capitalismo hipersalvaje en ascenso y muchas reglas del juego del viejo orden burocrático, el grueso de cuyas estructuras siguen en pie; así lo atestiguan, en particular, una industria militar en trabajoso reforzamiento y unos programas de privatización que apenas han afectado al «núcleo duro» de la economía.

¿Qué capitalismo?

Cuando se habla de la «reconstrucción capitalista» en Rusia son muchos, y de diverso orden, los problemas que se hacen notar. El primero bien puede ser el que plantea si es apropiado el término inicial de la expresión: ¿estamos ante la reaparición —con formas nuevas— de algo que existió en su momento, ante una readaptación del orden imperante en los últimos decenios o ante la introducción de algo completamente inédito?

Quienes durante mucho tiempo hemos identificado «capitalismos burocráticos de Estado» en los sistemas de tipo soviético estamos obligados a concluir, al menos en principio, que lo esencial de estas horas es un tránsito entre esa forma de capitalismo y otra «liberal». Más allá de la pertinencia de esta forma de ver las cosas, lo que había antes de 1985 y lo que se abre camino ahora configuran dos formas de organización económica que remiten, con toda evidencia, a un mismo universo histórico-social: el del capitalismo.

Claro que en este debate, que aquí recordamos de forma tangencial, también se hace notar el efecto de otra visión de los hechos: la que, lejos de utilizar el tiempo como variable fundamental, invoca factores espaciales e interpreta que el proceso en curso lo es de introducción, en Rusia, de «algo que viene de fuera». En un sentido literal, semejante visión de las cosas es a duras penas sostenible: los capitales y los capitalistas occidentales apenas han hecho acto de presencia en la economía rusa. Bien es verdad, sin embargo, que la tesis puede aducir en su beneficio una variante: se está intentando «reproducir» lo que viene de fuera, aun en ausencia de capitales y capitalistas.

Muchas de las posibilidades de interpretación guardan relación con otro problema: el de la naturaleza del capitalismo que está ganando terreno en Rusia. Y al respecto hay que olvidar las tesis que sostienen que en realidad no se trata, en propiedad, de capitalismo. Tal visión de las cosas, aunque sugerente, sólo se explica cuando el concepto de «capitalismo» se usa en sentido muy restringido o cuando los pruritos terminológicos adquieren desmesurada importancia. Quienes recurren a estos últimos suelen ser, por lo demás, poco consecuentes: aunque no les falta razón a la hora de invocar la extrema singularidad de muchos procesos, parece como si su rigor lingüístico se limitase a conceptos claramente conflictivos, como éste de «capitalismo» y no alcanzase a otros igual de problemáticos. Si se asume con seriedad el camino del rigor terminológico habrá que poner en cuestión la pertinencia de términos como «estado», «nación», «representación», «inflación» o «sociedad civil» en relación con la Rusia de estas horas, y crear, por tanto, una auténtica neolengua que permita dar cuenta de las enormes singularidades del momento.

Así las cosas, y no sin antes subrayar que en la Rusia de hoy perviven relaciones productivas, e improductivas, que remiten a los sistemas más dispares, hay que reseñar el poderosísimo impacto ejercido por un «capitalismo hipersalvaje». Han quedado ya muy atrás los tiempos en los que nuestros socialdemócratas creían que Gorbachov peleaba por la configuración de una «economía social de mercado». Al cabo de unos meses el adjetivo «social» desapareció del argumento, en beneficio de algo que era, simplemente, el capitalismo. Pero más adelante se hizo aconsejable precisar la propia naturaleza del capitalismo que se iba asentando, y lo más saludable pareció agregarle el epíteto de «salvaje».

Siquiera sólo sea en beneficio de la comparación, y en provecho también



«La combinación de lo nuevo y lo viejo parece llamada a pervivir en un marco en el que la idolatrización del mercado se da la mano con cierto respeto de las reglas y los privilegios heredados del orden burocrático de antaño»



de la consideración de algo que es inequívocamente singular en la Rusia de estas horas, es obligado recordar que en otros escenarios, y mal que bien, ciertas modalidades de capitalismo salvaje sirvieron para permitir acumulaciones primitivas o resolver algunos problemas en tesituras críticas. Nada de ello puede decirse, sin embargo, de la Rusia de ahora, donde un rasgo fundamental del capitalismo hipersalvaje es su naturaleza no productiva: las lucrativas operaciones especulativas que son tan comunes en modo alguno se traducen en inversiones reales que contribuyan a avivar la actividad económica.

Los sumandos

El capitalismo hipersalvaje imperante ha visto la luz en virtud del entrelazamiento de los intereses y acciones de tres grupos humanos. El primero lo configuran quienes, en la etapa de *perestroika*, labraron grandes fortunas al amparo de las mal llamadas «cooperativas». El segundo lo constituyen capas enteras de la vieja *nomenklatura* que han asumido de buen grado su conversión a la lógica mercantil; muchos burócratas se han hecho con la propiedad, en particular, de algunas de las empresas más rentables. En tercer término, los capitales exteriores han hecho una marginal, pero real, aparición en la economía rusa.

Esos tres grupos, con el apoyo connivente de las autoridades, han acabado por configurar una auténtica «economía de la mafia» que reclama a gritos una caracterización teórica: las disertaciones sobre la «economía subterránea» no sirven para dar cuenta de una realidad mucho más compleja. Las redes mafiosas controlan hoy el grueso de la actividad privada y una parte significativa de la propia economía estatal. Esto último es así porque, aun cuando la privatización «jurídica» sólo ha afectado a la pequeña industria y al comercio, y por consiguiente el Estado sigue siendo el propietario de casi todo el aparato productivo, se ha verificado una auténtica privatización de la gestión y de los beneficios.

Hay que preguntarse, cómo no, cuál ha sido la actitud del gobierno ruso ante procesos tan dramáticos como

los que nos ocupan. Aunque las generalizaciones son peligrosas, puede decirse que el gobierno ha alentado la consolidación del ascendente capitalismo hipersalvaje. Claro que su cooperación se ha producido unas veces en mayor beneficio de los capitalistas privados *stricto sensu* —es el caso de Gaidar— y otras en provecho de la *nomenklatura* presta a reciclarse —así ha sucedido con Chernomirdin y sus apoyos «industrialistas» y «agrarios»—. Si en unos casos, en fin, los propios representantes gubernamentales tenían intereses personales en el proceso, en otros se han dejado llevar por una dramática superstición: la de que la provisional acumulación de fortunas es necesaria para permitir un nuevo salto hacia un «mercado equilibrado». Según una interpretación común, la dimisión de Gaidar, a principios de año, apenas ha alterado el panorama descrito: antes que a disputas económicas, parece responder a los intereses políticos del personaje, quien se prepara para unas eventuales elecciones presidenciales.

Un último elemento es, cómo no, el papel desempeñado por organismos externos, como el Fondo Monetario Internacional (FMI). Al igual que en tantos lugares del Tercer Mundo, el FMI ha pujado en los últimos años por un doble proceso: la apertura exterior de la economía y la creación, en ésta, de reglas del juego e infraestructuras que permitan la irrupción de capitales extranjeros. Por el momento, y como es sabido, éstos apenas han hecho acto de presencia en un escenario en el que las garantías, políticas y económicas, son escasas. Lo anterior no quiere decir que falten líneas de actuación que confluyan en un absoluto control externo de los procesos económicos, y muy en particular de los vinculados con las materias primas energéticas.

«Las lucrativas operaciones especulativas, que son tan comunes en la Rusia de ahora, en modo alguno se traducen en inversiones reales que contribuyan a avivar la actividad económica»

El futuro

La combinación de lo nuevo y lo viejo a la que ya nos hemos referido parece llamada a pervivir en un marco en el que la idolatrización del mercado se dará la mano con cierto respeto de las reglas y los privilegios heredados del orden burocrático de antaño. Las cosas como están, y dado el ahondamiento de la crisis, dos grandes horizontes pueden adivinarse. El primero no es sino una abierta tercermundización asentada en una creciente dependencia exterior, con deuda en ascenso, poderosas corrientes de emigración, incapacidad para competir en los mercados internacionales y formidables escisiones sociales.

El segundo horizonte se vincula, por su parte, con una reconstrucción autoritario-militar-nacionalista que,



aun intentando preservar cierto grado de soberanía, parece llamada a consolidar muchos de los privilegios adquiridos, en los últimos años, al amparo del capitalismo hipersalvaje en ascenso. Esta especie de «fascismo del Tercer Mundo» —porque con él está llamada a pervivir, también, buena parte de la lógica tercermundizadora— puede ser, en muchos terrenos, un remedo del viejo orden burocrático, despojado, eso sí, de la demagogia social de otrora. En él nada se aprecia de una perspectiva de construcción social y colectiva dispuesta a poner freno al capitalismo hipersalvaje del momento.

Si ese freno aparece en algún momento, tendrá que tomar su impulso de principios que los revolucionarios de 1917 decidieron olvidar: la autogestión y la socialización, frente a estatalismos y privatizaciones; la descentralización, frente a las aberraciones de la planificación burocrática; la desindustrialización, frente a la mitología del desarrollo de las fuerzas productivas; la autodeterminación, frente a la pretensión de dejar sentadas para siempre estructuras estatales forjadas en la violencia; la desmilitarización, frente al despilfarro generado por fuerzas armadas y tentaciones imperiales; la desconexión, frente a las exigencias de los grandes poderes internacionales, y la solidaridad, en fin, frente al mercado y sus supersticiones.

* (Director del programa de estudios rusos de la Universidad Autónoma de Madrid)

«Los ingresos reales de la población se han reducido a la mitad de los existentes en 1991, y las estimaciones más optimistas ubican a una tercera parte de los rusos por debajo del umbral de la pobreza»

Los islamismos: *ideas y conflictos*

Javier Aisa

En Occidente se habla del mundo islámico con sorpresa, desconcierto, incluso preocupación, y hasta se rechaza sin más contemplaciones. La opinión pública está llena de prejuicios y estereotipos —es verdad que a veces con razón—, pero sobre todo confundida con una mezcla gigantesca de conceptos, ideas, prácticas religiosas y políticas, formas sociales, todo combinado en una extraña amalgama que configura un mundo arcaico, oscurantista y represivo. Ese conglomerado se identifica con el Islam y el mundo árabe. Interesadamente —motivos de control económico y político— se desconoce y confunde su historia, su cultura, sus intentos de modernización y voluntad de responder a los desafíos de los tiempos actuales, su pensamiento, todo lleno de matices complejos y con ni más ni menos contradicciones, problemas y violencias que en Occidente. El presente artículo pretende aclarar esa confusión.

El desarrollo del Islam, de un cierto Islam radical, es un hecho evidente. Más de 1.000 millones de personas se consideran musulmanas porque profesan la fe del profeta Muhammad. Desde el Atlántico al Pacífico, del Mediterráneo al interior de África, la mayoría de ellas no son árabes, aunque buena parte de la población árabe sea musulmana, no toda, ya que existe gente árabe cristiana o no creyente.

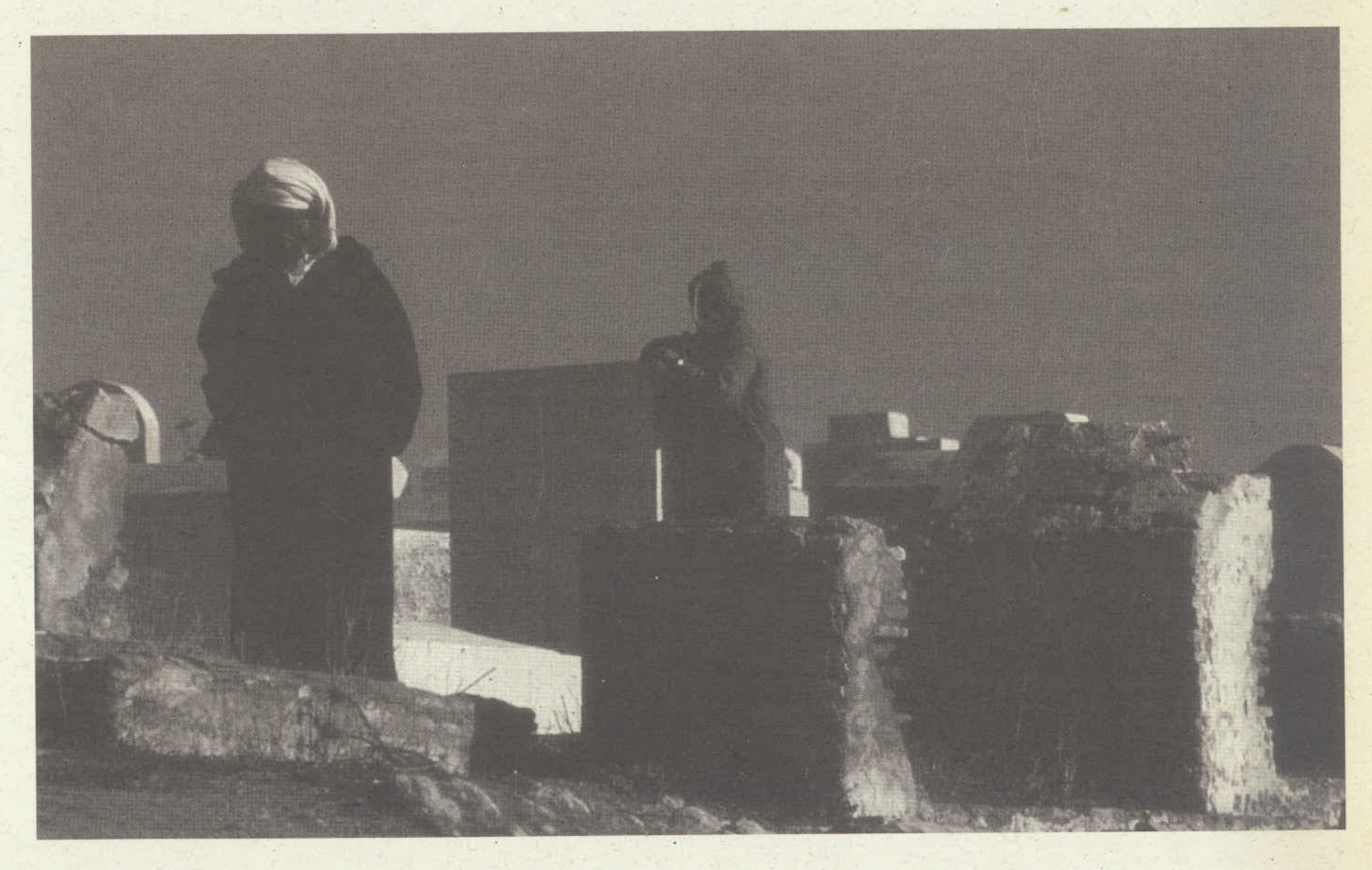
Centrándonos en el mundo árabe-musulmán de *Mashriq* (Oriente Próximo) y del *Magreb* (Norte de África) observamos cómo el impacto de la colonización y la crisis interna de los estados de la región y de sus economías están en la base de la reislamización actual. La permanencia de regímenes autocráticos y su influencia ideológica, la pérdida de legitimidad de los mismos y el aplastamiento de la sociedad civil, la fragmentación del sistema regional árabe (desde los acuerdos de Camp David, 1978), la revolución iraní (1979), la continuidad de la ocupación israelí de territorios árabes y la solución injusta de la cuestión palestina, el descalabro económico de los países árabes (especialmente después del contrachoque petrolero de 1982-86), el crecimiento demográfico, el empobrecimiento de las clases medias y bajas, el agravamiento de las diferencias sociales y sus consecuencias de desempleo, emigración, pérdida de derechos sociales, abandono forzoso del campo para llegar a malvivir a los arrabales de las ciudades, el debilitamiento de los desiguales intercambios entre el mundo árabe y los países industrializados, la agresión exterior a la comunidad árabe-musulmana desde Occidente, el hundimiento de la ideología nacional arabista (desde la derrota de 1967 y la muerte de Nasser en 1970) y bastantes cosas más han contribuido a desarrollar el islamismo en los tiempos que corren.

De qué Islam hablamos

Una cosa es el Islam fundamental, la recuperación de las raíces, la aceptación voluntaria de la relación directa con Dios (*Allah*), una actitud y un talante morales hacia el bien, la comunidad (*umma*) de las personas creyentes, iguales y laicas. Otra muy diferente es el Islam fundamentalista, la lectura literal, puntillosa y legalista de esas mismas fuentes (el Corán y la Sunna). El regreso a una interpretación estricta y formal de los principios del Islam, que aspira a las reconstrucción mimética de un sistema sociopolítico ideal, similar al instaurado en el primer Islam. Una doctrina convertida en un sistema religioso de poder, dogmático e intolerante, sin dinámica histórica, que elude la riqueza y variedad de su pasado. A este integrismo o fundamentalismo, llamémoslo con más propiedad islamismo.

Las raíces

Los avatares geográficos y sociales en los que nació el Islam le obligaron a asumir funciones de organización social y política para poder subsistir y desarrollarse. Tras la muerte de Muhammad (632), el Islam tendió a institucionalizarse y, poco a poco, se transformó en un sistema de poder como cualquier otro. Después del profeta, la representación de la comunidad fue ostentada por los califas. A partir del cuarto califa, Alí, de la derrota de sus partidarios en la batalla de Siffin (657) y del posterior asesinato de Alí, se produce la división de la comunidad musulmana. El centro de la disputa es la legitimidad del poder y la autoridad, en definitiva, el califato,



quién debía ser el guía espiritual de la comunidad. Aparecen así los *sunníes* (ortodoxos, el 90 por ciento del mundo musulmán) y los *shiíes* (heterodoxos, un 10 por ciento, instalados en Irán, sur de Irak y Líbano fundamentalmente). La discordia más destacada alude a que entre los sunníes el califa es sólo líder temporal, encargado de hacer reinar en la tierra la ley islámica (*sharí'a*) en sus principios religiosos, políticos y sociales. Sin embargo, para los shiíes el jefe o imam reúne, en un culto especial a su persona, las funciones temporales y religiosas; además debe ser descendiente del linaje del profeta. En ambas tendencias, que jalonan dolorosamente la historia del Islam, habrá elementos islamistas.

La segunda raíz ideológica del Islam es una cuestión doctrinal: la relación entre la religión y el Estado (*dîn wa dawla*). La separación o la fusión entre lo espiritual y lo temporal. El enfrentamiento entre una interpretación abierta de la ley islámica o la hegemonía de una puesta en práctica esquemática y hasta en sus mínimos detalles de la jurisprudencia islámica (*fiqh*). El Corán es un mensaje religioso de principios morales generales, no una regulación precisa de la organización de la sociedad civil obligatoria que determina toda la vida de las personas.

A lo largo de los años (sobre todo con los sultanes otomanos, 1342-1924) se constituye una ortodoxia islámica fruto del ascenso y de las intrigas de las corrientes ideológicas y políticas que fosilizan el Islam. Hasta principios del siglo XVI el mundo oriental árabe-islámico domina sobre Occidente en el terreno de la ciencia, el pensamiento y la tecnología. Después del siglo XV (incluso antes, con las Cruzadas y las invasiones mongolas, mamelucas y otomanas) se inicia la decadencia. Es el resultado de conflictos internos que impiden la consolidación de las clases progresistas partidarias de la modernización política, cultural y social. Pero también la gran acometida de los imperios occidentales colonizadores, ávidos de acaparar las rutas comerciales, los recursos naturales y los territorios estratégicos. Una agresión lenta, larga y profunda, no sólo para apropiarse de su riqueza material, sino para eliminar su diversidad y predominio cultural y espiritual. Son los siglos oscuros.

Las reacciones del mundo árabe-musulmán

A la crisis apuntada antes, las respuestas son varias desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. Se inicia un renacer (*nahda*) del pensamiento y la cultura y el ascenso de los movimientos políticos que cuestiona el colonialismo de los turcos y occidentales. Dará lugar a la descolonización. Podemos apreciar dos grandes áreas:

LAS TENDENCIAS SECULARIZANTES

Recogen ideas y modelos occidentales, de corte liberal o marxista. A su entender, el laicismo de las instituciones políticas y de la sociedad es necesario para llevar a cabo la modernización. Surgen los partidos nacionalistas, unos dirigidos por las oligarquías árabes que apuntalan los regímenes monárquicos (Marruecos, Jordania, Egipto, Libia, Irak, antes de los años 50 y de las revoluciones que derrocan a algunos de ellos) y acaban apoyando el neocolonialismo occidental; otros, encabezados por las clases medias, que llegarán al poder mediante golpes militares y rebeliones populares. Nos remiten a la conciencia de la arabidad. Son el nacionalismo radical de Nasser (1952) el socializante de los partidos Baas (sirio e iraquí, a partir de los años 40) y el FLN argelino. Los nacionalismos árabes revolucionarios coin-

56

ciden en la defensa de los ideales de transformación social, independencia respecto a Occidente, unidad panárabe, no alineamiento, desarrollismo económico e industrialización acelerada. Pero, al mismo tiempo, dan lugar a regímenes autoritarios de partido único, que prohíben la participación política de la ciudadanía y generan una capa funcionarial, tecnocrática, que no reparte la riqueza, sino que se la apropia para su exclusivo interés, detentadora de los resortes del Estado gracias a los compromisos de un clan tribal y familiar (*açabiyya*) que lucha o monopoliza el Gobierno. No obstante, su fracaso no sólo es culpa suya. El neocolonialismo occidental tiene mucho que ver: el establecimiento del Estado de Israel, los sobresaltos y ataduras de la guerra fría, la desestabilización causada por la permanente situación de guerra con el sionismo, la dependencia económica respecto a Occidente como otros países del Tercer Mundo, la disminución de los ingresos por la renta petrolífera, son algunas de las razones exteriores que hipotecan el futuro.

LAS TENDENCIAS MUSULMANAS

Anteriores en el tiempo porque se inician precisamente con ese renacimiento del pensamiento árabe-musulmán, proponen el regreso a las fuentes, por tanto nos remiten al Islam fundamental, a la autenticidad. La identidad nacional y panislamista realizada alrededor del Islam, que cohesiona los diferentes elementos de la sociedad, «purificado de todas las escorias acumuladas durante los siglos pasados», permitirá salir del letargo, recuperar el pasado glorioso y sacudirse el yugo de las potencias extranjeras.

Una vez hecha la definición podemos señalar las corrientes adscritas a lo que comúnmente se llama fundamentalismo islámico: el wahhabismo saudí, el reformismo musulmán de la *salafiyya*, el islam político y el neo-islamismo fundamentalista.

La historia de sus relaciones, mutuas influencias, rupturas y aplicación a lo largo de los años es la misma historia de los movimientos islamistas.

El wahhabismo, fundado por Abdul Wahhab en el siglo XVIII, es la primera expresión del deseo de restaurar la originalidad de la religión, pero siempre en su versión puritana, la traducción procedente del desierto, de la escuela jurídica más rígida del sunnismo (madhhab de Ibn Taymiya). Hizo prevalecer un literalismo estrecho, especialmente en la aplicación de la ley islámica y de las penas que incluye. En los primeros años del siglo XIX la dinastía saudí adopta esta forma de Islam. Ellos exigen una observación puntillosa de los ritos, despojados de su interioridad, una lectura reaccionaria del Corán, el respeto ciego de las tradiciones, la veneración individual del poder y de sus «doctores de la ley». Arabia Saudí es el Estado que

«El islamismo es el último refugio de sociedades desestructuradas por la modernización, que la población identifica con una sociedad de consumo a la occidental, de la que sólo se aprovechan las élites privilegiadas y a la que la mayoría no puede acceder»

encabeza la reislamización actual, por tanto conservadora, y la promueve económicamente.



En las antípodas, y enfrentado al Islam esclerotizado del wahhabismo, cabe situar al Islam reformado, la *salafiyya* propiamente dicha, una amplia corriente intelectual surgida de las universidades y algunas escuelas islámicas que reivindica las esencias de la religión para conducirla a la modernidad, adaptándose a los tiempos, porque esa evolución está en los mismos fundamentos (*salaf*) del Islam, la libre interpretación (*ijtihad*): cuestiones como la lucha contra los despotismos de los gobernantes, el compromiso militante contra los ocupantes extranjeros y la liberación de la mujer árabe-musulmana son centrales en los escritos de El-Afghani (siglo XIX), Mohamed Abduh (XIX y XX), Rachid Rida (comienzo del siglo XX) y Qasim Amin (s. XX), inspiradores del salafismo. A pesar de su influencia primera en los movimientos islamistas, desgraciadamente esta corriente todavía no ha terminado de producir sus efectos. Sus tendencias panislamistas y liberadoras en materia política, moral y económica, siempre más avanzadas, nunca han casado bien ni con las prácticas dominantes de Occidente, ni con sus apoyos en el Islam conservador.

En los años 20, Hassan al Banna y la organización que él mismo crea, los Hermanos Musulmanes, y Abdul Ala Mawdudi con la Jama'at-i-Islami paquistaní (1941), que define la política y el Estado islámico según los principios del poder fuerte de los doctores de la ley (*ulemas*), sumisión del pueblo y un sistema moral rígido, sientan las bases del islamismo en sentido estricto, en definitiva del islamismo político, desde su fundación a la actualidad, aunque en cada país presente particularidades diferentes. De hecho, la Hermandad Musulmana se extiende por todo el mundo árabe con diversos nombres. Veamos algunas características:

«El poder de la estructura social dominante, en una sociedad patriarcal y jerarquizada, hace que prevalezca la interpretación que trata a la mujer como un ser inferior, ignorando los derechos reconocidos en la esencia del Islam»

• Un Islam purificado y globalizante.

El Corán y la Sunna, sin modificaciones, se debe aplicar al pie de la letra. Es la Constitución oficial. El Islam, además de religión y Estado fusionados, rige toda la vida humana y social. Creen en su perfección y en la capacidad de realizarse plenamente como un conjunto total de normas y conductas.

• Un Islam militante.

Es solidario con el resto de la sociedad musulmana: el islamismo se concibe como un movimiento sociopolítico al mismo tiempo que una religión, que debe censurar a los gobiernos musulmanes y árabes corruptos, aunque se consideren los más islámicos, como Arabia Saudí, el Golfo y Marruecos, que están dilapidando las riquezas de la nación en su único beneficio, o de los colonizadores occidentales, mientras la comunidad musulmana vive en la pobreza. Ratifican la necesidad de construir un Estado islámico auténtico que aplique literalmente la *sharí'a* y comience la transformación islámica de la sociedad.

• Interés por la cuestión económica y social.

En una primera instancia, los Hermanos Musulmanes de Al-Banna aspiran a crear un Estado basado en la justicia social del *zakat* (limosna): según la ley islámica existe la obligación de ceder una parte de nuestra fortuna. Dios, único propietario de los bienes de la Tierra, quiere que cada persona disfrute de un mínimo vital. La propiedad privada es admitida, pero se destaca su función social. El movimiento crea redes de cooperativas, bancos islámicos locales. En 1952 forman parte de la base social que lleva al poder a Nasser en Egipto y desarrolla un programa económico que promete



> *«El islamismo se concibe como un movimiento sociopolítico, al mismo tiempo que una religión, que debe censurar a los gobiernos musulmanes y árabes corruptos que están dilapidando las riquezas de la nación en su único beneficio, o de los colonizadores occidentales, mientras la comunidad musulmana vive en la pobreza»*

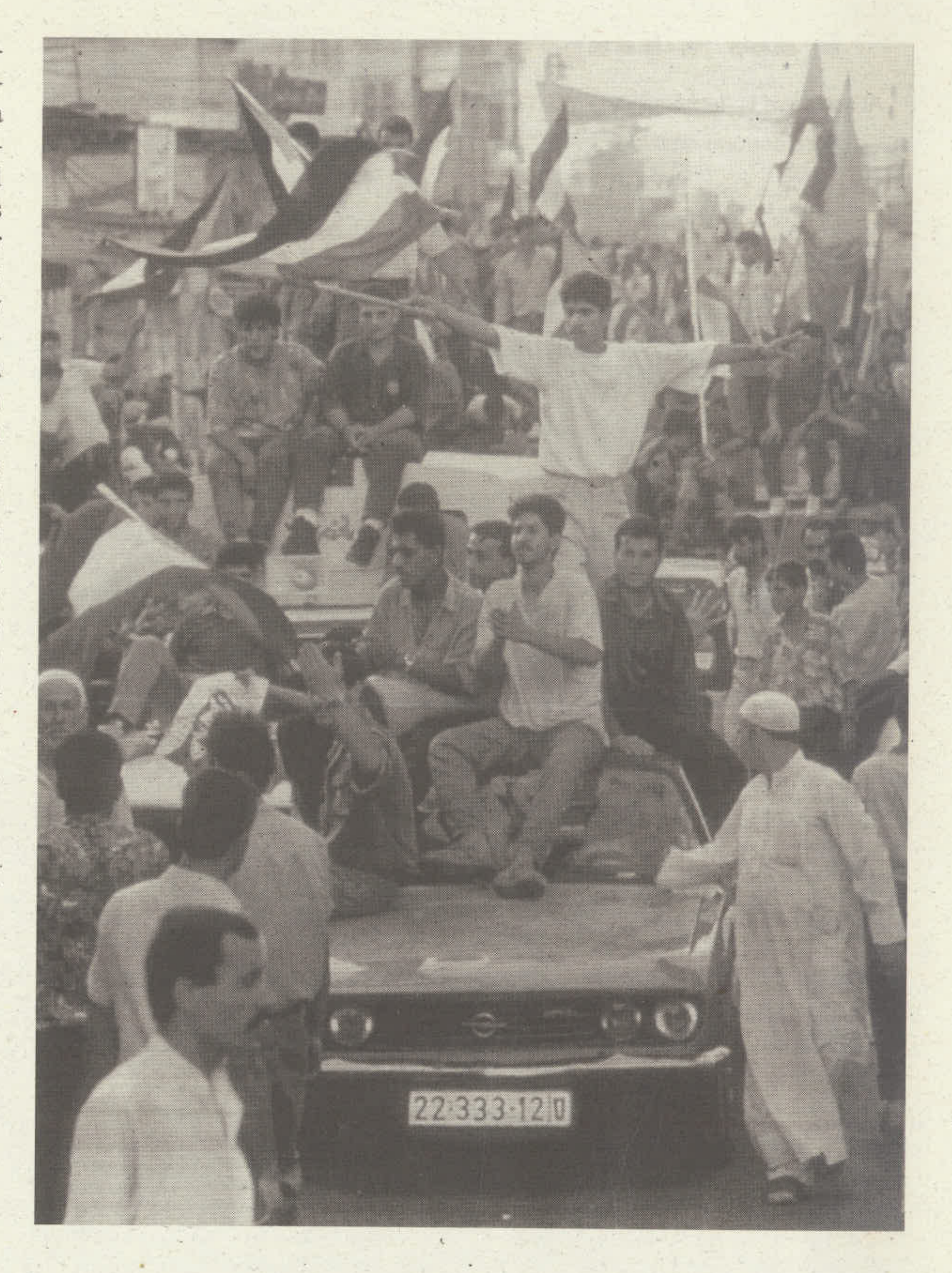
el trabajo para todos, la limitación de los latifundios agrarios y el estatuto de los arrendatarios para que la tierra pertenezca cada vez más a quienes la trabajan, leyes laborales que protejan a los trabajadores, abolición de privilegios, solidaridad con las personas más pobres. Sin embargo, el nuevo gobierno egipcio iniciará una represión despiadada de la Hermandad Musulmana y uno de sus líderes más sobresalientes, Sayyid Qotb, es ajusticiado en 1966. Precisamente Qotb, en sus libros «La justicia social en el Islam» y «El combate entre el Islam y el capitalismo» el teórico y hombre de acción preconiza el socialismo islámico, realizado en la idea de la solidaridad islámica, alejado de la lucha de clases, equidistante y enfrentado al capitalismo y comunismo por su materialismo. Las opiniones de Qotb dan lugar a los movimientos islamistas más radicales y politizados, que proponen el derrocamiento, por la fuerza si es necesario, de los gobiernos árabe-musulmanes corruptos y la lucha contra el colonialismo occidental, incluso con inspiraciones tercermundistas. Este islamismo radical aparece sobre todo cuando, a partir de los años 60, la orientación de los Hermanos Musulmanes dé un giro y vaya perdiendo su compromiso político-social. Quienes habían huido de Egipto por la represión nasserista recalan en Arabia Saudí y en los emiratos del Golfo. Su acción social desaparece paulatinamente, influida por la tradición esclerotizada del wahhabismo saudí, reafirmado por los ulemas cortesanos que exigen la obediencia ciega a los soberanos porque son depositarios de la voluntad divina.

La lectura de las enseñanzas de Qotb anima a los grupos revolucionarios islámicos desde los años 60. Igualmente, en esta línea de pensamiento, se puede inscribir el islamismo chiíta, aunque con sus particularismos y tendencias: el triunfo de la revolución iraní en 1979 indica el camino a seguir: la movilización de las masas islamistas —aunque no sólo ellas protagonicen el cambio— puede derrocar un régimen poderoso. No obstante, el nuevo Estado islámico (*velayát-e-faqíh*) instaurado en Irán acabará controlado por el clero shií (*mollahs*) encabezados por Jomeini, y la revolución será confiscada marginando las enseñanzas de Qotb o entre los shiíes de Ali Shariati.

• ¿Cómo instaurar la sociedad islámica?

La oposición entre los islamistas moderados y radicales recorre asimismo la historia islamista. Todos coinciden en conquistar el poder político, pero los grupos moderados prefieren la reislamización por la base con la predicación, la creación de movimientos socioculturales de apoyo a la población necesitada, la presión a los dirigentes para que instauren la islamización desde los estados. Sin embargo, los radicales buscan una ruptura política e introducen el concepto de revolución.

En el momento que el Islam político va perdiendo sus ideales de transformación política y social, acaba encerrado en sí mismo, en sus principios morales nada más. Casi todo el movimiento se desliza desde los años 60 hacia lo que se puede denominar como neoislamismo fundamentalista: el proyecto de cambio ideológico y social, la aspiración de mejoras económicas, deja lugar a un programa puritano y formalista de regeneración de las costumbres. Los estados han recuperado símbolos islámicos (se percibe la influencia de Arabia Saudí y el Golfo, que financian ampliamente esta reislamización), el estancamiento de la revolución iraní, el fracaso de los grupos revolucionarios..., todos estos hechos determinan el nuevo rumbo del islamismo. No renuncian a la toma del Estado, pero no para modificar las estructuras sociales y políticas injustas, sino para proceder sólo a un cambio retrógrado de las costumbres. Es el modelo del FIS argelino o de Hamas en Palestina. La reislamización se lleva a cabo mediante el regreso a la práctica de un islam individual pietista en la vida cotidiana y con la creación de espacios islamizados (bibliotecas, escuelas, clubs, redes, bancos islámicos), no aptos para la diversión libre (se cierran bares, cines, bailes, exigencias en los vestidos, alimentación, bebida...), asimilada a las costumbres occidentales, igualmente, la mezquita se convierte en el eje central de la vida social.



• El estatuto de la mujer

Es un elemento diferenciador entre los islamistas. La realidad social de la mujer árabe-musulmana actual se ha ido deteriorando progresivamente, dedicada exclusivamente a su papel de esposa y madre, subordinada al hombre. Muchos de los logros conseguidos en la etapa de la descolonización se pierden según se va desarrollando la reislamización conservadora. No obstante, en su origen, el Islam, como religión reformadora, elevó el papel de la mujer, para lo que se llevaba en aquellos tiempos y le reconoció derechos negados en las sociedades preislámicas y por supuesto en las sociedades cristiana: consentimiento de la mujer para el matrimonio (el hombre y la mujer son iguales ante Dios), derecho a la propiedad, la educación, el trabajo y la acción política. Siguiendo esas disposiciones favorables a la mujer (en el Islam militante de la Meca) los reformadores y las mujeres musulmanas que aceptan el hecho religioso, pero no el despotismo de los hombres, opinan que el Islam, aplicado a la sociedad moderna, es objeto de adaptación y abre el camino a la liberación de la mujer. No obstante, el texto también expresa la superioridad del hombre sobre la mujer, el papel diferente asignado a cada sexo en la sociedad, que discrimina y relega a la mujer musulmana. El poder de la estructura social dominante, de una sociedad patriarcal, jerarquizada, patrilineal, amparada por los juriconsultos musulmanes (desde la institucionalización del Islam en Medina) hacen que prevalezca la interpretación cerrada, opuesta a cualquier reforma, que trata a la mujer como un ser inferior, ignorando los derechos reconocidos en la esencia del Islam.

Las diferencias de los islamistas en torno a la mujer se aprecian en que el Islam político y radical es partidario de la educación de las mujeres, de su participación en la vida política y social: la mujer islamista estudia, vota, milita, pero siempre en *shador*, en espacios separados del hombre; lo que se rechaza es la mixticidad. A juicio del islamismo conservador, la mujer ya no tiene acceso a los espacios públicos, se intenta limitar su derecho al voto, se le persigue si no obedece las normas y casuísticas más estrictas de la ley islámica, le hace regresar a la casa y a la familia, la



vocación de la mujer —se dice— es el hogar, procrear, y su obligación es la educación de la familia, claustrofóbica e injusta, del regreso a un Islam que impide cualquier veleidad de evolución.

Sociología del islamismo

La crisis derivada de la inserción de las economías árabes en el capitalismo (privado o de Estado), el crecimiento demográfico y el éxodo rural, la privatización y libertad de mercado en la economía que provoca la pérdida de los derechos sociales y la hegemonía del sector privado han empobrecido a la sociedad, que «se ha abandonado al desempleo, a los alojamientos insalubres, a las barriadas de las afueras, a la inseguridad social, en fin, a la miseria. Esto ha provocado que aparezcan los movimientos islamistas que socorren a la gente, les da esperanzas, recuperando las redes solidarias que los estados tecnocráticos han destruido». El islamismo es el último refugio de sociedades desestructuradas por la modernización, que la población identifica con una sociedad de consumo a la occidental de la que sólo se aprovechan las élites privilegiadas y a la que la mayoría no puede acceder. Es una frustración permanente.

Los estados árabes han adoptado una actitud ambigua, entre la represión de los más radicales y la tolerancia para usarlos en la lucha contra los grupos de extrema izquierda laica. En Argelia, por ejemplo, fue el mismo Estado el que promovió la reislamización, construyendo mezquitas o adaptando nuevos códigos de familia más conservadores ante el miedo de quedar deslegitimado por el islamismo. Sin embargo, la falta de expresión política a través de las instituciones ha originado que los focos de irradiación de los movimientos islamistas sean las mezquitas, las escuelas y las universidades, únicos reductos para la libertad de expresión.

Los cuadros islamistas no tienen nada que ver con el regreso a un medievalismo oscurantista. Su prototipo es un ingeniero de cuarenta a cincuenta años, o profesor, cuya familia se ha urbanizado, graduado en escuelas gubernamentales y, los más pudientes, en universidades extranjeras, preferentemente norteamericanas. Proceden de los medios urbanos e intelectuales. Es un grupo surgido de los sectores modernizadores de la sociedad. El islamismo, más que una reacción contra la modernización, es consecuencia de una modernización escasamente justa e igualitaria, individualista, decadente, materialista, derrochadora. En los años 70 nace una nueva generación de islamistas, las masas de jóvenes, un 60 por 100 de la población árabe, desarraigadas por la transformación de la sociedad, el abandono de las comunidades rurales, la industrialización y urbanización irracionales, en definitiva, los *mostazafin* salidos del fracaso de los modelos de desarrollo económico aplicados tras la independencia y provocado aún más por la integración dependiente de sus economías en el mercado económico internacional.

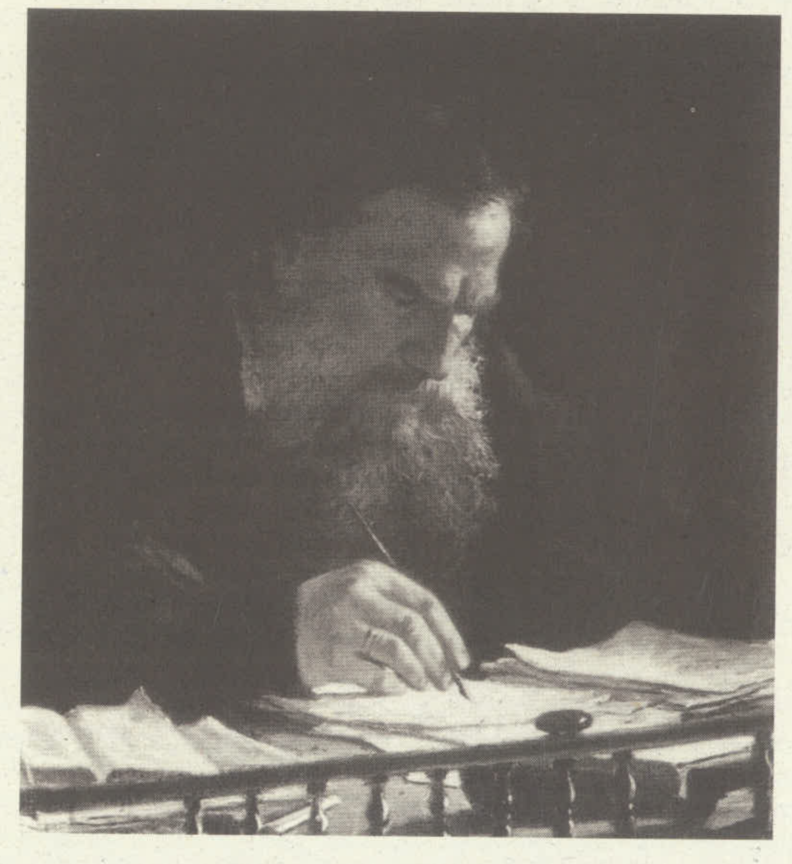
Pero los movimientos islamistas actuales no promueven una transformación económica. Lo hemos dicho, abandonaron sus ideales de cambio social y político para priorizar la moral rigurosa. Son partidarios del libre mercado, del desarrollo industrial acelerado, no plantean ruptura con Occidente, del que por otra parte dependen para vender sus productos. Por tanto, en el fondo, no van a solucionar las aspiraciones de justicia social de su población. Y otra esperanza frustrada, que originará nuevos estallidos sociales. Y quizá otro renacimiento en el que el Islam redescubra todas sus dimensiones originales y liberadoras.

La única manera de frenar la reislamización conservadora es eliminar las causas por las que renace: el subdesarrollo, el monopolio de la interpretación de los textos por parte de las élites políticas y religiosas, la aplicación de políticas de dominio neocolonial que frenan la democratización del mundo árabe-musulmán. Sólo en este sentido las sociedades árabe-musulmanas asumirán su propio destino.

El anarquismo pacifista de León Tolstoi

FRANCISCO MARTÍN RUIZ *

«¿ES POSIBLE QUE LA DIVULGACIÓN DE UNA ASOCIACIÓN RAZONADA, EGOÍSTA, DE LOS HOMBRES, QUE LLAMAN CIVILIZACIÓN, DESTRUYA Y CONTRADIGA LA NECESIDAD INSTINTIVA DE UNIRSE POR MEDIO DEL AMOR?»



No hace mucho, la revista francesa «Alternatives Non Violentes» dedicaba un número integro a la filosofía pacifista de León Tolstoi. En él, el editor se lamentaba de que fuera hoy imposible encontrar en las librerías francesas las obras no narrativas del genial escritor ruso.

Mucho más podríamos lamentar en el ámbito de la lengua castellana cuando los ensayos de Tolstoi más ambiciosos jamás han sido traducidos en nuestra época, excepto que a Gonzalo Arias le debemos la inclusión fragmentaria de «El reino de los cielos está dentro de ti» hace veinte años en su libro *La no violencia, arma política*. Algunos restos del «tolstoísmo» (pues así se llamó en su tiempo) pueden hallarse aún rebuscando en las bibliotecas: frágiles cuadernillos de casi un siglo de edad, traducidos y editados en España en vida del maestro. ¿Hubo «tolstoianos» españoles, como los hubo ingleses, franceses y, sobre todo, rusos?

En cualquier caso, hoy ya no existen en ninguna parte del mundo. Para los optimistas (los responsables de «Alternatives Non Violentes», por ejemplo), el tolstoísmo quedó completado y enriquecido por la obra de Gandhi y sobrevive, pues, en los colectivos pacifistas y no violentos actuales. Para los críticos, que abundan entre los estudiosos que siguen interesándose por la trayectoria ideológica y vital del novelista, el tolstoísmo fue poco menos que una fiebre senil que arruinó sus últimos treinta años creativos. Para los historiadores del anarquismo, como George Woodcock, Tolstoi está en la línea de los más genuinos representantes del anarquismo pacifista o cristiano, línea que parte de los comienzos mismos del pensamiento anarquista, con el puritanismo individualista y pacifista de los «diggers» y los «quakers».

Si esta última opinión es acertada, es posible que pueda surgir en el futuro un nuevo punto en esta línea que se traza en cierto modo de forma independiente al desarrollo histórico.

Emile Zola y León Trotski, en su tiempo, rechazaron precisamente el planteamiento básico del tolstoísmo por ser «indiferente a la Historia» y, en efecto, no hay continuidad entre los puritanos radicales ingleses del siglo XVII, los «socialistas cristianos» norteamericanos de principios del siglo XIX, como Ballou y Garrison, y la obra de Tolstoi.

Tampoco parece que Gandhi fuera sucesor de Tolstoi, sino que la inmensa popularidad de éste durante la



juventud de Gandhi en Gran Bretaña le impulsó a un pacifismo radical a partir de otros presupuestos filosóficos y con miras a otros fines.

¿En qué consistió el tolstoísmo?

Aunque Tolstoi rechazó ser llamado «anarquista» y presentó su filosofía como un pensamiento religioso, la realidad de sus palabras nos muestra un racionalista, enemigo de toda «superstición», que desprecia tanto el ordenamiento religioso como cualquier manifestación externa de lo sobrenatural. Para Tolstoi, Dios es el amor que reside en el interior de cada conciencia individual, el Evangelio no es un texto sagrado, sino una guía moral que ha de ser sometida a la prueba de la razón y la propia conciencia, y el cristianismo es un mensaje universal para la humanidad que contiene todas las soluciones a sus problemas existenciales, individuales y colectivos.

El simplismo de esta filosofía cumple los requisitos de cualquier ética con vocación universal. También este simplismo es el que le proporciona su capacidad de ser una y otra vez recreado, al margen de la continuidad histórica, hasta el punto de existir ya en el mensaje coloquial, como ideal básico de un comportamiento universal no-violento, ¿quién sabe hoy que la expresión «anarquismo cristiano» se origina a partir del toltoísmo?

Cabe también preguntarse por qué, siendo una idea tan simple, no existe hoy, entre miles de asociaciones, movimientos y sectas, ni uno sólo que tome en cuenta la obra de uno de los escritores más célebres de todos los tiempos.

La profundidad y trascendencia de esta simplicidad ya se revelaron muy exigentes en una época, el siglo pasado, de complicados racionalismos científicos que olvidaban el necesario carácter subjetivo de todo compromiso individual.

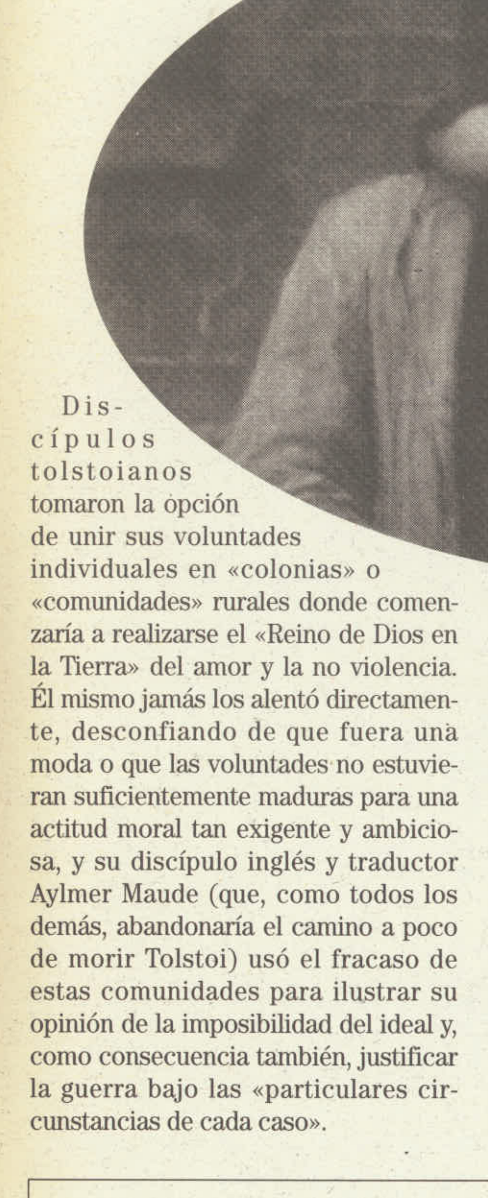
Tolstoi comprende al cristianismo como un pensamiento no normativo en un sentido jurídico. La doctrina es apenas sugerida por el mensaje evangélico y se reduce a la idea del amor. Qué sea el amor para cada uno y cuál es el comportamiento comunitario que nos exige sólo lo podemos saber haciendo uso de nuestra conciencia y razón. Se trata, como él lo llama, de un «mandato interno» que no puede ser sancionado por ninguna institución social. La primera consecuencia, por tanto, es la libertad y la no violencia. Libertad para creer y que los otros crean (ninguna fe puede ser impuesta) y no violencia como característica fundamental del amor al semejante.

Tolstoi se preocupa primero de los mandatos de la razón puramente negativos: rechazo de todo compromiso social que nos lleve a contradecir nuestra voluntad de amor. Aquí viene no sólo la objeción de conciencia al servicio militar, sino la objeción a todas las ideas sociales que mediatizan el valor de la persona, como las religiones institucionalizadas, los nacionalismos, la propiedad privada.

En cuanto a los mandatos racionales positivos, éstos se limitan igualmente a todo lo que pueda concernir a la voluntad individual. En consecuencia, no propuso participación a través de las instituciones, ya existentes o a ser creadas, sino una actitud personal de servicio al bien.

El reproche que el teórico actual de la no violencia Jean Marie Müller hace a Tolstoi consiste precisamente en no haber indicado caminos a la acción colectiva no violenta, como Gandhi haría más tarde.

Sin embargo, esto no puede ser un simple «olvido». Tolstoi vivió una época de compromiso social por la justicia y, aunque alentó a Gandhi en sus acciones, jamás promovió actitudes parecidas en la convulsionada situación social y política de la Rusia de su época, ya que jamás creyó en los mecanismos sociales, pues, como su predecesor norteamericano Ballou había dicho, «naciones y estados no tienen alma ni conciencia».



Discípulos tolstoianos tomaron la opción de unir sus voluntades individuales en «colonias» o «comunidades» rurales donde comenzaría a realizarse el «Reino de Dios en la Tierra» del amor y la no violencia. Él mismo jamás los alentó directamente, desconfiando de que fuera una moda o que las voluntades no estuvieran suficientemente maduras para una actitud moral tan exigente y ambiciosa, y su discípulo inglés y traductor Aylmer Maude (que, como todos los demás, abandonaría el camino a poco de morir Tolstoi) usó el fracaso de estas comunidades para ilustrar su opinión de la imposibilidad del ideal y, como consecuencia también, justificar la guerra bajo las «particulares circunstancias de cada caso».

Hoy debería quedarnos de León Tolstoi la inmensa pregunta que leemos en su relato «Lucerna»: ¿Es posible que la divulgación de una asociación razonada, egoista, de los hombres, que llaman civilización, destruya y contradiga la necesidad instintiva de unirse por medio del amor?

Tolstoi denuncia la falsedad de la razón «objetiva» de su tiempo y abriga la esperanza de que las «supersticiones científicas» que se alejan de la persona misma, enmarcándola en «sobrehumanas» instituciones sociales, desaparezcan por el valor de la propia conciencia. Esta conciencia individual de fe en el amor ha de construir, persona a persona, una alternativa comunitaria (hoy diríamos una cultura) que responda a la profecía evangélica de amor y paz universales.

Aunque este pensamiento no ha dejado herederos directos, sin embargo, y sirva de ejemplo de su coherencia lógica, todavía inspiraría en 1954 al sociólogo de Harvard Pitirim Sorokin para proponer en su obra «El poder y los caminos del amor» un cambio cultural por medio de un proceso consciente de reforma moral en un sentido «tolstoiano» con trascendencias comunitarias.

* (Centro de Información sobre Anarquismo Pacifista)

Centro de Información sobre Anarquismo Pacifista

Este Centro alberga la modesta expectativa de servir de punto de referencia para personas o grupos que tengan interés en profundizar y trabajar en cualquier aspecto de esta realidad ideológica conocida como anarquismo pacifista.

Consideramos aquí como anarquismo pacifista a una visión de la convivencia humana que estime deseable y posible el desarrollo de un modelo cultural que descarte la necesidad de la violencia social, y que, en consecuencia, se plantee la profunda reforma y aun la desaparición de aquellas instituciones y valores sociales que puedan ser incompatibles con una alternativa no violenta.

El Centro de Información sobre Anarquismo Pacifista posee ya una cierta cantidad de datos disponibles, pero es también su propósito aceptar colaboraciones con miras a perfeccionar la expresión lógica de un ideal que admite diversas lecturas.

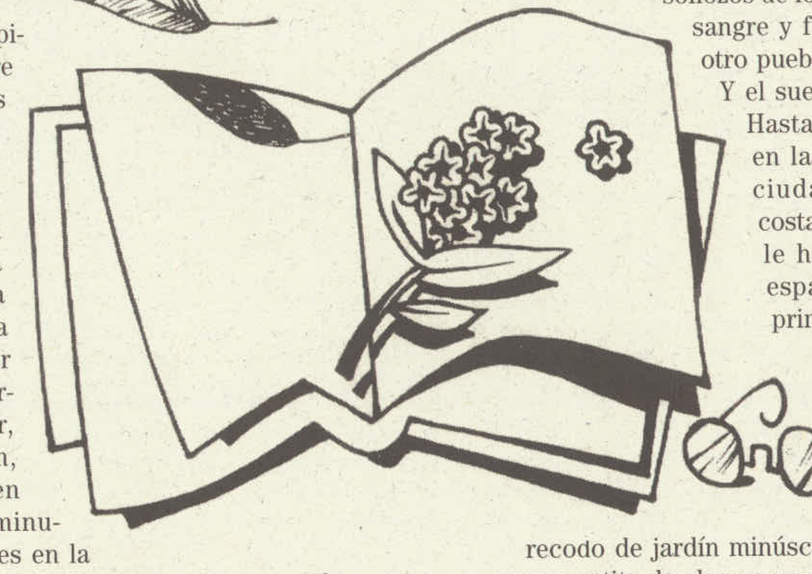
Asimismo, es su objetivo contribuir a la puesta en marcha de procesos de investigación, debate y asociación que puedan plasmarse en el futuro en la aparición de publicaciones periódicas y otros instrumentos de trabajo e intercambio.

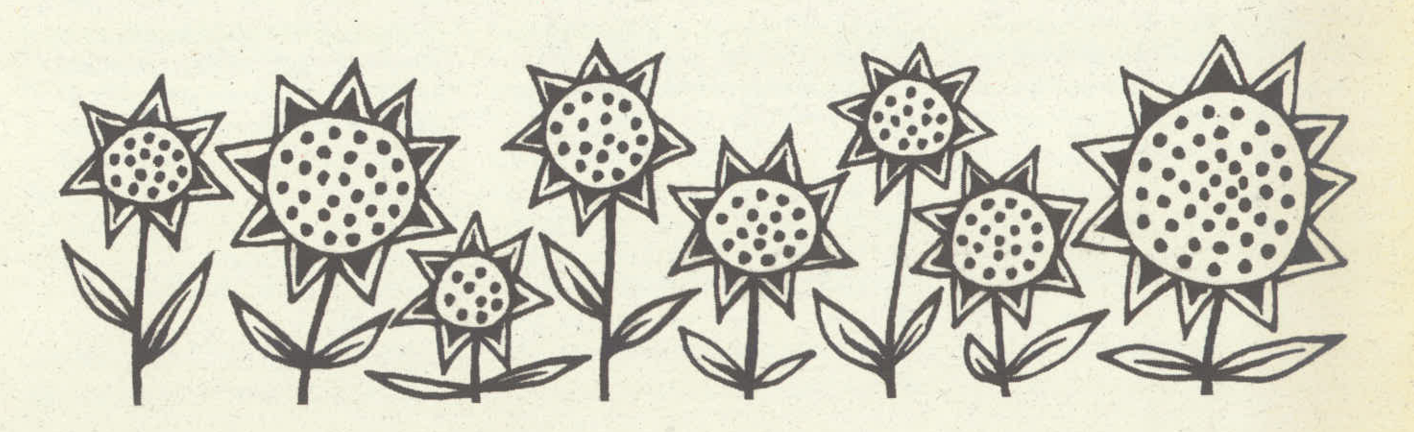
Centro de Información
sobre Anarquismo Pacifista
Apartado 503
29080 Málaga

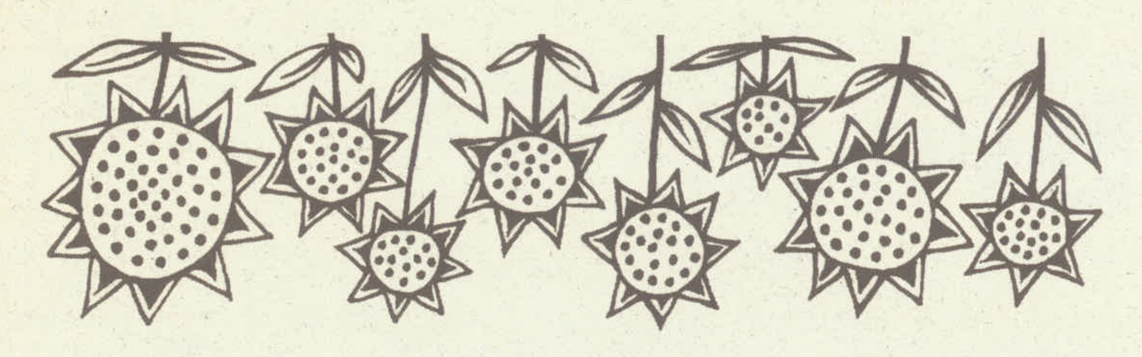
el jardín de **Flórez**

Reny Poch

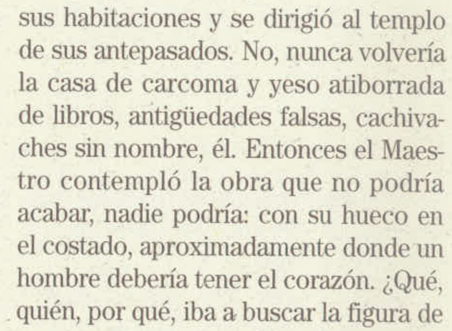
El mandarín salió al jardín y degolló la hortensia. En la bocana, el camarero Flórez asomó por la borda un saco de mierda, y tras comprobar que no le miraban ni Dios ni las gaviotas, le dio el adiós postrero a las mondas infinitas de la cebolla. Entonces apagó la luz y desde el borde de la cama contempló los campos por la ventana rota. Tras comprobar que las cerillas estaban empapadas como sus medias, estalló la guerra. El Maestro, al fondo del estudio que media luz iluminaba y otra media ensombrecía, volvió a su paciente estallido de fragmentos que le aguardaba sobre la mesa. Roto ese cristal, no hay quien lo arregle. Por eso degolló la hortensia. Una vez más, la imposible osadía de la pureza hecha ser. Pero nadie, no, ellos nunca la tendrían. Habían irrumpido en el país a sangre y fuego, amparados en las sombras y las lluvias. Ahora sólo quedaba huir, sin un fósforo siquiera con que alumbrar la pena, la soledad, la derrota. Volver a casa, ¿pero por dónde? Y sin embargo debió de haber, una vez, un orden, uno y sólo aquél en que las piezas, diminutas, resplandecientes en la media luz y en la otra media oscuras, formaran algo, eso, quién sabe, el Maestro, si le daban tiempo. Desistió de prender aquel último cigarrillo, el cuarto ya. Él no vendría a despedirla al malecón, a pedirle perdón al malecón, a arruinar el sueño y salvar lo otro, horas por venir, retazos, vida. Bum, echaron a volar esquirlas de metralla entre restos de argamasa que ignorados abuelos colocaron, que novios anónimos miraron, que contemplaron paseos de luto y escuela y boda camino de la plaza que ahora también bum. La cama se hundió de golpe en el centro de la medianoche. Él no vendría a despedirse y la cena se servía a las diez en el primer puente. Estaba empapada, la sopa de cebolla olía bien y cientos de manos se lanzaban al océano. Alguien debía de tener a la vista los planos, en alguna parte, alguien debía de ver qué figura formaban todos entre las olas y la luna, alguien debió decir la palabra ¡fuego! De pronto dos manchas verdes se reconocieron en el océano de loza antiquísima y frágil, y una hoja tomó forma entre los dedos del Maestro. Y después de todo para qué, por quién, en qué bando. Los papagayos lloraron en silencio el esplendor del tallo truncado, el ruiseñor murió al día siguiente entre entusiásticos sollozos de los doce poetas de la corte. A sangre y fuego arrasaron un pueblo, otro pueblo, ciudades, campos. Bum. Y el suelo se hundió bajo la cama. Hasta que el malecón se perdió en la lejanía, y las luces de las ciudades y los pueblos de la costa, donde el primer verano él le había frotado aceite en la espalda, donde cambiaron los primeros cromos del yo fui quizás seremos bajo una palmera. Y entonces de la otra esquina de la mesa surgió una llamada llamarada de blanco purísimo, y un recodo de jardín minúsculo de porcelana respondió con su gotita de charca y su astilla de puente en el centro, bajo la lámpara apagada, aún. Aún no había llegado la noche profunda, y los fuegos eran visibles desde las murallas. El suelo se hundió sobre la cocina y la cocina sobre sí misma, y tactos inusuales en la oscuridad, vértigo y de un momento a otro sería, crak, tendría que ser, cayendo, cayendo. Y empezar de nuevo en otro país,



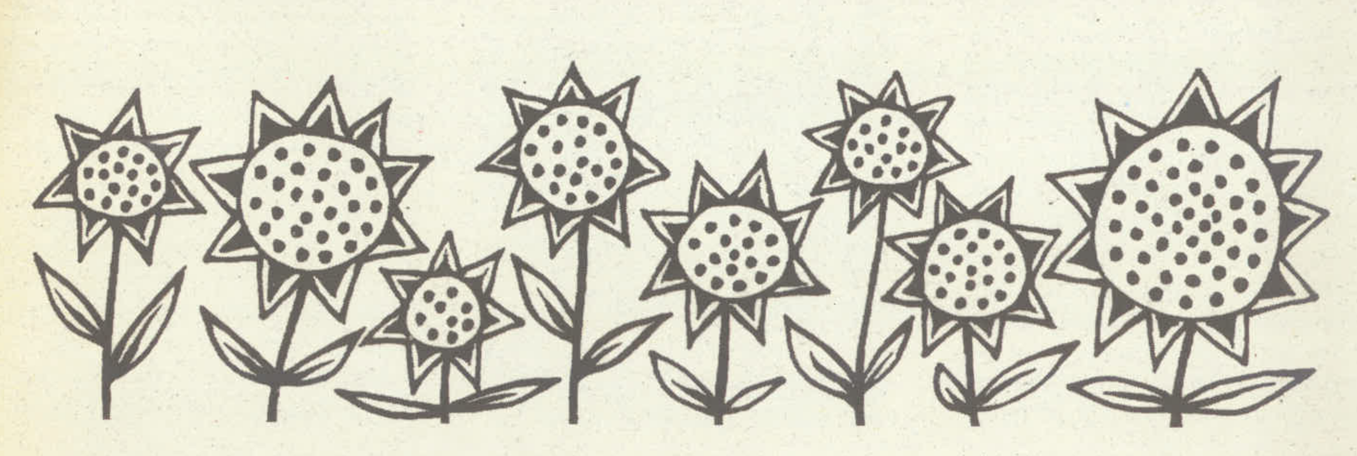




extranjeros los dos, pero dos, extranjeros en todos, pero no: él no había ido al malecón. La nobleza no llora en público, nadie vio al mandarín en las semanas siguientes. Las tropas amenazaban ya los suburbios, pero no salió de casa ¿Para dónde? Empezar de nuevo en otro lugar, escapar un poco, un poco más, de la barbarie. Levantar aún más los muros del Jardín, por un instante. Entre el sollozo entusiasta de doce poetas caía muerto el ruiseñor junto a una ¿junto a una ...? Y un jardín, y un puente, y un papagayo, el vértigo de destellos se multiplicaba en torno al jarrón. Chispas en el aire reconoció el tacto de la lana antes que la enredara su remolino de tentáculo continuo en las piernas debía de estar cayendo cabeza abajo entre los restos del tejado. Y un papagayo lloroso y una figura de varón de espaldas giraban y giraban en torno al jarrón. Presentidas en la oscuridad las vigas, todo se hundía bajo él, junto a él, entre él, pavesas noche abajo. Pero no, se quedó, harto de huir, dijo, no, no hasta que pudiera ofrecerle bum, los primeros cañonazos en la carretera del puerto, el embarque, la multitud apiñada en las verjas, los privilegios, diplomáticos, periodistas, la sopa de cebolla con cabecitas flotando, con manos alzadas, aún, en su estela, y las gaviotas no lloraban, sobre el puerto, sobre el humo, sobre las playas de la costa y las palmeras que no verían el verano siguiente. Se oyó un crak de porcelana, el jarrón, o acaso un golpe seco en ah era en mí se acabó. El último fragmento encajó, quedaba un hueco. Entonces el mandarín de brillante luto salió de sus habitaciones y se dirigió al templo de sus antepasados. No, nunca volvería la casa de carcoma y yeso atiborrada de libros, antigüedades falsas, cachivaches sin nombre, él. Entonces el Maestro contempló la obra que no podría acabar, nadie podría: con su hueco en el costado, aproximadamente donde un hombre debería tener el corazón. ¿Qué, quién, por qué, iba a buscar la figura de espaldas con esa hoz en la mano? Depositaron sus cenizas según el rito en el jarrón más preciado de su colección, en un rincón del Jardín, cuando ya las alabardas hacían astillas las cuadernas del portalón: máscaras de bronce ensangrentadas. La ciudad ardía, ¿qué importaba? En el jarrón más preciado, la hoz de oro en su mano. No, jamás conseguirían la pureza absoluta de una flor que nadie vio, ni tocó, ni pudo oler sobre las vallas inescrutables del Jardín. No, no hasta que pudiera, hasta que fuera posible ofrecer de una vez algo completo, perfecto. Pero entretanto la barbarie hizo volar en pedazos la historia. El Maestro, sonriente, se acostó y ya nunca se levantó. Había sido el mejor restaurador del mundo, pero ni siquiera él pudo.



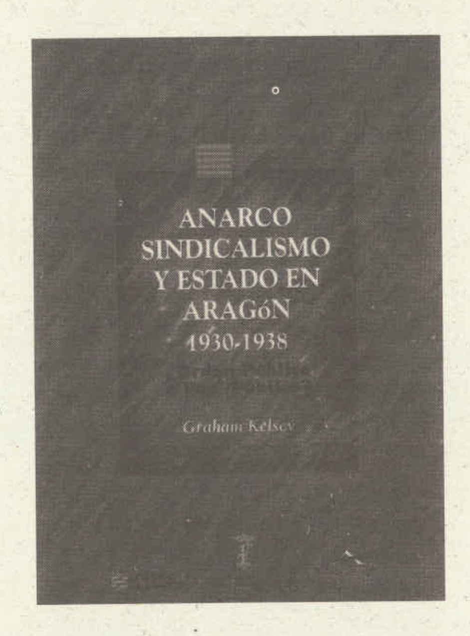




libros: algunas reseñas

Anarcosindicalismo y Estado en Aragón. G. Kelsey. FSS Ediciones. Madrid. Dic. 1994.

En el presente libro, el autor analiza la trayectoria y actuación de la Confederación General del Trabajo (CNT), las más significativa de las dos organizaciones sindicales existentes en la España de los primeros cuarenta años del siglo veinte, dentro del espectro socio-económico y político de la región de Aragón durante el período de la Segunda República. Este estudio, iniciado ahora hace casi veinte años, tiene su origen en la convicción del autor de que no se había investigado muy a fondo la vida y papel de la clase obrera organizada en España en aquellos años, y que la verdadera esencia de lo que había sido la CNT, en particular, quedaba todavía por descubrir. A su juicio, la mejor manera de hacerlo era investigar la vida de esta organización en una región que se podía calificar de segundo orden desde el punto de vista de su papel en la vida nacional, pero donde la clase obrera organizada había jugado un papel importante durante el período de la Segunda República, y donde la CNT había intervenido de manera destacada no solamente en los años de paz republicana, sino también después de la rebelión militar franquista que hundió al régimen republicano. El tratarse de un estudio regional y, además, de una zona alejada de los grandes centros de la vida política y económica del país ha permitido al autor, por un lado, penetrar en los entresijos del tinglado institucional del régimen para exponer de forma



más clara y precisa lo que fue la realidad de la calle de aquel período, y, por otro, lo que fue el anarcosindicalismo español más allá de la organización catalana, y sobre todo barcelonesa, tan dominante en la historiografía cenetista.

A su juicio, la investigación realizada rebate de manera decisiva tres conceptos que siempre han sido aceptados sin mucha discusión.

En primer lugar que, a pesar de que los políticos republicanos identificados con el régimen hicieron todo lo que pudieron, la República estaba condenada desde su aparición: asfixiada por los poderes tradicionales del país, la iglesia, el ejército y los grandes propietarios, y la presión de las reivindicaciones exageradas de una clase obrera radicalizada. El autor demuestra cómo, de hecho, los republicanos, que tenían que construir una fuerza de adhesión popular para contrapesar los tradicionales poderes reaccionarios del país, no hicieron más que atacar y reprimir a su base popular, destruyendo así su propia razón de ser.

En segundo lugar, que la organización anarcosindicalista, que lideró y encarnó la oposición popular, cayó bajo la tutela de una minoría extremista, identificada corrientemente con una pequeña organización anarquista, la FAI, a la que únicamente le interesaba hacer la revolución y, consiguientemente, atacar y minar la República. A lo largo del texto queda bien claro que fue el régimen republicano el que al empezar, casi desde sus inicios, a atacar a elementos de la clase organizada, sobre todo de la CNT, forzó la radicalización, no sólo de esta central sindical, sino también, eventualmente, de gran parte de una UGT mucho más reformista.

Finalmente, que el sistema colectivista establecido en Aragón fue hecho por grupos incontrolados venidos de fuera, esencialmente de Cataluña, que actuaron contra la voluntad de los campesinos aragoneses. La verdad fue, como bien consta en el estudio, que la sociedad libertaria creada en Aragón fue obra de los propios aragoneses y que su rápida extensión correspondió al gran auge experimentado por la CNT en la región a partir de la primavera de 1936.

Aupados al poder por un fuerte impulso popular que reivindicaba la creación de una sociedad más justa y equitativa, los republicanos se mostraron incapaces de satisfacer tal expectativa. Pero, además, temerosos siquiera de intentarlo y, frente

al descontento provocado por este incumplimiento, recurrieron al arma tradicional de los gobiernos incapaces e inadecuados, el uso sistemático de la represión, como se demuestra en el estudio. Esta represión fue dirigida, sobre todo, contra la CNT, y cuanto más duramente actuó el gobierno tanto más radicalizada se volvió la organización anarcosindicalista. Cuando, finalmente, el régimen republicano se hundió debido a su propia incapacidad, fue la CNT en Aragón la que se responsabilizó de conseguir lo que los republicanos habían prometido, pero nunca intentaron realizar, una sociedad libre, justa y esperanzada. Frente al orden público, lema de los gobiernos del régimen republicano, se creó en Aragón la paz pública de una nueva sociedad libertaria y liberadora.

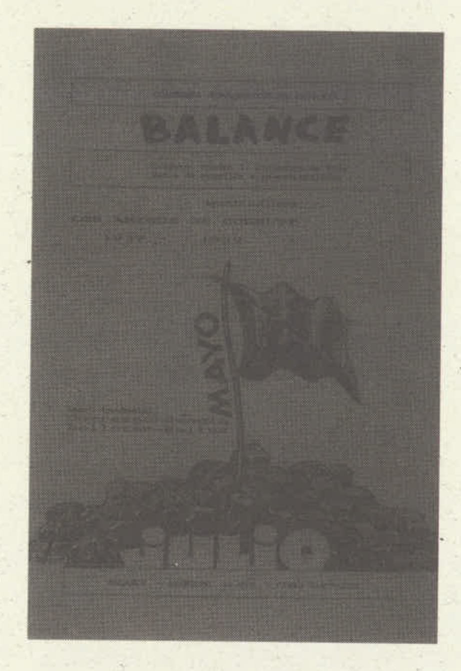
Anarcosindicalismo y Estado en Aragón. 560 págs. 3.200 pts. Pedidos a Fundación Salvador Seguí. Apdo. 60.044 -28044 Madrid

••••••••••••••••••

Los amigos de Durruti. (1937-39). A. Guillamón. Balance. Cuadernos monográficos de Historia, nº 3. Barcelona. Dic. 1994.

A. Guillamón, autor del presente trabajo, nos ofrece un importante elenco documental, en gran parte inédito o escasamente conocido sobre «los amigos de Durruti», contextualizado dentro del momento histórico de su origen y actividad, entre los meses de julio del 36 y mayo del 37. La agrupación de «los amigos de Durruti» ha venido siendo desde su origen hasta nuestros días objeto de polémica, tanto entre sus contemporáneos como por los estudiosos e investigadores que se han ocupado de este tema. Su actuación estuvo en el punto de mira tanto de los dirigentes comunistas y catalanistas como de los propios líderes anarquistas, que vieron en sus análisis y proclamas un peligro bien para el necesario control y orden social republicano, según aquellos, o un peligro para el futuro del proceso revolucionario impulsado por éstos.

El autor pretende responder a la cuestión «¿incontrolados o revolucionarios?» desde la óptica de la indudable influencia trostkista o «poumista» que tuvo la Agrupación, desvelando la maquinación represiva que desde la Generalitat, con la colaboración de comunistas y catalanistas, se fue tejiendo contra la CNT y el POUM.



El conjunto documental que recoge este estudio supone un aporte importante para el tratamiento de «los Hechos de Mayo» de 1937, episodio singular —para muchos transcendental— para el curso de los acontecimientos en la guerra civil española.

Balance nº 3. 100 págs. 1.000 pts. Pedidos a A. Guillamón. Apdo. 22.010. 08080-Barcelona

FSS EDICIONES

LA OPOSICION LIBERTARIA AL REGIMEN DE FRANCO 1936-1975

La oposición libertaria al Régimen de Franco. (1939-1975). (Memoria de las III Jornadas Internacionales de Debate libertario). VV.AA. FSS Ediciones. Madrid. Diciembre 1993

A raíz del 50º Aniversario del final de la Guerra Civil, han visto la luz en nuestro país numerosos trabajos sobre la oposición al franquismo. Pero en muchos de ellos, como siguiendo la consigna oficial del «necesario olvido de los acontecimientos que dieron lugar a las dos Españas», el tratamiento de esta oposición sólo incluía a los que hicieron posible después la transición política. Esta actitud ha permitido que en muchos de esos trabajos el papel de los libertarios quedara desdibujado, cuando no marginado. Conscientes de este hecho, los promotores de las jornadas cuya Memoria se presenta ahora asumieron el compromiso de abordar de lleno el papel de los libertarios en la oposición al franquismo. Para ello, hicieron converger en ellas a investigadores y actores de los hechos que se analizan, permitiendo así un contraste enriquecedor.

El libro presenta, en cerca de mil páginas, las ponencias y testimonios de más de veinticinco investigadores y militantes libertarios, distribuidos en cinco grandes temas: 1. El movimiento libertario en el interior de España; 2. El movimiento libertario en el exilio; 3. La represión del régimen de Franco sobre el movimiento libertario; 4. La reconstrucción de la CNT, y 5. Fuentes y testimonios orales para la historia de este período. Completan el volumen varias cronologías, cuadros estructurales de los Comités Nacionales de la Confederación Nacional del Trabajo, tanto en el interior como en el exilio, y unos repertorios bibliográficos que en forma de apéndices conforman un trabajo que constituye una valiosa aportación para el tratamiento del tema.

La oposición libertaria al régimen de Franco. 924 págs. 6.500 pts. (20% descuento). Pedidos a FSS Ediciones. Apdo. 60.044. 28080 Madrid

Manual de historia social del trabajo. Mikel Aizpuru y Antonio Rivera. Siglo XXI Editores.

La creciente complejidad de los acontecimientos históricos, condicionados por múltiples factores mutuamente interrelacionados, hace de la historia una disciplina compleja, en la que, además de narrar lo acontecido, se trata de averiguar las causas que concurrieron para que ello fuera así y no de otra forma. Pudiera ocurrir también que sea la ciencia histórica, en su multiplicidad de escuelas e interpretaciones y en su inacabado girar sobre sí misma, la que alimente esa complejidad en lugar de alumbrarla. Lo cierto es que la narración de cualquier hecho histórico realizada por uno de sus «ingenuos» protagonistas tendrá poco que ver con lo que los libros de historia cuenten sobre él. ¡Y encima, puede ser que sean éstos los que tengan la razón!

El libro de Antonio Rivera y Mikel Aizpuru tiene la virtud de presentar esa complejidad de forma asequible: un esquema claro sin encorsetamientos y una facilidad expositiva envidiable hacen que el lector vaya entrando agradablemente en el complicado mundo de los acontecimientos históricos y de la propia historia como ciencia.

El conocimiento de la historia social es fuente ineludible de enseñanzas para los que se plantean una postura activa frente a la realidad que les toca vivir. Si además, como en el caso que nos ocupa, el texto es metodológicamente impecable, el provecho es doble, porque además de conocimientos sobre los hechos pasados nos dota de elementos de análisis para encarar nuestra propia realidad.

Una segunda reflexión que la lectura del libro suscita gira sobre el peso que en el acontecer histórico tiene la voluntad de sus protagonistas. En el intrincado flujo de múltiples influencias parece que la voluntad humana por lo menos se difumina e, incluso, en esa cadena de reacciones intercomunicadas, puede producir efectos exactamente contrarios a los perseguidos.



¿Fue, por ejemplo, el radicalismo anarcosindicalista el que propició la insurrección militar del 36 y la subsiguiente tragedia del movimiento obrero? o, por el contrario, ¿fue ésta facilitada por la moderación y las vacilaciones de otros sectores republicanos y obreros? Interpretaciones habrá para todos los gustos, y el estudio de la historia se convierte así en una continuación del permanente debate entre las distintas tendencias político sociales.

Frente a esa concepción de la historia como interpretación de los hechos no exenta de subjetividad y partidismo, se levanta el academicismo de la historia como ciencia objetiva y neutra, casi por encima del bien y del mal.

Ciertamente, la búsqueda de la objetividad es una virtud incuestionable, pero su riesgo es el de acabar por ser rehén de sí misma. La objetividad convertida en obsesión difícilmente escapará al sociologismo y al mecanismo en los que la voluntad de los protagonistas de la historia no se reduzca a efectos de factores subyacentes. En los tiempos que corren, malos para la libertad, los excesos de objetivismo histórico pueden acabar de desterrarle, dado que el método histórico no es ajeno a aquel con que nos enfrentamos al porvenir.

El «Manual de historia social del trabajo» está pensado para servir de libro de texto, con lo que se decanta por la preocupación por alcanzar grados de objetividad, evitando, sobre todo, el caer en partidismos. Es un libro conveniente para la mayoría, especialmente para los que acostumbramos a acercarnos a la historia con nada más que apasionamiento, los que adolecemos de carencias de elementos y método analítico y tendemos a una excesiva simplificación.

En última instancia, nuestras ideas no las podemos defender más que en el mundo que nos ha tocado vivir, y cantar a la libertad no es suficiente, es necesario ejercerla en el marco complejo en que nos movemos. Cuestionar nuestras opciones, desde la historia y desde el presente, es la mejor forma de defenderlas y reafirmarlas.

Poesías

BORO PUCHADES

(Del libro inédito
«Oasis el Desierto y otros poemas incivilizados».)

Yo tuve
desollándome el piélago de la vida
una angosta desazón sin reposo
una ardiente túnica de arena.
Tuve cálices entre los céspedes
brillando bajo el sol de mi locura.
Tuve tenaz
la exageración y la inconstancia
Y ya no pude apartarme de la soledad.
Y me escondí con las palabras
para invocar la muerte.
Con tres lenguas de plata
sin voz
y dormidas

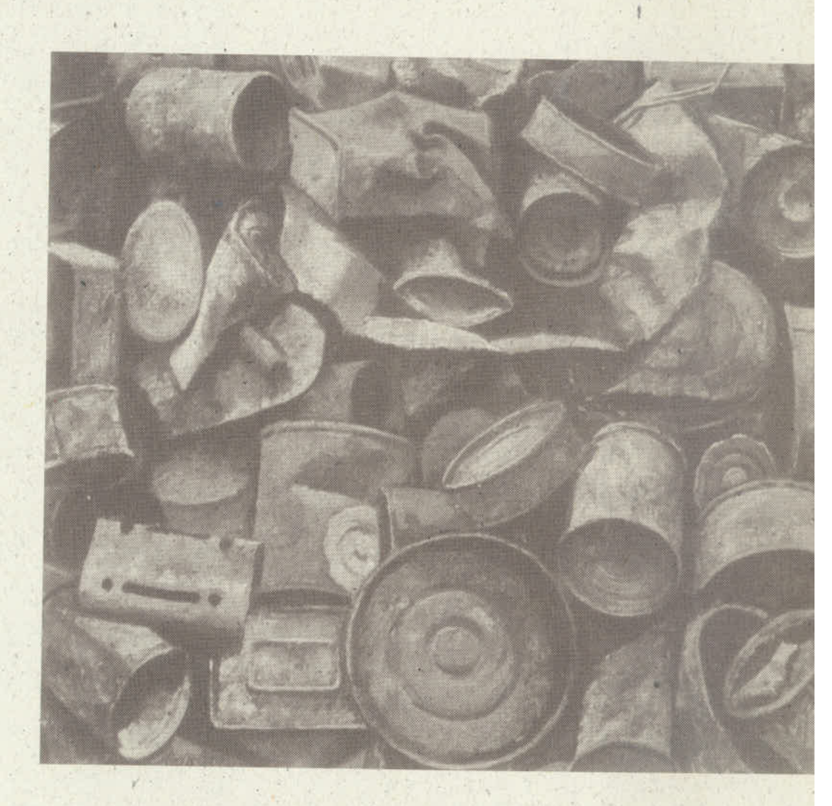
(Del libro inédito
«Oasis el Desierto y otros poemas incivilizados».)

Está lloviendo
pero no llueve agua
sino sangre derramada,
gotas del pensamiento;
lástima de la sazón, cuando te atrapa.
Yo no me ando por las metáforas,
sino que meo la sangre de los Dioses
en esta angostura cruel y barata.

Sépanlo humanos ánimos
que sin leerlo me comprendan,
emprendan la vida como fracaso,
sin juzgar,
tal vez o acaso, vuelen,
aprendan el entendimiento
y el ser de su semen,
y no lo sepan,
y no lo nieguen

(Del libro inédito «Redundancias Líricas»)

Tener un beso tuyo sobre el
cuerpo somnoliento —reloj de arena es,
en el despiste de la duermevela mañanera.
Habita en tu roce
el rocío intempestivo y sereno.
Hábito casual, tolerante,
es tener un beso tuyo
el desayuno
de piel suave y fortuitos labios asumidos.



(Del libro inédito «Amores Contra-Hechos».)

Encuentro ciertas
pocas cosas
que no tengan su revés
en alguna que otra humana circunstancia.

Empero he tardado
treinta y seis años
o poco más,
en llegar a la irreversible conclusión
de que la estupidez es contagiosa
e incolora
hasta la propia raíz
de su misma médula.

Es por eso que prefiero quedarme
difícil
y a solas
en el atónito quicio de nadie
para no contagiar
con la mía propia a los demás.

DANIEL DE CULLÁ

Limosnar

Limosnar, limosnar…

Ese chico me contó
que cuando pasa el cura
le hace mal de ojo
y escupe al suelo
el amor no correspondido.

¿Qué va a hacer un mendigo?
Mendigar y odiar.
Quizás tocar la flauta
y cantar del lazarillo
las coplas de la Inquisición.

Y luego viene el municipal
y le pega con su bolsa
en la cabeza
que tiene que partir
con dieciséis pesetas.

El perro lazarillo
pegó la cabeza en su bolsa.
Arquea el mendigo su ceja
y dice:
«aquí hay dos morales:
la mía y la suya».

¿No crees en leyendas?
Pídeles, pues, a esos mierdas,
un poco de calderilla,
querido, otra vez arrodilado
frente a este banco.

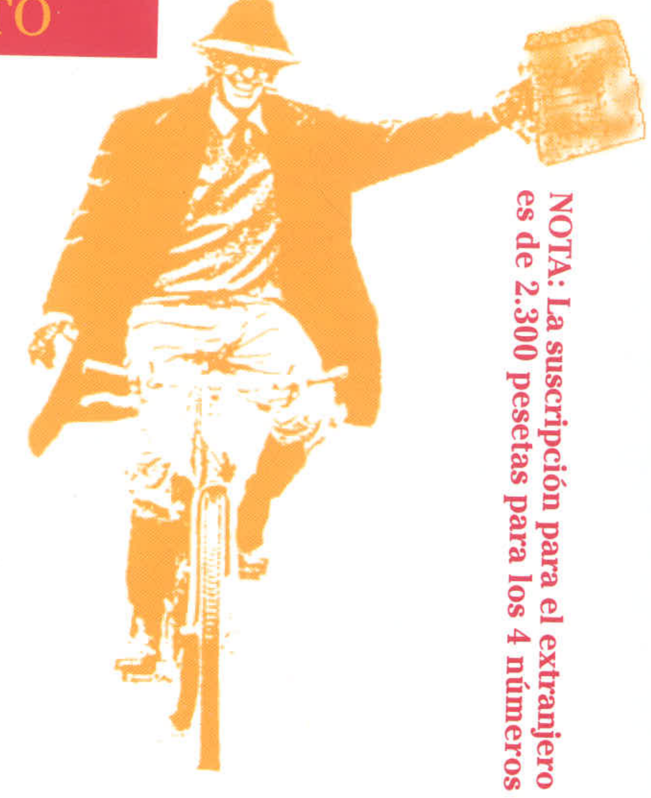
El mendigo dobla
la boca del estómago
en la sonora peseta de la vida

y canta:

limosnar, limosnar…

BOLETIN DE SUSCRIPCION
A LIBRE PENSAMIENTO

Copia o envía este cupón a:
Libre Pensamiento
Estafeta, 27, 1° dcha. 31001 Pamplona



NOTA: La suscripción para el extranjero es de 2.300 pesetas para los 4 números

Deseo suscribirme a la revista **Libre Pensamiento,** al precio de 1.700 pesetas, por 4 ejemplares, y renovaciones hasta nuevo aviso, cuyo pago efectuaré mediante:

- ☐ Domiciliación bancaria (Hay que rellenar y firmar el boletín adjunto)
- ☐ Giro postal

A partir del número ....
Nombre..
Apellidos ....
Domicilio particular..
Población ....C. postal ....
Provincia ....Teléfono ....
País ....Fecha ....

Firma:

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Nombre ....
Apellidos ....
Domicilio...
Población ....C.P.: ....
Provincia ....Teléfono ....

Banco/Caja de Ahorros ....
Domicilio de la Agencia ....
Población ....
Provincia...
Titular de la cuenta o libreta ....
Domicilio...

Banco o caja ....
Nº sucursal ☐☐☐ Nº Banco ☐☐☐☐ Nº Cuenta ☐☐☐☐☐☐☐☐

Sírvase atender con cargo a mi cuenta los recibos presentados a mi nombre por CGT.

Firma:

Si has elegido esta forma de pago, envíanos este boletín, o copia del mismo, junto a tu tarjeta de suscripción.

